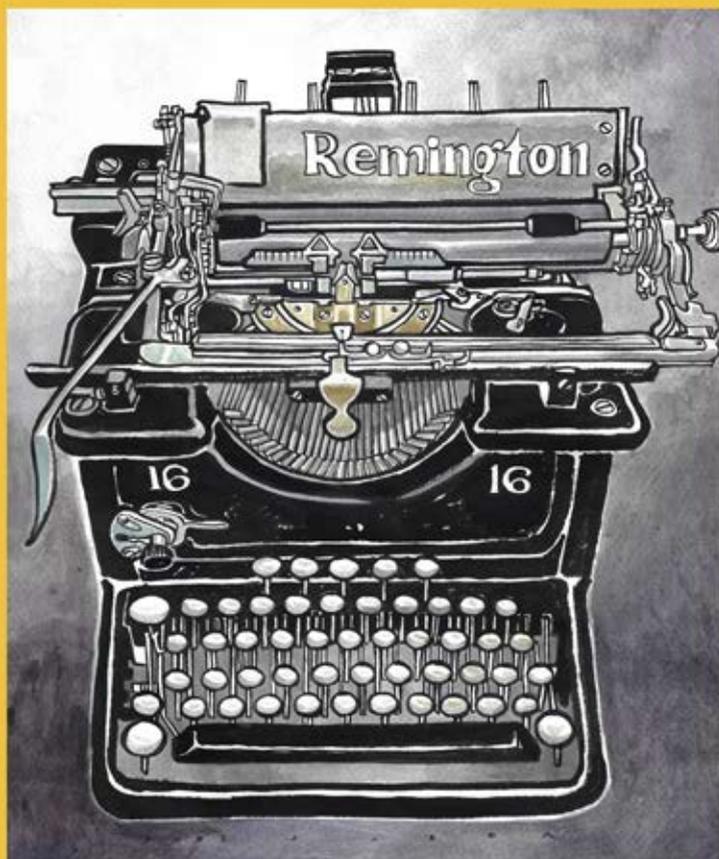


ESCRITURA DESDE EL ENCIERRO

poesía • cuento • dramaturgia • conversaciones



AUTORES DE GUANAJUATO



ESCRITURA DESDE EL ENCIERRO

La publicación de este libro se realizó gracias al programa de Apoyo a Espacios Culturales Independientes de la Secretaría de Cultura del Gobierno de México por medio del Instituto Estatal de la Cultura de Guanajuato y Ediciones La Rana.

Este programa es público ajeno a cualquier partido político. Queda prohibido el uso para fines distintos a los establecidos en el programa.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

GTO Instituto
Estatal de
la Cultura
Grandeza de México



EDICIONES LA RANA

POESÍA • CUENTO
DRAMATURGIA • CONVERSACIONES

Escritura desde
el encierro



LOS OTROS LIBROS

Primera edición, 2020.

D.R. © Alejandro Ramírez, Alesq Garrigóz, Alicia Salum, Guadalupe Rivera, Iván Mata, Pedro Mena Bermúdez, Raúl Bravo, Alí Rendón, Bernardo Govea, David Eudave, Diana Alejandra Aboytes, Enrique R. Soriano, Julio Édgar Méndez, María Paz de León, Martha J. Ramírez, Soco Uribe, Ariadna Aragón, Javier Sánchez Urbina, Sandra Carrazco, Víctor Sahuatoba.

D.R. © Editorial Los Otros Libros
Pedro Hernández de Valenciano Núm. 36
Fracc. Mineral de la Hacienda. C.P. 36250
Guanajuato, Gto., México
www.losotroslibros.mex.tl

Editora y antologadora: Ana Paulina Calvillo
Cuidado de la edición: Ana Reza
Imagen de la portada: Acuarela, José Luis Pescador

ISBN: 979-866-557-755-5

De acuerdo con la Ley Federal del Derecho de Autor queda prohibida la reproducción de las obras artísticas y científicas, total o parcial, por cualquier medio o procedimiento, si no se cuenta con la autorización por escrito de los titulares del *copyright* o derechos de explotación de la obra.

Poesía

Alejandro Ramírez



CORNUCOPIA

*Aquí se queda la clara,
la entrañable transparencia...*

CARLOS PUEBLA

I. EXCEDENTES FANTASMAS

Soberana: nuestra teología natural.

Las urgencias por drenar la minita
cuando no era posible ladrar
y devorar pinole.

Predilectos, ciertos hurtos,
se expresan, escalonadamente, a grados.

Lírica y lúdicamente,
como atizar los avisperos.

II. WALL STREET

Ludópatas en liquidez.

Cascadas de champaña,
copas rebalsadas en pirámide
que caigan sobre tierna piel
y mira que no nado,
que si chapoteara,
me tragaría por completo.

III. ROTTERDAM

*El colmo de las transferencias menguaba,
menos mal pero más mal que bien,
los bochornos de los acreedores en la prensa
a merced de precios en el Golfo y no sé qué
de algunos caciquillos turulatos incendiarios,
y caímos, al final, por la cartera vencida,
jugándonos al almidón el cuello blanco
con la oficina de recaudaciones:
perros desmadrados (por aquello de imparidos,
por aquello de insulsos atascados).*

IV. SINAÍ

Tuvimos que salir por tierra firme
a escasas treinta y seis de pronunciarse
la imprevista abdicación
y el suicidio del ministro.

De allí, bajo el protectorado de los chinos.

Bolivarianamente, no pudimos con tamaña soberanía
y decidimos repartirla entre los pueblos.

V. A BUEN RECAUDO

Calculé los tiempos
y vencido el paso por La Habana
me pertenecía sólo a mí
y a mi Xiomara,
oh, a mi Xiomara en su bikini
y a su cuerpo de pachuli...

Como para presumirla con mi esposa
(si es que sigue con vida).

VI. COMO ALMOHADA EN LA TAMAÑA FIEBRE DEL REPOSO

Cangrejos diáfanos descansaban dentro jorobadas
[caracolas.

Inquisiciones, manos de lancheros renegridos
balanceaban sus barretas torvas:

aproxímanse
de varios flancos

al camastro.

VII. SUTRA

Ni hablar.

Desventajas fatales
de las zonas exclusivas.

Poner el dedo, le dicen.

Nunca se devuelve
(dijo Hidalgo)
la pepita dorada de un barril

sin fondo.

CONSTRUCTO

*Palpables conejitos físicos de sus
galeras puramente metafísicas*

KARL POPPER

Pero no se me juzgue de mordaz con la carrasca
abatida y azorrillado por las hiedras veranosas.

Podrías asegurar que me llama su actitud tribal,
la catatonia de mirífica escatología.

Ni duda les cabe: habrá que apoyarles con algún
[acceso
a cierto socratismo, libre y sin escalas.

Llámesele tradición o dígase como evangelio,
le sobra lo de oír las campanadas y no darse ni color
[de dónde quedan.

Al final, el cerdo no sueña con rosas sino con bellotas.

Y se conforma con olerlas.

Aleqs Garrigóz



Aleqs Garrigóz. Además de poeta, es melómano, teniendo afición por la música rock, metal y pop, principalmente. También gusta de la pornografía y es fetichista de pies masculinos. Ama los libros en general. Gusta del cine y la cerveza. Durante mucho tiempo tuvo fobia a la gente. Goza enseñar. Es fumador. Actualmente ya cuida su alimentación.

PANDEMIA

No sabemos cómo continuar.

Un virus, diminuto como otro chocante mundo,
vino a dar una nueva nota de terror a los días,
cuya agudeza se sostiene en altura cada vez menos
[soportable.

No debemos salir a la calle a vivir, ni abrazar, besar,
tocar superficies comunes. ¿Pero cómo?

La gente se resiste por hambre al encierro
y se expone al aire, tóxico en potencia,
vuelto ya invisible cárcel.

Los ancianos, mirando extinguirse las tardes desde
[la ventana,
pueden esperar ya que la muerte tome una forma
[concreta:

un entierro sin nadie.

Cada tos es señal de alarma.

Una paranoia civil veja al médico y al enfermero
por un grosero temor: sospechosos de esparcir,
[como ratas,
las fiebres, la destrucción de la paz del hogar,
[la muerte.

Y la ansiedad de los jóvenes
se vuelve cada vez más temblor estéril de piernas,

un sueño sin descanso o insomnios en que
ni los libros ni la música aseguran vida.

Medra la locura alrededor de las habitaciones.

Vivir una épica que amenace a toda humanidad
ha dejado de ser tu fantasía oscura improbable.

LLUVIA DE ENERO

Eres extraño y frío como lluvia de enero.
Caes de repente, sin darme tiempo de recatarme.
Como gasa densa de gotas
me mojas, me resfrías;
haces que quiera estar refugiado bajo colchas.

Tus palabras son vientos ásperos.
Por más que me esfuerzo,
no comprendo qué relación tienen con el amor.

Pero no negaré
que siempre he deseado salir a encontrarte
y recibirte en la frente, y bailar para ti sobre los charcos,
y empaparme de ti, aunque los vecinos miren.

Aunque no vuelvas pronto,
y dejes los días secos, de un sol flemático,
sin nada particular.
Aunque después me duelas hasta los huesos.
Eres impredecible como lluvia de enero.

¡Mas todo cariño trae su frialdad!

CAOS

El universo es remolino de destrucciones sin fin.
Cada cosa permanece inerme ante el terror.

Hay una lógica de daño.
Un vacío que se expande y puede devorar
toda estrella falaz
en cualquier momento.
La luz es manifestación de muerte.

Muchas veces todo lo creado se repliega
como un niño amenazado,
antes de que lo trituren. De esa oscuridad
renacen más formas monstruosas
para perpetuar la guerra entre los seres.
El universo es el hogar violentado
por el padre de todas las miserias.

LA MADRE

Desde que estábamos en su interior,
nos comunicó sus temores, su paz, sus ansiedades.
Nacimos como un cuajarón
que se desprende de un cuerpo amoratado:
y por esa alegría efímera respiramos junto a ella
una atmósfera extraña, que se supone nos gustaría.
Caminamos de su mano, caprichosos,
reclamando una atención inmerecida.
Y recibimos la lección atroz
en el momento oportuno.

Nos atendió en los catarros
con una sopa cálida como sus brazos,
en los que alguna vez te acurrucaste
para protegerte de los truenos del mundo.

Recibiste su beso puntual.
Y cosió tu ropa para el festival escolar
en el que desfilarías para ella.
Conociste su resistencia a la pobreza,
su ternura lastimada.

Sólo creciste al separarte de ella.
Y la visitas ahora, amándola más que nunca.

Ya su pelo encanece; y su regazo es cada vez más hondo.
La madre tiene una herida en el corazón por cada hijo.

Presiente cuando uno puede morir antes que ella.

PISCIS

Soy de los que ahogan el mundo en una lágrima.

De los que sobrenadan un océano de melancolía.
Porque es fácil para el ojo ver la maldad perpetua,
y para el sentimiento anegarse
de luces estériles apagándose: imagen
e intuición del misterio
con el que tras una cortina de gasa
el universo sufre.

Vivo tranquilamente
en el miedo de mí mismo; en un acto pequeño y tímido
consumado con nobleza, pero a desgana.

Soy de los que se enternecen
al mirar una lápida. Y ése es mi orgullo.
Leal a las palabras y a los silencios
en que mis horas se desposan y desgranar en el
[vacío.

Soy de los que lloran porque la espina de su corazón
[está sola.

CAFÉ

La amargura de tu cuerpo es dulce.

La mañana contra el mundo
parece fácil de ganar, si te riegas en la sangre
como un dios bueno
que desea que el guerrero permanezca alerta
hasta el fin del día.

El vicio de ti es amante;
necesario para estas apatías
que vamos tropezando con nuestra fatiga
y bostezando en el minuto de la precaria,
volátil satisfacción.

Mueves mis dedos con más seguridad
al escribir el orbe triste
en que te ofreces en medio de los páramos
compañero que motiva a andar
sin querer morir en el trayecto.

Alicia Salum



Alicia Salum. Siempre soñé con habitar el país de la poesía. De niña lo visitaba en compañía de mi abuela quien me leía libros, poemas y me alentaba a escribir versos para que ellos dijeran lo que de otra forma no sale o simplemente nadie se toma tiempo para escuchar. Fue así como busqué contar con visa permanente, visitar a los poetas y esa verdad subversiva que no pudieron esconder sus detractores. No soy poeta pero escribo a partir de mis viajes al mundo de la poesía, dialogo con sus habitantes y me trepo a lo más alto de sus poemas para descubrir nidos palpitantes que tienen música en donde cualquiera buscaría el corazón.

DE IMPOSIBLES Y DE AMOR

TE DESEO UN AMOR SOSTENIDO
un cometa
mariposas anidadas al cuerpo
sin deseos de escapar
te deseo una noche
sin olvido
sin espera para ese último trago

la luna como radar.

Pero ante todo
te deseo un amor
que sepa que es amor
y aprenda a amar.

§

UNO SIEMPRE ESTÁ PROPENSO
a encontrarse de frente
con poesía que duele
esa que un buen día
nos parte en dos
y restriega en el espejo
nuestra desnudez.

Uno está propenso siempre.
Puede ser cualquier día
de julio o de septiembre
puede asomarse en un día de lluvia
quizá se trate de lluvia tropical.

Y puede ser quizá
en cualquier tarde
en cualquier cine
quizá detrás
de aquel último beso
con el que nunca más
volvimos a ser los mismos.

§

EL TIEMPO ES COMO EL MAR,
borra toda huella menos aquello que está bien
cimentado.
Y aún así,
nunca queda nada intacto.

Bendito tiempo y qué sabio el mar.

§

LAS MEJORES COSAS DE LA VIDA
llegan sin anunciarse.

Un día
de repente
nos damos cuenta que estamos vivos
que no se existe por existir
ni sólo porque un músculo involuntario
se nos contrae
que hay una conexión con la vida
y sentido para la existencia.

Así
un día puede aparecerse ante nosotros
un muchacho que fecunda mariposas
que señala con el dedo la noche
como un gran colador de estrellas
que nos descubre en su mirada
lo grande e infinito del mundo
pero que puede escribirse

en una hoja de papel.

Las mejores cosas de la vida llegan sin anunciarse
se acostumbra uno sin embargo a vivir con ellas
Las acariciamos con el paso del tiempo
y son las únicas cosas que no se vuelven viejas.
Las mejores cosas de la vida
llegan siempre
cuando uno menos las espera.

AIXA

Se me ha escapado un hada entre los dedos
haciendo elegante giro de mariposa.
Se trata de un hada pequeña
un hada frágil
con pies de azúcar y pétalos de rosa.
Se me ha escapado.

No supe cómo entre los dedos
contemplo su vuelo cada vez más lejos.

Antes de irse
ha cubierto con polvo mis entrañas
ha dejado sus canciones susurrándome al oído
se ha escapado en un sueño
y aunque la suelto
también la guío
para que sea fuerte
y que sea libre
para que sea siempre mi perla de río.

Se eleva en el aire con volátil sonrisa
con alitas aterciopeladas provistas de armaduras.
Yo le digo con el vaivén del viento:
“Vuela alto
abrigate en el arcoíris

despliega tus sueños sobre la tierra
riega de esperanzas el suelo que tu pisas
despista a la tristeza que te ronda
deslízate en la brisa
aférrate a las nubes
aligera tu paso
no intentes ir de prisa
el mundo de las hadas suele ser muy corto
disfruta y agita siempre tus alitas
cubre de magia todo lo que tocas
cúbrela de amor y de caricias”.

Se me ha escapado un hada entre los dedos.
Es un hada fuerte, de color añil y valiente sonrisa.

§

VIVÍ UNA GUERRA
en donde la trinchera era únicamente
la palabra

mis ojos
mis oídos

mis manos
lo encontraban todo
las esquinas con muertos
los buses incendiados
las bombas en las casas

las balas bailando en la ciudad.
Viví una guerra
los libros se quemaban
y las manos que los sujetaban también
los audios escondidos en un minicassette
eran sentencias de muerte
la radio contando las hazañas de lo prohibido
y contraseñas para sobrevivir.

Viví una guerra
los helicópteros aún me asaltan
perdí amigos
encontré amigos
entre velas encendidas para un último adiós.

Viví una guerra antes del fin del milenio
y ahora viene otra
se oye otra
se lee otra
se toca otra

es una Guerra

de otros para los mismos

para los que saben y no saben de guerras

pero viene otra
lo sabe el corazón.

Guadalupe Rivera



Guadalupe Rivera. Soy una mujer que se empeña en seguir y conseguir sus metas. Considero que la diferencia entre ser y no ser es la constancia en el entrenamiento. Pero si algún proyecto no funciona lo descansa hasta el momento que salga a flote. Sé que hay pérdidas que no se recuperan y que sólo se aprende a vivir con las ausencias, preservando el mejor de los recuerdos. No creo en casualidades. Soy resultado del legado de mis padres aunado a mis propias decisiones. Estoy contenta con lo que soy y si me dieran la oportunidad, volvería a hacer todo tal cual lo hice. Ahora, hago un análisis de lo que quiero y a dónde quiero llegar en cada decisión, para esto ha sido necesario conocerme a mí misma. Mi gran defecto es no saber despistar lo que siento, sin embargo, el único temor que tengo es ser yo misma y mi reto al escribir, descubrirme tal cual soy.

SIN LINDAR EN TU CAMINO

Con un mendrugo de pan
calmabas mi hambre junto a una copa de vino.
Desmerecía la vida
al tacto de una noche trazada a la espera
y hasta mi boca
una lágrima rodaba el sabor de cada línea en tu piel
[descrita.

El aroma del viento disfracé con lirios
y las rosas vestí violetas.
Juncos de azahares clavé por el camino
para no perder tus huellas en la arena.
Y vi caer de sed al beso,
lo enterré a los pies del árbol,
al lado de la acequia donde
ahogamos el deseo.
Ahí floreció la primera vez –entre tú y yo–
y la última sumergió su agonía.

Me voy de ti
con un grito en los oídos,
sin escuchar palabras.
Muero en ti a la luz de tus ojos,
esquivando tu mirada
me niego a comprobar que ya no estoy en ellos.

Tus brazos esconden
el recuerdo sujeto a mí.
Cruzo las manos en el pecho.
Abrazo lo mío.
Contengo la respiración,
evito tu aliento.
Levanto un muro,
aíslo la fuerza de entrega
y tras su fortaleza está mi voluntad por ti.
Dirijo mis pasos al resguardo del silencio,
sus barrotes detienen el tiempo
y veo tu rostro.
No se perturba,
ni en tus labios surge una frase.

Me quiebro al vacío.
Llevo nada tuyo.

Bajo el cielo gris
la lluvia lamerá tu olor en mi piel.
Allí mi voz
buscará el refugio, sin lindar en tu camino

CUENCAS SIN VIDA

Sobre pensamientos
apartándose, sin conocerse,
la palabra queda trabada en la lengua.
Plegados los labios,
el aullar del hambre
se hunde en el pecho.
En la sangre, el silencio palpita, se agita,
agobia.
Entre sus manos estrangula el aire
y en las cienes se acciona el embrague
sin tregua.
Los ojos abren, buscan.
No hay nadie.
La cornisa de la noche
cubre los sentidos,
entume los brazos ya sin fuerzas.
No hay destino a la vista
y el olvido es un despojo de tabla.
De él, pende mi cuerpo a la deriva.
Soy náufraga sin lamentar,
el auxilio no llega.

Mis ojos desperdician las lágrimas
reservadas para sobrevivir,
y mi piel se surca en tirones de sal

sin desprenderse.
Tendida al sol,
mi carne se pudre.
Estoy a la espera del ave rapaz
que devore mis cuencas
sin vida.

EL MONSTRUO BAJO MI CAMA

La noche no cierra los ojos
se observa en los tuyos.
En ese espacio queda grabado un eclipse
sin perturbar el día,
y mis manos acompañan los senderos
por donde tu beso desliza el amanecer.
Y soy presa en la dulzura de tus brazos,
en donde la calma seduce las ansias del hastío.
En estos momentos de penumbra y encierro,
en tus aposentos relevo el tedio del tiempo vencido.
Juntos en un retiro del mundo,
tan tuyo, tan mío;
somos el cóncavo en el convexo
expreso de sentimientos
reflejados en el sentir de ambos cuerpos
fundidos sin materia
a la deriva del destino.

Lamento las horas
de oídos cerrados a tu llamado.
Suspiro por esa vista buscando
cruzar el filo en la mía.
Arrebato los pasos de mi huida
a la mención de tu nombre.
Desde niña te temía,

eras el monstruo bajo mi cama.
Yo apretaba los ojos
cubierta de pies a cabeza.
Un día me incliné y estabas ahí,
en una mirada.
No eras el espectro del que todos hablaban.
A tu lado mengüé el afán de mis necesidades
y aprendí a ser capaz ante adversidades.

Ahora sé, no estoy sola,
gracias a tu pequeñez o grandeza;
a tu sabiduría o soberbia... soledad,
hablo conmigo misma.

Iván Mata



Iván Mata. Soy de Guanajuato, Guanajuato. Me describiré rápidamente en las siguientes líneas: soy virgo, tengo 30 años, me gustan los gatos y los cazahuates, por ahora estoy desempleado. Tengo pavor de la velocidad y de los perros hambrientos. Estuve y estoy enamorado, y cruzo los dedos en el camión para que el sol no salga mañana. Yo creo en el fin del mundo. Yo creo que el amor tiene el poder de embellecer una habitación en obra negra y que un girasol despierta en la noche para buscar agua. Tengo fe en que dos manos pueden crear milagros de Navidad y en él, en su nombre de santo. Y vuelvo a creer en él si tiene el valor de pedirlo con delicadeza. Y otra vez en él si cree en mí ciegamente. Y así, hasta que los zapatos se desgasten de tanto correr.

LOS NIÑOS ARROJAN PIEDRAS PARA QUE LA MUERTE DEJE DE BAILAR

Para Gerardo

Algún día
será el inicio de nuestro viaje por las ciudades
[quemadas,
no habrá que rezar, no habrá hechizos
porque devoraremos el nombre que nos asignaron.
Habremos aprendido que las manos desfallecen
cuando lanzamos rocas al arroyo.
Habremos aprendido muchas cosas buscando
el repelente contra los mosquitos.
Sabrán los sapos que no fue por llorar en la calle
por lo que estamos aquí, sino al azar venimos
de la noche y hacia la noche vamos
golpeando a quien nos hiere.

RESOLVÍ NO PRONUNCIAR TU NOMBRE ROMANO
resolví trenzar el silencio de tu nombre completo
mientras sola preparo el desayuno

resolví plantar flores de luz
en el cuarto de lavado y
diluir tu nombre en el café
que hierve inmediato al jugo de naranja

no soy más una estúpida anidando
tu nombre contra mi plato de avena
no soy la mujer que cocina hot cakes
por las mañanas
ni la que utiliza bata
después de hacer el amor
ni aquella que tiene tu nombre tatuado
en la punta de la lengua.

Olvídalo

no soy más la que procura
tu resfriado con té de limón y miel
como la esposa devota que alguna vez
fui
mi amor.

§

MI CUARTO Y MI SOBACO NO SON TAN DIFERENTES
después de todo
dentro de la cavidad
que es prieta y morada
a veces blanca
con restos de desodorante
y semillas de limón seco
canto
canto
a la lluvia que se aproxima violenta
contra mi
ventana.

§

UN POETA DE FACEBOOK
en la tina manchada
de sangre sí
sí soy poeta
digo fuerte
con certeza
mientras retiro
cuidadosamente
la uña enferma
oscura
mal oliente
del dedo gordo
que por emoción
y seriedad a mi compromiso

como autor
desprendí al ponerme
el calcetín izquierdo
antes de cursar
el taller de poesía
online.

§

AHORA SÍ, SOY UN MACHITO
Ha llegado el momento
de fajarme la camisa
como un hombre valiente
Por favor
haz de mí
un hombre casado
con una mujer.

§

AQUÍ EN MI CUARTO PUEDO SER CUALQUIER COSA
Soy
río
que corre
quién sabe pa'dónde
pero que vigila
ahogados barcos
de
papel.

EN LA TELEVISIÓN DICEN QUE PRONTO
nos moriremos de hambre
Estamos
más que solos
estamos todos pendientes
del noticiero estelar
estamos todos muertos
en la azotea
quitándonos la sed
que dejó
la
lluvia radiactiva.

§

NO TIENES LA CULPA DE QUE EL MUNDO SE HAYA ACABADO
días iguales al anterior
donde lo relevante son las nubes grises
cargadas de agua
y pienso el porqué aún no llamas:
soy el único sobreviviente del meteorito que destruyó
a la humanidad

§

ALLÁ AFUERA SÓLO QUEDARON
los espectaculares de la feria
corroyéndose por el sol
las vías del tren

expuestas a los coyotes
los árboles marchitos
por el frío glacial
allá quedó la máquina
del tiempo que inventé
para asesinarme
en la infancia
pues estoy harto
muy harto
de cantar una rolita dulce
debajo de la cama
y nadie secunde mi llanto
nadie
sólo la fotografía de mi madre
sosteniéndome en brazos
después de mi terrible
nacimiento.

Pedro Mena Bermúdez



Pedro Mena. Por ahora sólo soy /el pedazo de la máscara visible / aún no borrado de la caja de cartón / donde otras máscaras empaquetadas / permanecen sin estrenar.

ES OTRA VEZ LA CULPA QUE APLASTA MI PECHO CON SU ENORME CULO

Hoy vi el retrato de una niña enferma
y fui nuevamente a la sala del hospital donde tú
estuviste
me vi echado en el piso
entre ebrio y crudo
desesperado
sin saber si quería beber más
o que sanaras pronto
o quizá sólo no quería sentir ese miedo
fiero e indolente
como el disparo en la nuca
como la navaja cortando el cuello
mientras escribo me arden los ojos
me duelen los hombros como al egipcio
que levantó un millar de piedras para erigir una
pirámide
el estómago me gruñe
y no es hambre
todos mis huesos chirrían
voy a mear
y pienso que hay alguna injusticia divina
en mi caso
o que sencillamente
no soy apto para verte de nuevo
seguro es eso

quizá sigo siendo nocivo
para todo cuanto tenga que ver contigo
o sospecho
debido a tantas terapias merodeadas
que yo sigo pendiendo de una soga
sabiéndome culpable
ajeno al perdón
a la misericordia de mi propia mano.

27 de abril del 2020

Raúl Bravo



Raúl Bravo. Soy lector. Conforme pasan los años, creo más fervientemente que el poema que imaginó el poeta en su mente no es el mismo que el que transcribió en una hoja en blanco con signos lingüísticos; como tampoco es el mismo que el editor ha formado, corregido, diseñado y convertido en un libro, o traducido en alguna lengua desconocida por mí. Y finalmente, no es el mismo que interpreta en silencio o en voz alta, el lector ocasional o el narrador oral. Quizá por ello, cada vez que alguien pretende pontificar sobre el “acto creador”, desenfundo mi pistola. Nunca está de más.

CUADERNO DE ENCIERRO

FINGE QUE TU CUARTO
es una estepa
hasta donde la vista
te lo permita

Finge que no estás en quiebra
y que la palabra
sólo es devoción a lo perdido
De todos modos te sobra tiempo
para ponerte en forma

Finge que *En busca del tiempo perdido*
será tu lectura de cabecera
y que no será tiempo perdido
porque esta página en blanco al fin
a porfía cederá sí señor

Que sabes a dónde vas
-todo esto pasará y sobrevivirás-
aunque cada mañana cuando despiertes
no te reconozcas en el espejo

§

LAS COSAS EMPIEZAN A PERDER SENTIDO
cuando al paso del tiempo
el sol recorre la misma
pared blanca que bien mirada
hace tiempo que dejó de ser de ese color

El calendario es lo primero que tiré a la basura
le seguirán el álbum de fotografías
y muy pronto esa estúpida bicicleta estática
que me recuerda que la vida
siempre sucede allá afuera

No es cierto que la vida o el amor
son el mar que nos separa (según Gelman y Baudelio)
lo que pasa es que uno ya no soporta
esa insoportable levedad del ser
que no tiene peso ni medida ni precio

§

CADA DÍA QUE PASA
todo asemeja a un sueño olvidado
de la infancia
Adentro y afuera
son por lo menos conceptos
raros y vagos

Cada día que paso
en este encierro

entiendo cada vez más
la vida de los otros
esa fiesta de la insignificancia

Y pensar que Milán Kundera
–el muy hijoeputa–
no necesita recorrer los muros de Facebook
para saber que la vida y la otra vida
no son lo mismo

§

ENCERRADO
escucho gotear el tiempo
agua hecha de polvo
polvo del aire inmóvil

En silencio
Estoy en esta celda
y me dedico a mirar
que la vida pase

Y juro que desconozco la razón
pero desconfío que el techo
cada vez se encuentra más cerca de mi cabeza

§

¿QUÉ HACER? ¿ALGUNO SABE REALMENTE QUÉ HACER?
¿Qué es esto que me mantiene con los postigos
[cerrados?

¿Es verdad que afuera empezó a llover vacas?
Que los semáforos hayan empezado a bailar entre sí.
Y que mi mente delante de la luz no sea sino un virus
en su condición más furiosa

¿Qué seremos ahora que termine este encierro?
¿A dónde te llevarán tus pies ligeros?
¿Te seguirá creciendo el cuello para espiar a los otros?

¿O en tu corazón ya no caben los pensamientos?
Acaso tanta sabiduría ¿no va a la muerte?
¿Cómo son los chinos en Wuhan?

§

DESDE EL PEQUEÑO HUECO DE UNO MISMO
la idea del mundo es después de todo
–que me perdone Galileo–
estas cuatro paredes:
un lugar cada vez más vacío
que el corazón lamenta

Y aunque me sienta más o menos bien
eso no quita que los muertos bailen con los muertos
y el polvo dance entre el polvo

¡Debe uno tener muy buen sentido del humor!
Regresar a la cueva de donde provenimos
y de donde no debimos de haber salido
y plasmar en las paredes el impulso retro
de alguien que amó este mundo

§

DE NADA SIRVE QUEJARSE
cuando oscurece día tras día
en el útero poblado de los más raros paisajes

En donde -como todo el mundo- uno se acostumbra
a no dormir a dormir a no dormir
A cerrar los ojos y pensar
que nunca hemos estado aquí

La realidad está llena de abrojos

Cuento

Alí Rendón



Alí Rendón. Exprimir la oscuridad y revivir por lo menos a un abuelo de los dos que nunca tuve. Eso quisiera, pues dicen que muere menos quien aparece para contar una buena historia. Me frustra no tenerle miedo al aburrimiento; todo escritor tiene que temerle al aburrimiento, y todo lector debe tenerle miedo a los escritores que no le temen al aburrimiento. Me gustan las ferias del libro, pero más los circos del libro, los escritores son los mejores payasos, y el más gracioso suele ser algún coordinador de taller o quien mete la cabeza a las fauces del aburrimiento y se dice domador de bostezos, médium de todos los abuelos muertos de risa. Quiero exprimir la oscuridad y revivirme un poco más, ser el lector más divertido. Me dicen Alí y mi Twitter es @espectronico. Mi hija Ámbar me saca canas de azúcar y mi esposa Blanca es una narradora con voz de niña.

EL TEST DEL VASO CON AGUA

Como creo conocer a esa cosa, al menos en su forma básica y su función, vamos a averiguar si a ti también te visita. Para empezar, puedo decirte, sin ninguna duda, que somos animales y en nuestra cabeza, junto a nuestro miedo más sucio, está el firme deseo de que alguien muera. Pero, ¿y si algo estuviera utilizando ambos sentimientos –el miedo y el deseo de matar– para su beneficio? Yo creo que ese “algo” siempre ha existido, nos ha utilizado sin darnos cuenta. Como humanos, se sirve de nosotros esa cosa (un algo o un alguien, quizá otra especie entera), tal como nosotros explotamos la flora y la fauna.

Quiero que se muera esa cosa que parece un hombre de ojos negros sin fondo, que viaja cabalgando mi mente todas las noches. Por eso te voy a decir exactamente cómo comprobar si a ti también te utiliza ese hombre calvo, pálido, de mirada dolorosa, que a varios se nos aparece en sueños.

Éste, mi testimonio, no se funda en esa conocida leyenda urbana producida por un estrategia de la publicidad viral: *¿Ha soñado alguna vez con este hombre?* No; de hecho, esta última, llamada *This man*, no es una invención original; sino que se inspiró en los eventos

registrados por primera vez en Cracovia, Polonia, en 1995: *El caso Sikornik*, para ser exactos. Este caso verdadero sí que es el antecedente de mi testimonio.

La mañana del 11 de agosto de 1995, Zofia Bliźniak, una niña de siete años que jugaba en el parque del bosque Wolski, al oeste de Cracovia y muy cerca del zoológico, se separó de sus padres y de sus hermanos. Éstos la buscaron y unos minutos después, la hallaron con un niño cerca del zoológico. El pequeño, de ocho años, parecía confundido y daba explicaciones que Zofia y su familia no pudieron comprender. El niño decía: “No quiero carne de cerdo, no quiero, no quiero; quiero a mi mamá” y luego lloraba.

Lo único claro era que el niño, de nombre Bialas Jacek, estaba perdido. Al verse cuestionado por los adultos y las autoridades del parque, Bialas dijo no saber dónde estaba su madre, ¡ni recordar su nombre!

Nunca se pudo dar con el paradero de su madre, ni el de su familia o su lugar de origen siquiera. Tampoco se pudo constatar la identidad de Bialas Jacek ni conocer sus apellidos. Era como si en vez de perderse otro niño en el mundo, uno apareciera de repente.

Konrad Łuczak, uno de los oficiales del caso, se obsesionó con la idea de que otros como el pequeño Bialas comenzaran a surgir por aquí y por allá. El policía, cada vez más afectado por el alcoholismo, trató de convencer a sus compañeros de que Bialas no era ni el primero ni el único; pero nunca pudo comprobarlo y tiempo después se dio de baja del Cuerpo.

Por su parte, a los padres de Zofia Bliźniak en repetidas ocasiones les fue denegada su solicitud de adopción del pequeño Bialas, quien fue internado en alguno de los planteles del Sistema de Custodia de Infantes sin Hogar de Polonia.

Hasta la fecha, al misterio se le conoce como *El caso Sikornik*, por estar situado el bosque Wolski en esta colina que es el punto más alto de Cracovia. Al niño se le registró oficialmente como Bialas Jacek Sikornik. Ahora es un adulto que sigue buscando a su madre y familiares, o a cualquiera que pueda dar información sobre su vida.

Antes de que cumpliera los nueve años se le pidió que hiciera un dibujo de su madre. Por alguna razón inexplicable para sus psicólogos, nunca pudo dibujarla, solo trazaba, una y otra vez, el rostro de un hombre calvo: el labio superior muy fino, como el corte de un bisturí y la boca, una mueca muerta en el camino a ser una sonrisita; los ojos negros entornados, un párpado más caído; el trazo tembloroso del niño imprimía la sensación de movimiento a las pupilas que siempre miraban al observador del retrato. La mayoría de los que ven la ilustración coinciden en que, después de un tiempo de observarla, sienten una amenaza haciéndose vieja y familiar en el rostro de un extraño.

Bialas decía que este sujeto, de quien desconocía el nombre, lo había sacado de su casa con la promesa de “mostrarle una puerta de entrada al Cielo”.

Más tarde, gracias a la popularización de la internet, varias personas alrededor del mundo pudieron identificar al sujeto sin nombre del retrato robot que dibujó Bialas y aseguraron haberlo visto en sueños.

Muchos años después, el publicista italiano Andrea Nattela utilizó la idea y los testimonios de varias personas que aseguraban reconocerlo en sus sueños, e hizo una leyenda urbana a la que tituló *Este hombre*, creando así la página web de *thisman.org* con el impacto que ya todos conocemos; pero alejada de la realidad y de un objetivo práctico.

De *El caso Sikornik*, yo no conocía nada hasta hace poco que encontré la página de Facebook del joven Bialas con el retrato robot del hombre. Para entonces yo ya había hecho lo que llamo el test del vaso con agua, y sabía que el hombre estuvo en mis sueños pasados y estaba en los presentes. Yo creía que en los sueños, el extraño solamente me hablaba en su lenguaje, desconocido para mí; luego descubrí que más bien hacía –o sigue haciendo– otra cosa.

Probablemente también te suceda lo mismo, pero aún no lo sepas. En ese caso, no sé si pueda ayudarte. Bialas no contesta las preguntas en su Facebook. Yo he contactado a poca gente que tiene algunos trozos de información, testimonios y conjeturas apresuradas, pero ninguna certeza. La psicología tampoco ofrece algo sólido. Cada vez se acumulan más las preguntas y la desesperación. Lo único que puedo hacer es contarte todo esto, enseñarte a hacer el test del

vaso con agua y pedirte que ores por ti y por mí. Ojalá Dios nos socorra algún día.

Bien, vamos a comprobar si también te utiliza ese hombre calvo, pálido y de ojos sin fondo que varios vemos en sueños. Pon un vaso de vidrio lleno de agua frente a tu televisión, celular o cualquier pantalla mostrando un noticiero. Sé paciente. Tal vez estés libre y el test te lo dirá. Yo resulté positivo y por eso sé, sin lugar a dudas, que el Hombre de los Ojos sin Fondo allana mis sueños y no habla simplemente, sino que más bien se sirve de mí.

Autoridades mexicanas han “ocultado” la cifra real de muertes por covid-19 en la Ciudad de México, donde, de acuerdo con funcionarios locales, el número de decesos por el nuevo virus es más de tres veces el reportado por el gobierno mexicano, reportó el diario estadounidense The New York Times. Eliminar a Maduro tenía un premio de 10 mdd: Caracas. Asesinan a joven ecologista en San Agustín Loxicha. Torbellino en Nuevo León deja 2 muertos, 5 heridos y daños materiales. La danza es una de las artes más frágiles en esta pandemia: Tania Pérez. La nueva red 5G interactuará con los teléfonos celulares de los usuarios –con o sin su consentimiento– para acceder a datos biométricos con el fin de detectar, ubicar y registrar a probables enfermos. Detienen en Puerto Vallarta a ex pastor acusado de abuso sexual contra jóvenes en Estados Unidos ¡El nuevo método para bajar de peso llegó a México! ¡Bajó de peso 19 kg! Ella habló de esto en la televisión. Muere a los 87 años Little Richard “el verda-

dero espíritu del Rock and roll". Asesinan a golpes a niño de 4 años en Atizapán. Soldados de Israel desertan para disfrazarse de payasos y entretener a niños palestinos supervivientes de los bombardeos. Wirikuta continúa en peligro debido a las concesiones mineras que amenazan con devastar el territorio sagrado del pueblo Wixárika y áreas colindantes.

La primera vez dejé un vaso entre la tablet y yo, con estas noticias. Por último entré a mirar los videos, subidos al YouTube, del misterioso soldado *Juba the Bhagdad sniper* matando a algunos de los treinta y siete soldados de Estados Unidos que liquidó con su rifle Dragunov:

I have nine bullets in this gun. I am going to kill nine people. I am doing this for the viewers to watch. Allah is great, Allah is great.

Tuve sed, a cualquiera se le puede secar la boca viendo cosas como éstas. Me tomé el agua, o sea que empecé el test de forma involuntaria, así es como lo descubriría. Luego apareció la noticia de un paisano cruzando la frontera con Estados Unidos, las cámaras infrarrojas, esas que parecen estar filmando en la luz de la luna, captaban a un viejo que caminaba dormido, los brazos flojos, los pies levantando tierra, la cabeza torcida, ¿un anciano herido por pesadillas que eran un duplicado de su vigilia en México?

El allanador de sueños apareció esa noche en mi cabeza. Gracias al test del vaso con agua ya pude ser consciente de sus apariciones. ¡Dios mío! Él habló en

la oscuridad y entonces, a pesar de no entender su idioma, descubrí que en realidad ¡me interrogaba! Le respondí algo que no recordé en ese entonces, luego lo conduje a un callejón donde había flores, papeles, bolsas de plástico, botellas, llantas y una música suave de flautas. El hombre traía mi vaso de vidrio vacío entre sus manos. No he podido olvidar esa música de flautas.

¿Sabes qué es lo que yo creo? El ser humano no puede esconder su animalidad estando dormido. Así, los hábitos, la religión, las ideologías, la educación, los refinamientos y el amor, que funcionan en nuestra vigilia, se disuelven en las tinieblas viscosas del sueño profundo. Es entonces cuando se reaviva ese miedo más sucio de tu mente y mueve a su vecino: el deseo de sobrevivir usando los dientes, matar. Se agita la capacidad de que tu cerebro trace la ruta a cualquiera de esos lugares a donde sólo la fuerza te puede llevar en un mundo donde la evolución acecha filosa y rampante a los organismos menos adaptados.

Esos lugares no son precisamente físicos; sino algo como una solución para un problema, el descubrimiento de un método, el resultado de un pensamiento lateral, una composición o un proceso creador... Incluso hay quienes afirman que el hombre es capaz de conocer el futuro mediante la interpretación de los sueños. Una vez recostado y vulnerable, ya como animal adormilado, ¿quién querría entrar en tu cabeza y para qué?

No te voy a andar con rodeos: somos algo parecido a “computadoras animales”, sí, así como suena; y las preguntas que nos hace, en sueños, el allanador de mirada negra, son “comandos” que uno ejecuta: todas las noches corremos un “programa de software” en nuestras cabezas que no son otra cosa que procesadores-vectoriales analógicos, eso son prácticamente nuestras neuronas todo el tiempo; somos animales pensantes y remembrantes que ese hombre-cosa utiliza durante las noches. Somos una especie explotada, hacemos tareas que una supercomputadora digital no puede (la más moderna no es capaz de reconocer a una persona entre la multitud con la misma rapidez que una niña de tres años identifica a su madre en el mercado). Todos juntos seríamos capaces de memorizar más que cualquier medio de almacenamiento masivo del mundo.

Pero, a ver, ¿quién es este allanador del sueño? ¿Es incapaz de soñar? ¿Quién o qué cosas son incapaces de soñar? ¿Las máquinas, los demonios y los ángeles? ¿Dios o... Satanás? ¿Para qué se mete este hombre a los sueños de muchas personas?, ¿para ver el futuro?, ¿para procesar datos que sean útiles para lograr un objetivo más grande que nuestra imaginación?

Algunas personas han recordado datos resultantes de los procesamientos que hacen nuestras cabezas bajo los comandos del Hombre de los Ojos sin Fondo. El exconvicto afroamericano Ricky McCormick, los anotó antes de morir misteriosamente en 1999

sobre una milpa en Saint Charles, Missouri, EE. UU. En su bolsillo fue hallado lo que se conoce como el código McCormick: tres pedazos de papel con criptogramas que hasta hoy no se han podido descifrar satisfactoriamente ni por el FBI ni por la Asociación Americana de Criptogramas. El FBI publicó el código McCormick en diversos medios con la esperanza de que alguien lo descifre.

Otro ejemplo más antiguo de resultados de cómputo animal es el código Dorabella. Este código lo escribió el compositor musical Sir Edward Elgar, y se lo envió como una (presunta) carta de amor prohibido a Dora Penny el 14 de julio de 1897. Ella afirmó desconocer su significado y hasta la fecha tampoco ha habido ninguna decodificación. Cada signo del código consiste en un grupo de tres semicírculos, cada uno rotado en un cierto ángulo.

Elgar también compuso melodías secretas dentro de otras piezas musicales como en su más famosa: Variaciones enigma, en la cual cada variación va dedicada explícitamente a uno de sus amigos, la número 10 está dedicada a Dorabella, por ejemplo; pero la número 13 figura como dedicada a “* * *”.

Hice un descubrimiento inquietante unos meses después: escuché una grabación con un mensaje que me aterró en el sitio web del Proyecto Conet. Este proyecto se encarga de interceptar transmisiones de radio de onda corta en frecuencias sin uso. Se dice

que estas técnicas son hechas por servicios de inteligencia para comunicarse en clave con espías en territorio enemigo (¿así como hay espías en el mundo físico, también los hay en el psíquico?, ¿el hombre de la mirada negra es uno? De ser así, entonces hay guerras invisibles, apocalipsis secretos sucediendo allá afuera).

Este mensaje se encuentra en la liga de internet: http://irdial.hyperreal.org/the%20conet%20project/disc%202/tcp_d2_21_spanish_lady_complete_sequence_irdial.mp3

Si eres fácilmente influenciable, no te recomiendo que sigas el enlace o escanees con tu teléfono el código QR que ves. Yo escuché con miedo, sentí las palabras y para mí, la pronunciación del número cinco me hizo sospechar que la voz que proviene de esa transmisión no es humana, que es una máquina o... algo peor.



Al escuchar al final la serie de números: 1-8-4, 1-8-4, 2-7, 2-7, 0-0-0-0-0 ¡los recordé! En sueños, se los dije antes al Hombre de los Ojos sin Fondo, como respuesta a sus preguntas ininteligibles.

Uno de mis contactos de internet, de apodo AntiCrypto; dice haber roto parcialmente el código de la grabación y me reveló su contenido:

PRUEBAS Y EXP ATOM LIMBO 36 ABIERTO PSIQ
DIOS. [sigue un renglón no descifrado] DAEMONIAN-
GELUS [pausa o interrupción] H.SAPIENS CONSUMO
LIMBO ALTO 12. [siguen códigos no descifrados] SO-
LUCIÓN: DAEMONIANGELUS CRUZADO C CERDO
P CONSUMO RAZAS INF. H.SAPIENS 3ER MUNDO
[pausa] GRIETA 36.

¡Dios mío, qué es esto! Recordé al niño Bialas, al polaco que apareció misteriosamente un día en un bosque de Cracovia, Bialas, niñito de ocho años, Bialitas... diciendo entre llanto: “No quiero carne de cerdo, no quiero, no quiero; quiero a mi mamá”.

Kim Jong-un reaparece en público tras los rumores sobre su salud, según medios estatales. En Estados Unidos Timothy Robenhorts descubre que su hijo, Kayden, molestaba a un compañero de la escuela, por lo que sube una foto a su perfil de Facebook con una disculpa del niño y una lista con el castigo físico que le dará. La BBC ha llevado a cabo una investigación sobre cómo la aerolínea iraní Mahan Air contribuyó a la propagación del covid-19 en Medio Oriente al continuar operando a pesar de que varios países prohibieron los vuelos con Irán. Un nuevo video difundido el domingo por el grupo Estado Islámico muestra a sus combatientes en el momento de decapitar a ocho hombres que dice son musulmanes chiíes. El actor estadounidense Tom Hanks escribió una emotiva carta a un niño de 8 años que dice sufrir acoso escolar por llamarse Corona. El célebre actor, músico y comediante

argentino Marcos Mundstock, una de las voces principales del grupo humorístico Les Luthiers, falleció a los 77 años, informó la agrupación este miércoles. “No soy una Madre Teresa”: habla la premio Nobel de la Paz Aung San Suu Kyi tras acusaciones de limpieza étnica de la minoría musulmana en Myanmar. “Creo que hay mucha hostilidad, pero también se trata de musulmanes matando a otros musulmanes que sospechan de colaborar con la otra parte”, expresó. Aseguró que el gobierno, del cual ella es consejera pues está vetada de ser presidenta, le “daría bienvenida y seguridad a los rohingya que quieran regresar”. Mientras no haya pruebas suficientes, la OMS advierte que los médicos y las asociaciones médicas no deben administrar tratamientos no probados a pacientes con covid-19 ni recomendarlos a personas que se automedican con ellos. La OMS está preocupada por informes sobre personas que se automedican con cloroquina y que se están ocasionando daños graves. Padres de los 43 normalistas de Ayotzinapa piden que continúe la investigación pese a la contingencia por covid-19.

Regresando al vaso con agua frente a tu *tablet* o *laptop* con las noticias, tómate toda el agua como yo lo hice la primera vez. Recuerdo, como ya te había comentado, que cuando terminé con todo el líquido ya estaba la noticia de Donato Villegas, el primer sonámbulo que cruzó la frontera con Estados Unidos.

Mientras yo me secaba la boca, veía cómo la Migra golpeaba al paisano; veía sus ojos hinchados de

tanto dormir que parecían a punto de estallar. Luego se abrieron con los golpes, parecían dos bocas de niño. ¿Qué estaría soñando ese paisano?

Ahora espera a ver los sueños que tendrás esta noche y que recordarás siempre. Quizá no veas nada, eso significará que estás a salvo (por el momento). Si no es así; el hombre pálido, de ojos como túneles gemelos sin fin, aparecerá en tus sueños y sabrás que no es la primera vez, comenzarás a recordar sus visitas anteriores; te descubrirás como uno más de nosotros. Quizá recuerdes algunos códigos numéricos resultantes de los cálculos que ha hecho tu mente; y entonces tal vez –sólo tal vez– tu ayuda pueda arrojar un poco de luz a esta desgraciada granja de cerebros soñadores de la que muchos formamos parte. Ora por mí, te lo ruego, y que Dios te bendiga.

Bernardo Govea



Bernardo Govea. Funambulista de circo que se disfraza de cuentacuentos para compartir historias. Tal vez algún día se convierta en un elefante o, si el clima lo permite en un paraguas, o tal vez en un ropero, si los recuerdos se le amontonan de repente. Mientras eso no pase escribe cuentos y toma café cubano.

UNA TELEVISIÓN PHILIPS

Qué puede haber en las entrañas de una televisión? Sé que esta pregunta parece una extraña tontería, sin embargo mi vieja Philips ha configurado toda una serie de pensamientos complejos, incluso de una magnitud superior a los míos.

Después de meses de tener poco trabajo, un día me habló por teléfono la coordinadora del programa Alas y raíces, me preguntó si deseaba ir a contar cuentos en hospitales del estado, a niños enfermos que dada su situación les resulta imposible disfrutar de eventos culturales. De entrada, me pareció una gran idea, aunque experimenté cierta incertidumbre sobre el futuro, en su momento no supe el porqué.

El recorrido cuenteril me llevó a conocer los hospitales de Salamanca, Irapuato y Celaya. En su gran mayoría no existía un protocolo de visita para presentarse ante los enfermos y contarles uno o varios cuentos, por lo general se improvisaba sobre la marcha. En algunas ocasiones conté en los pasillos, en otras, en un pequeño espacio acondicionado como biblioteca, pero lo más usual era narrar en la sala comunitaria junto a los enfermos y sus familiares, por lo general, mujeres.

En alguna ocasión presenté en el área de bebés y creo que se la pasaron bastante bien, o por lo menos

era lo que yo interpretaba de sus rostros, sonrisas y brillo en los ojos, además estaban sus balbuceos de aliento y pequeños gritos que denotaban alegría. Pese a ello, sobraron las enfermeras, expertas en lenguaje, comunicación auditiva y visual, que señalaron tajantemente que eso era perder el tiempo, pues los bebés no entendían nada. Me quedaba claro que dichas enfermeras tampoco.

Recuerdo que en el hospital de Irapuato la doctora encargada de pediatría me dio la libertad de moverme por todas las áreas, gesto que en una primera instancia agradecí, pero después me generó dudas, pues no sabía si debía o no entrar a las zonas restringidas. Algo en mí, cierta prudencia quizá, me señalaba que no lo hiciera, sin embargo otra parte de mí, una tan inconsciente como aventurera, me indicaba con pequeños tamborileos del corazón que sí entrara. Una enfermera, segura de sí misma, al verme indeciso me dio un empujón verbal con el clásico: “anímesese”. Entonces fingí que no vi un aviso de advertencia que impedía el paso a cualquiera que no tuviera nada que hacer adentro. Por su puesto, la arrogancia característica de todo narrador escénico me hizo pensar que sólo la doctora, alguna enfermera especializada, y claro, yo, debíamos ingresar.

En una pequeña habitación, con su baño propio, se encontraba una niña pequeña, tal vez siete años, con una toalla en la cabeza que la hacía lucir como una monja, pues su mamá la había bañado

unos minutos antes. Se llamaba Carmelita. Hablé un poco con ellas, en ningún momento quise preguntar sobre la enfermedad, aunque la señora llegó a mencionar: “Ojalá lo que tenga mi hija sea dengue”. Ante tal frase no quise indagar más. Conté dos cuentos, el primero pensado exclusivamente para que la chica se divirtiera, el segundo planeado, palabra por palabra y gesto tras gesto, para que se riera a pierna suelta. Sin duda, los dioses del cuentacuentismo me habrían tomado a mal que narrara alguna tontería moralizante o aleccionadora, de esas que tanto adoran algunos funcionarios y cuentacuentos. Quizá porque desconocen que los dioses del Olimpo cuenterial odian a los narradores con espíritu de profesor de escuela y con voz de lección.

Tras contarle a Carmelita, salí de aquel pequeño espacio sintiéndome con el poder suficiente para entrar en otro cuarto aislado, remarcado también con su letrero de alerta, que a falta de mis anteojos leí de la siguiente manera: “Aléjese de aquí si quiere narrar moralejas”.

En algún momento pensé en las ventajas de usar un cubre bocas, no sería mala idea, sin duda para mi siguiente visita. María era una niña muy chiquita para su edad, sufría de hepatitis, no recuerdo o no quise preguntar cuál de las tres que existen. Era bastante triste saber que la niña no podía estar jugando en el parque o rompiendo floreros en su casa. Juro que intenté hacerla reír, pero sólo conseguí

un esbozo de sonrisa y una chispa en sus ojos que a veces mi memoria confunde con un par de lágrimas escondidas en sus pupilas, demasiado tímidas para asomarse. Salí de ahí creyendo ser el peor de los cuentacientos.

Ya en la calle, no quise tomar un taxi y caminé durante largo rato hasta encontrar una plaza conocida. Mi objetivo era llegar a la central, pero al pasar por una vieja casa descubrí el encanto de una venta de garaje. En cuanto entré al lugar una vieja televisión Philips blanco y negro me sonrió, me guiñó el ojo con un dejo de coquetería. Al preguntar por el precio la respuesta me pareció una invitación a llevármela, no quise ofender al aparato solicitando una rebaja.

Llegué a casa con ella. En aquel tiempo vivía en el cuarto más lleno de chácharas y pequeño de toda la ciudad. No había espacio para más, por lo tanto la televisión ocupó el centro de la mesa, la cual tenía tres meses convertida tanto en librero como en repisa. Recuerdo que por tanto trebejo jamás volví a comer en ella. Era una habitación donde dos ideas no cabían a la vez, quizá por eso tardé tanto en terminar mi tesis. La vieja Philips quedó muy lejos de la conexión de luz más cercana, consciente de que no funcionaría debido al cambio de señal análoga a digital nunca intenté prenderla. Tras una etapa de mucho trabajo, que no esperaba, reuní el dinero necesario para cambiarme a un departamento. Era

diciembre y todo parecía indicar que el 2020 sería un gran año, de cambios, me repetía una y otra vez una amiga dedicada a la astrología.

Un día la conocí a ella, se llamaba Cas, al mirarla su cabello rizado me llamó demasiado la atención, mis ideas que, en algún momento debían convertirse en palabras de saludo y cortesía, se perdieron en aquella enredadera. Por la distracción, saludé torpemente. Dentro de algunas narraciones me gusta representar la feminidad con la descripción de una larga cabellera rizada, siempre he pensado que es burdo y torpe hacer énfasis en los encantos de la carne y describir curvas y protuberancias, aunque todo ello sea terriblemente atractivo. Pero me parece que remarcarlo dentro de una historia delata obviedad y falta de imaginación, sin duda dos pecados capitales en la narración oral. Prefiero describir una cabellera ondulada como representación de sensualidad, un guiño atractivo a la par que discreto. Y así era ella, aunque la discreción se esfumaba cuando la sangre o la cerveza se le subían a la cabeza. Pero siempre consideré esto más un encanto que un defecto.

La segunda ocasión que la descubrí en la calle miré fijamente su rostro, mi espíritu tembló un poco al encontrarme de frente con una imagen del pasado, en aquella mirada reconocí el mismo brillo que tenía la niña del hospital, me refiero a María. Pero reflejado en los ojos de un adulto pude entender lo que en aquella ocasión me pasó desapercibido. No

se trataba de un par de lágrimas escondidas o de un destello de alegría, era la señal de un dolor escondido muy adentro, aferrado a las entrañas. Esa pequeña luz interna es la forma en que la desesperanza asoma al mundo. Por fortuna, en Cas era una reminiscencia, quizá el dejo de una pena que había envejecido en sus adentros. Pero en María representaba una lucha y un tormento brotando de su ser. Por extraño que parezca, en Cas aquella chispa se convirtió en una bella sonrisa. A partir de ese momento quise estar a su lado.

Recuerdo que siempre tuve en mente que su nombre era una abreviación de Casiopea, un personaje de *Momo*, pero esta relación de letras y significados sólo cobraba sentido en mi cabeza. En otros momentos pensaba diferente, era para mí un sonido sin referencias, una palabra que no significaba nada, pero a la vez buscaba evocarlo todo.

Tras una serie de eventos que se fueron encadenando, una tarde Cas llegó a mi casa, la idea era fumar cigarrillos cubanos, tomar ron y escuchar música, sin embargo ella le otorgó mayor importancia a la vieja televisión, la cual se ubicaba en un gran espacio, muy cerca de la conexión eléctrica. Hizo preguntas sobre si funcionaba y, al instante, ella misma generó sus respuestas porque me pidió encenderla. Le hablé del cambio de señal análoga a digital; pese a dicha explicación un impulso me llevó a conectarla. Tenía ganas de escuchar ese sonido de distorsión, tan caracte-

rístico en estos aparatos cuando no tienen señal, en algunos museos los exhiben al nivel de arte. Siempre he pensado que se trata de un engaño conformado por un caprichoso paradigma posmoderno.

Durante un rato vimos la pantalla, el vaivén de unas franjas indefinidas y ruidosas. Aprovechamos ese extraño ritual, que ambos teníamos perdido en el recuerdo, quizás más yo que ella, para platicar de sucesos personales y rememorar un par de nostalgias. He pensado que fue esta evocación la que produjo la señal. Primero surgió el sonido de un par de voces dialogando, parecía el doblaje en español de una serie gringa, tras quince segundos descubrimos un capítulo de *Bonanza*. Lo vimos todo sin interrumpir con preguntas, sin buscar un porqué, al final volvió la distorsión. Tras apagar el aparato, generamos un par de explicaciones, algunas con espíritu científico, pero sin convencernos del todo decidimos confiar en que había sido un acto de nostalgia, un juego de ecos e imágenes guardadas en la memoria afectiva de un viejo aparato, seguramente anidadas ahí por los recuerdos de un dueño anterior.

Prometimos reunirnos una vez más para ver otro capítulo, o alguna otra cosa, tal vez una antigua película de Buster Keaton, no sé, lo que la TV quisiera ofrecernos. Pero jamás pasó. Al irse, bauticé a la televisión con el nombre de Phili, me dio pena hacerlo delante de ella, después guardé este gesto como un secreto. Muchas veces conecté a Phili a la corriente

eléctrica, pero no mostraba otra cosa que no fueran rayas y ruido. Sin embargo unas cuantas ocasiones sí tuvo señal, sin estar conectada. Ahora pienso que fue un desplante de su parte, una manera de expresar su poder sobre mí. Sería entonces cuando ella quisiera.

Una tarde llegué a casa y no volví a salir durante mucho tiempo. El mundo estaba cambiando y nadie entendía un carajo al respecto. Un día estaba escribiendo un cuento sobre una taza que me regalaron, un objeto que representaba mucho en mi vida, de pronto la televisión se prendió sintonizando *Los cuentos de la misteriosa luna pálida*, película japonesa que llevaba tiempo deseando ver. Pero Phili interrumpió la señal poco antes de que la historia concluyera. En su lugar apareció una imagen conocida, éramos Cas y yo viendo *Bonanza*, como si alguien nos hubiera grabado y ahora se proyectara. Phili se apagó sola, cuando quiso.

Lo que sucedió en las siguientes semanas me confunde un poco, pero a la vez me hace sentir afortunado. El 20 de abril soñé con un pingüino que buscaba escapar de una fuerte ventisca, se movía con dificultad. El frío y el viento eran insoportables, yo lo podía sentir como si estuviera ahí. Había otros pingüinos caminando igual, a cierta distancia, parecían desplazarse en cámara lenta. Supuse que se dirigían al mismo sitio, tal vez un hogar, tal vez el mar.

Al despertar no tenía ganas de levantarme, miré el celular para darme cuenta que eran las 4:00 pm.

En estos tiempos no hay por qué madrugar, pensé. Fue fácil acomodarme entre las sábanas otra vez, pero Phili se prendió. Hubieran visto mi sorpresa al darme cuenta que la televisión mostraba mi sueño, en una imagen blanco y negro, con todos los detalles que recordaba, pero agregando aquellos que siempre se olvidan al despertar. De inmediato me vino a la mente la vieja pretensión de Win Wenders de crear un aparato capaz de registrar la imagen subjetiva de las entrañas, el lenguaje onírico de las personas. Phili se había convertido en un monitor que lograba proyectar mi actividad cerebral durante el sueño. Sólo ocurrió algo así en dos ocasiones. La noche del 22 de abril soñé que alguien me enterraba vivo, aunque parezca mentira fue una pesadilla recurrente durante mi adolescencia. El encargado de asesinarme era Dios, esa figura poderosa, constituida con todo el amor y el odio de sus seguidores. Recuerdo la tierra cayendo en mi cuerpo, en la cara, en los ojos, pero sobre todo tengo clavada en la memoria de mis pupilas aquella desesperación y la brutal angustia.

Desperté, no hice ningún movimiento, tal vez pasaron dos horas, ya no importa. No pensaba mover un músculo hasta ver mi sueño en la pantalla. Sentí un gran placer al poder ver el rostro de aquel Dios vengativo que enterraba vivo a uno de sus hijos. Recuerdo el extraño brillo en sus ojos.

El 25 de abril la televisión se prendió mientras hacía de comer. Me acerqué con miedo, pues reconocí

una horrible voz. En la imagen estaba yo contando un cuento, una tontería sobre dragones. Estaba en una habitación de hospital, pequeña y aislada; la niña era María. En la noche Phili se prendió, tras abrir los ojos descubrí un extraño documental acerca de una enfermedad. Fue fácil reconocer las facciones de quien hablaba, era la doctora de Irapuato dando explicaciones del repentino deceso de María.

En los días siguientes escribí mucho en las noches, terminé un cuento para niños, deseaba enviarlo a una convocatoria, ya no recuerdo a cuál. Pero ya no lo hice, me sentía mal: tenía tos, mucha fiebre y el cuerpo me pesaba como plomo. Pensé en aquel pingüino, como si fuera yo mismo caminando hacia el mar.

Desperté en un hospital, aislado.

Desperté, un doctor me miraba con extrañeza.

Desperté, había otros enfermos a mí alrededor. Un cuentacuentos nos narraba una historia, una rebuscada fábula llena de lecciones baratas. No era el lugar, pensé. No era el momento, quise gritarle. No sabía si sentir lástima o rabia por mi situación. Hubiera odiado arruinarle el cuento a ese pelmazo y morirme a mitad de la moraleja.

Había algo dentro de los ojos del narrador, era un brillo familiar, pero ahora se presentaba ante mí de una forma clara y nítida, aquella luz era provocada por la incandescencia de los rayos catódicos de una pantalla de televisión que proyectaba una imagen

familiar, estábamos ahí otra vez mirando *Bonanza*, pero yo era diferente, ajeno a mí, mi cuerpo no me contenía realmente. Cas era ella, o quizá sólo una bella figura de cabellos rizados, enunciada por la voz del cuentacuentos.

Entonces lo entendí, ambos éramos un viejo recuerdo atrapado en la mente nostálgica de la televisión. De alguna forma el aparato lograba registrar las corrientes cerebrales y mostrarlas en un acto de reencuentro y memoria. Phili sigue los movimientos de los ojos, penetra en ellos hasta llegar al cerebro, estando ahí graba nuestras imágenes subjetivas, llenas de vísceras y entrañas, de evocaciones ocultas y sueños estancados. Con todos los datos obtenidos crea una fotografía objetiva, le otorga movimiento y puede reproducirla en forma de corrientes cerebrales. El televisor envía esta luz al córtex visual para generar una experiencia que podamos reconocer como nuestra vida pasada.

Escucho nuevamente el inicio del cuento, me pierdo y me confundo entre sus palabras...

Había una vez un hombre.

Había una vez una mujer.

Había una vez el final y el miedo.

Recordaba el brillo en los ojos de Dios.

Recordaba *Bonanza* y sus rizos.

Había una vez la narración oral.

Había una vez el brillo en los ojos de María.

Recordaba de una forma tan viva aquello, como

si fuera yo mismo, caminando hacia sus ojos para ahogarme. Ahora entiendo que ese brillo era el saludo de la muerte. La bella sonrisa de sus sentimientos más profundos, de sus entrañas.

David Eudave



David Eudave. Cuando era niño, la forma que su abuelo Tomás y él tenían de jugar juntos era la siguiente: mientras Tomás contaba una historia –normalmente con buen sustento histórico, geográfico y literario (Tomás no era para nada condescendiente)–, David la representaba “de bulto”, usando los muebles de la sala y el comedor como escenario. Él cree que de allí le viene el gusto por la literatura y el teatro, sus dos grandes pasiones. Y, aunque ya pasa de los treinta y siete años, cada que toma una pluma y una libreta o se sienta frente a una computadora o en la séptima fila de un teatro vacío para ponerse a inventar historias, no puede (ni quiere) evitar la sensación de que simplemente, pero en serio, está jugando.

ÓLEO DE MUCHACHA CON TURBANTE, CABALLO MUERTO Y JABALINA

Yo: ¿Cómo dormiste, Boris? Ven. ¡Ven! No te vayas, ¡pinche boricua! Sólo estamos tú y yo, algo de amor me tienes que dar, aunque tú no lo necesitas. Sí lo necesitas, pero todo ha de ser cuando tú lo quieres y como tú lo quieres. ¿Qué horas son? Ya sé que da lo mismo, pero quiero saber qué horas son. No quiero abrir las cortinas, me da igual si hay luz o está oscuro. Quiero saber qué horas son nada más por... por estadística.

Todas las noches, todas, antes de dormir, y a veces también al despertar, pienso exactamente lo mismo. Aunque en realidad no lo pienso, lo veo o, más bien, lo siento en mi cuerpo. Te colocas de espaldas a la línea límite, de allí no podrás pasar, y caminas un cierto número de pasos, pasos largos, no recuerdo exactamente cuántos, sólo que era un número impar. Ese será tu punto de partida, Boris. Lo dejas marcado en el piso, para cuando sea tu turno.

¿Escuchas el ruido? Tres de la mañana, ahora sí veo el reloj. ¿Qué mierda es eso?

En ese entonces vivía en Barcelona, en el Carrer de la Mare de Déu del Coll... ya no recuerdo el número, qué triste. Es decir, en la Calle de la Madre de Dios del Cuello... No, por supuesto que no es cierto, boricua, pero me causaba gracia. Ya, ya sé que es una

tontería. Pero, espera, te quería contar sobre el balcón. Al final del piso, en la parte trasera, digamos, había un balcón grande que daba a un patio enorme. Más que un patio, el espacio entre varios edificios. Los patios traseros de muchos edificios. Abajo de mi balcón, por ejemplo, había un espacio con árboles, plantas, un asador, una mesa de jardín de las vecinas. El punto es que yo había puesto una hamaca de colores y pasaba mucho tiempo allí. Durante una temporada, una locura, pero qué feliz era, trabajaba toda la noche, toda, toda la noche, y ya casi al alba me preparaba un té con miel y me salía al balcón a observar el amanecer. Luego, dormía todo el día, y despertaba cuando ya estaba oscureciendo.

3:00 a. m. Parece un motor gigante o un chirrido. Trato de ubicar su procedencia, pero es imposible. Salgo al patio trasero y parece que proviniera del cerro de La bufa. Salgo al patio delantero y parece que proviniera del cerro del Cubilete. La única conclusión posible es que se produzca bajo tierra o en el cielo o en algún punto en la galaxia más cercana.

Entonces te preparas. La jabalina se toma sobre el hombro derecho, la palma de la mano hacia arriba, el codo apunta al frente. La jabalina tiene en la zona central una especie de anillo almohadillado. El dedo índice, estirado, se coloca sujetando el final de ese anillo. El resto de dedos lo abrazan, pero sin apretar. Comienza la carrera, a toda velocidad, hasta que se llega a un determinado número de zancadas, cuando

faltan unos cinco metros para la línea límite. Ahí comienza la magia.

Recuerdo tanto los cielos de Barcelona. En esa época leía 2666, de Bolaño, hay una frase que dice... tampoco la recuerdo, Boris, qué horrible, qué me está pasando. Decía algo sobre los colores, así lo recuerdo yo, nunca azul claro, siempre anaranjado o violeta, violento. Pero no era eso tampoco lo que te quería contar, sino que justo frente a mi balcón estaban las ventanas traseras de un edificio de unos siete pisos. Lejos, a unos... no sé, cincuenta metros, tal vez. Y uno de mis pasatiempos era espiar las vidas de sus habitantes. Había un par de ancianos que nunca estaban en la misma habitación. La mujer siempre aparecía en la sala, aunque no por mucho rato, a excepción de las tardes, cuando veía la televisión. El hombre, en cambio, casi siempre estaba a la vista, a veces en la sala, cuando ella desaparecía, y el resto del tiempo en una habitación. Había una pareja joven con un bebé, una familia musulmana, todos con sus agendas consuetudinarias. Más o menos siempre las mismas actividades a las mismas horas. Lo que te voy a contar ahora es un secreto un poco vergonzoso, pero qué más da, quién más nos escucha.

Ahí comienza la magia. En vez de seguir corriendo con el cuerpo de frente, en un solo movimiento te colocas de costado, la jabalina pasa a estar entonces frente a ti, en una diagonal pegada a tu cuerpo, la mano derecha estirada abajo, la jabalina cruza

tu pecho y la punta metálica cerca de tu rostro que mira al frente, al igual que la mano izquierda. El penúltimo momento es un salto suspendido en el que todo se concentra, y es exactamente ese cúmulo de sensaciones el que recuerda mi cuerpo cada noche, justo antes de caer dormido. En esa suspensión el torso se echa para atrás, el pecho se abre a su máxima extensión y se hace una última inspiración breve. Entonces caen, casi simultáneamente, primero la pierna derecha atrás, semiflexionada, e inmediatamente la pierna izquierda, estirada, con la punta del pie apuntando al cielo. El brazo izquierdo se jala violentamente hacia atrás, trayendo consigo al torso. Finalmente, el brazo derecho se dispara como una catapulta. El último jalón lo da el dedo índice sobre el final de la almohadilla. La jabalina vuela. Pero tú no puedes prácticamente apreciarla, porque te tienes que preocupar por frenar.

Mi favorita era una ventana en el segundo piso al extremo derecho. El cuarto de una chica. Menor de edad, seguro, unos dieciséis o diecisiete años. A eso de las ocho de la noche hacía yoga. Luego salía a ducharse y, cuando volvía comenzaba lo más interesante. Pasaba mucho rato desnuda frente al espejo. Se encremaba, se observaba, hacía poses, hablaba por teléfono, todo con la toalla como turbante en la cabeza. La primera vez me sorprendió, no me lo cuestioné demasiado, sólo observaba, maravillado. Era una chica muy guapa, o al menos así la recuer-

do o la imagino. En realidad estaba muy lejos. Las siguientes veces comencé a cuestionarme sobre la moralidad de mis acciones. Nunca he sido un *voyeur*. No podría decirte que me parezca algo horrible, deleznable, a fin de cuentas hago teatro, y he aprendido a exponerme y a observar con fruición la intimidad puesta en público. Pero de eso a espiar a una vecina menor de edad hay mucho trecho, estarás de acuerdo. Durante unos días trataba de evitarlo. Trataba... me metía a cocinar o a trabajar o me ponía a platicar con Enrico, pero no podía evitar mirarla de soslayo. Después mis razonamientos cambiaron: si se exponía de esa manera es porque no le importaba ser vista o, incluso, porque deseaba ser vista. Entonces comencé a observarla atentamente, hasta podríamos decir que expresivamente, un gesto claro que hiciera explícito mi acto. Me preguntaba si ella sería consciente. Jugaba a mirarla fijamente, a probar el poder de mi mirada, a lanzar mi mirada como un dardo, a darle órdenes con mi mirada: gira, agáchate, siéntate, mírame. Pero no me miraba. Cuestionaba los dichos populares sobre el peso de la mirada. Si fueran ciertos, no habría manera posible de que ella no percibiera mi mirada... Hasta una noche en que se quedó mirando al horizonte por su ventana y se encontró con un hombre en pantalón de pijama de cuadros rojos, que fumaba mientras se balanceaba en una hamaca de colores y la miraba. Apoyó sus manos y se quedó inmóvil, largamente inmóvil, como

una estatua, o mejor, como una pintura, enmarcada por su ventana, cambiando sutilmente de tonalidades al ritmo de los focos en las ventanas vecinas. Y así la siguiente noche, y la siguiente, y la siguiente. Y entonces pasó algo completamente inesperado. Sobre esto no estoy tan seguro, Boris, no sé si de verdad ocurrió o si solamente lo inventé o lo soñé y me lo he repetido tantas veces que ha acabado por volverse firme y llenarse de detalles. Esa noche la chica no volteaba a mirarme, hacía su rutina como si nada, como en los días anteriores al comienzo de nuestro extraño ritual nocturno, en el que ella posaba y yo la pintaba con mis ojos. Hacía como si yo no existiera, y yo fumaba un cigarro tras otro, incrédulo al principio, indignado después de un rato. ¿Qué hago aquí? ¿Es posible que haya imaginado todas estas noches? ¿Que ella hiciera eso no para mí, sino para otra persona, en otro balcón, una persona que hoy no está? ¿Que lo hiciera sólo para ella? Pero entonces se pierde unos segundos fuera del marco de la ventana y vuelve con una libreta abierta en la que ha escrito un mensaje y se coloca como todas las noches, pero con las hojas abiertas frente a su pecho. ¿Qué dice? ¡No alcanzo a ver! Salgo de un salto de la hamaca, me recargo en el balcón y aguzo la mirada. ¿Qué dice, mierda? Entro al piso corriendo, en busca de cualquier artilugio que me permita ver más lejos. Nada. ¡El celular! Ella sigue allí. Apunto la cámara, acerco el zoom. Nada, manchas. ¿Qué es? ¿Un teléfono? Eso quisieras, hombre

perverso en pijama de cuadros rojos. No es muy largo, eso es indudable. Podrían ser palabras, una palabra mediana o dos o tres palabras cortas. ¿Perverso? ¿Vete a tu país? ¿Búscame mañana? ¿Me llamo Laia? Imposible, no alcanzo a ver. Después de un rato, se retira y apaga su luz. Y yo me quedo allí, esperando por si vuelve, descifrando el mensaje con lo poco que recuerdo, lo poco que cada vez se hace menos. Pero no vuelve. Entonces me pongo a investigar. Abro Google Maps y ubico su edificio. A la mañana siguiente estoy desvelado, por supuesto, sentado en un café de chino, a dos puertas. Espero unas tres horas, tomo unos cinco cafés. Nada. Me acerco a la puerta. Anoche calculé cuál sería su piso. Pero los timbres no tienen nombre. Vuelvo a dormir.

El ambiente es como el de un capítulo de *Black Mirror*. Yo lo veo todo desde fuera, como a través de una pantalla, pero sé que soy uno de ellos. Somos Enrico y yo... supongo posteriormente. Son dos amigos, dos grandes amigos. Pero uno de ellos, ¿yo?, está descontento por algo. Hay algo en su amigo que no lo convence o mejor, algo en la relación con su amigo que lo tiene descontento. Se le ve incómodo, aunque no se hace evidente el porqué. Hacemos cosas de amigos, no sé, salir a un bar, ver algo en Netflix, nada fuera de lo normal. Pero entonces ocurre, no sabría explicar cómo, hay un hueco en la historia, ocurre que el personaje que soy yo se separa de su amigo. Dejan

de verse. Todo bien, nada del otro mundo. Sin embargo, comienzo a notar que falta algo, un elemento tan simple que pasaba desapercibido. Antes, con Enrico, había una musiquita de fondo, todo el tiempo, y ahora ha desaparecido. El mundo parece igual, pero sin *soundtrack*, y lo que podría parecer una banalidad empieza a convertirse en algo horroroso. Como si de pronto perdieras el sentido del olfato. Dicen que ese es uno de los síntomas, boricua, pero supongo que tu sentido del olfato es a prueba de virus. El horror no son monstruos gigantes que destruyen todo a su paso o fantasmas sanguinarios que se beben tu alma. Es lo mismo de todos los días, pero con un detalle ínfimo alienígena, como una plabra a la que le quitaras una letra. La puedes seguir diciendo y todos te entienden, y puedes fingir que no pasa nada, pero todos saben que hay algo podrido allí.

La siguiente noche yo tenía listo mi cartel. Lo preparé cuidadosamente, con letras grandes y claras para que no cupiera duda. Pensé primero en poner mi teléfono o mi dirección, pero intuí peligro. Me decidí por una hora y un lugar. La biblioteca Jaume Fuster a las siete de la tarde. Un lugar bastante concurrido para poder pasar desapercibido si así lo deseas, pero no tanto para perderse en la multitud; cercano a nuestras casas, pero no tanto para encontrarnos con nuestros conocidos; cerca de todo... Pero no apareció esa noche. Ni la siguiente. Volvió la tercera. Yo la estaba esperando, por supuesto, con mi cartel al lado.

Me levanté y lo mostré. Lo vio. Y cerró su ventana... Biblioteca Jaume Fuster, siete de la tarde. Nada. Todas las siguientes noches, ventana cerrada. No la volví a ver o, si la vi en la calle, no la reconocí. ¿Qué pasó? Me torturo pensando en que ahora la pobre chica no puede abrir su ventana.

Al poco tiempo se vuelve insoportable, así que vuelvo con Enrico y le confieso lo que me ocurre. Él me explica que el comportamiento de nuestras neuronas cambia constantemente. Hacen sinapsis de ciertas maneras mientras las condiciones son similares, pero cuando esas condiciones cambian, las sinapsis transmutan. Él también escucha el soundtrack de la vida. ¡Él lo sigue escuchando! Y mientras éramos amigos me compartía ese superpoder, no voluntariamente, por supuesto, sino que mis sinapsis se habían entonado al mismo ritmo que las suyas. Ya no.

Fantaseo con un posible cuento situado en mi balcón, uno en el que narro la historia de la muchacha del turbante y en el que los vecinos, enardecidos, salen a sus balcones y a sus terrazas y juntos hacen ruido golpeando sus ollas y cantan el *Bella ciao*, pero nunca lo escribo. Después vienen los movimientos populares en Argentina, la gente en las calles sonando sus ollas; luego *La casa de papel* y el *Bella ciao* convertido en himno, y más tarde el confinamiento y los italianos cantando juntos en sus balcones. Ya no puedo escribir ese cuento. Ya no.

Es como si viniera de todas partes, boricuita. Tengo miedo. Es absurdo, pero tengo miedo. Abro mi Facebook y me encuentro con varias personas comentando sobre el mismo sonido... en otras ciudades. Un contacto en Valencia dice que allá lo escuchan todas las mañanas a la misma hora en punto. Google: zumbido en el ambiente. Google dice: *The Hum*. Wikipedia dice: El *Zumbido* (*The Hum* en inglés (*hiperlink*)) es un fenómeno (*hiperlink*) o una colección de fenómenos que involucra una serie de reportes sobre un zumbido persistente de baja frecuencia (*hiperlink*) no audible (*hiperlink*) por todas las personas (*hiperlink*). Los zumbidos han sido ampliamente reportados por los medios de comunicación nacionales de Gran Bretaña (*hiperlink*) y Estados Unidos (*hiperlink*). Enseguida viene una lista sobre lugares y años registrados, busco al final con desesperación México (2020). Nada. Posibles explicaciones, Cobertura de los medios, Cultura popular... las trompetas del Apocalipsis. ¿Será posible, boricua? ¿En serio es así de estúpido el fin de los tiempos? No sé, esperaba algo más espectacular y no que nos cogiera a todos en pijama.

Travelling

horizontal

en

cmara

lenta

un cballo (*hiperlink*) muerto a media calle

close up al OJO ZQUIERDO (CERRADO)

una mosca (*hiperlink*)
se posa sobre el ojo

los autos se detienen
la gente se acerca a observar

el gobierno municipal en el cementerio
abre fosas comunes

Le hablo a mi gato (hiperlink).
Boris, boricua, boricuita, ¿qué será de nosotros?

¿Ya no?

El caballo no respira
ya no
está sujeto a una carreta de la que (ntes) tiraba
ya no
se le marcan las costillas

Hay algo de bello en
una fosa abierta
una boca
una entrada húmeda
terrones negros como café recién colado

PERSONAJES

Yo (*hiperlink*), hombre en pijama
Murió de sol

Un chapulín (*hiperlink*) aparece en el ptio rasero
m sembla una mala señal
tomo un cintrón y lo golpeo
una y otra y otra y otra y otra y otra y otra vez
lo veo morir muy
l e n t a m e n t e

*El hombre, Yo, despierta en su habitación. Sólo lo
acompaña su gato. El gato podría ser sustituido por un
gato embalsamado, pero nunca por un títere. El hombre
habla con su gato.*

YO:

Diana Alejandra Aboytes



EL AMOR ANTES DEL FIN DEL MUNDO

Recién nacía la primavera y ya la amenazaba un confinamiento sanitario. Colapso mundial a causa de un virus llamado coronavirus. Se originó en China, pero la pandemia se extendió con rapidez a Italia, España y en breve a todo el mundo. La enfermedad se trasmitía por contacto. Los abrazos y los besos quedaron prohibidos. Nunca había sido tan peligroso charlar con amigos. El contagio producía tos seca, fiebre y enorme dificultad para respirar. Se moría de pulmonía atípica. Ojos, nariz y boca eran la vía de contagio, no debían exponerse. Los cubrebocas formaron parte de los accesorios diarios. Salir de casa era un riesgo. Las multitudes debían evitarse, por eso, los eventos deportivos y conciertos musicales fueron cancelados. Las olimpiadas pospuestas un año, hasta 2021. El mundo en cuarentena.

Las escuelas estaban cerradas en todos los niveles, al igual que muchos negocios. El *home office* fue la alternativa para evitar un paro laboral absoluto y se dieron clases en línea. Aun así, las estadísticas para el conteo de enfermos iban a la alza. La muerte era una constante. En la población, había temor, estrés e incertidumbre, pues no se veía fin a los días de encierro obligado, daba la sensación de ser uno igual al otro, como si de pronto al calendario se le hubieran

caído las fechas. Hasta la canción de Joaquín Sabina que dice en su estrofa: *quién me ha robado el mes de abril*, parecía profética.

Sólo se permitía salir de compras por productos esenciales y yo debía hacerlo. Había almacenado insumos para un mes, pero ya estaban por terminarse. Esa mañana me coloqué el tapabocas, tomé mi bolso y fui por lo necesario. Las calles vacías daban la sensación de vivir un mal sueño, aquel donde un día despiertas y todos se han ido menos tú. Llegué al supermercado. Varios estantes vacíos me dieron la bienvenida. Coloqué dentro del carrito algunos de los comestibles que habían quedado y me dirigí a la caja. En el piso estaban marcados los espacios para ocupar mientras estuviéramos en fila. Me formé y el hombre que estaba delante de mí, giró su cabeza para verme. Los ojos eran lo único visible en su rostro, pues al igual que yo, se protegía nariz y boca; no obstante, la conexión de nuestras miradas era inminente. Tuve que luchar contra mis impulsos ante tal atracción.

¡Era increíble! Estaba frente al posible hombre de mi vida y no podía tener contacto con él, acercarme y contemplarlo mientras la plástica fluyera. Con la mirada hacia abajo, yo pensaba sobre toda esta situación, cuando advertí su proximidad... nuestros ojos se volvieron a encontrar, pero a una nariz de distancia. Acercó su mejilla a la mía, la sugerencia epidérmica despertó las apetencias del cuerpo. Sin

pensarlo siquiera, nos retiramos los tapabocas. Tomé su mano y la llevé a mi rostro, la caricia me estremeció y entrecerré los ojos. Él miró mis labios y, de soslayo, los senos que asomaban apenas por encima de mi blusa. Sus manos recorrieron mis hombros y le ofrecí mi boca. La fruición que experimenté por la unión era tanta como navegar en la Vía Láctea... Pero de manera precipitada, alguien me trajo a Tierra mientras me decía: “Oiga, ¿va a avanzar o pasamos nosotros? Porque ya tiene rato que no hay nadie adelante de usted”.

Enrique R. Soriano



Enrique R. Soriano. Es un soñador. Cree en el ser humano como la evolución capaz de enfrentar cualquier reto. Escribe para sacar sus temores. Está convencido de que compartir es fundamental para sumar fuerzas. Coincide con Sartre en que el propio hombre se crea y lo ve capaz de superar su entorno para ser fiel a sí mismo. Supone que la historia de la humanidad es una batalla entre el ser individual y el ser social.

EL ERROR DEL OCTAVO DÍA

La paz del lugar se perdió por siempre cuando el Señor terminó de dar forma al barro. Al poco tiempo, el Paraíso quedó sólo en las descripciones escritas por quienes fueron sus primeros moradores cuando todos los terrenos se urbanizaron. Y el amo que debía administrar, se volvió el dilapidador de sus recursos al modificarlo con lo que llamó «progreso».

El Señor cada que finalizaba una parte de su obra se sintió satisfecho y la calificó como buena. Pero se dio cuenta que la realizada al día siguiente del descanso había sido un error: justo quien debía dejar constancia de lo bueno de su obra era, precisamente, el que no daba testimonio de ello. Cobró entonces sentido lo que escuchó de los humanos: «En lunes, ni las gallinas ponen».

Montó en cólera y, decidido, quiso hacer borrón y cuenta nueva, reharía la obra del octavo día. Mandó, entonces, una pertinaz lluvia que duró 40 días con sus 40 noches. Hubo cientos de ahogados entre los descendientes de Adán. Pero la migración hacia tierras altas, los barcos, submarinos, equipo salvavidas y acuático que habían producido con su cultura, permitió a la mayoría librar el percance. Sólo los menos hábiles o con escasez de recursos, sucumbieron.

La furia del Señor se acrecentó y envió un enorme meteorito para acabar con ese último trabajo. Sin embargo, de lo que originalmente quiso que fuera el centro del universo, salieron unos pequeños artefactos que estallaron en mil pedazos la gran roca. Los daños fueron menores y su obra, que polvo era y en polvo debía convertirse, siguió su vida como si nada.

Para Él esto era demasiado irrespetuoso: ¡lo que creyó su mejor obra se le rebelaba! El Árbol del Conocimiento también debía secarlo después de esta tarea. Demasiado bueno el fruto.

La estrategia de ir poco a poco con terremotos, tsunamis y erupciones, tampoco le funcionó en su voluntad de corregir la obra del octavo día. Como cucarachas, reaccionaban velozmente y la mayoría lograba escabullirse. Todas sus plagas habían sido combatidas con eficacia: hasta a los alimentos, estos seres supieron cómo sustituirlos por píldoras de laboratorio con lo necesario para la supervivencia.

Decidido a no ser reactivo como hasta ahora, respiró profundo y recurrió a la observación sistemática y estadística que los hombres desarrollaron por andar comiendo lo que la serpiente les aconsejó.

Acucioso al comportamiento de este grupo combinado de barro y costilla, se dio cuenta de las divisiones entre ellos. Hizo estadísticas de los factores que mejor los enconaban. Confirmó que la guerra de sexos era insuficiente para sus propósitos (ya ni ofendían palabras como feminazi); el racismo

tampoco fue el factor decisivo (hasta matrimonios mixtos florecieron; incluso, muchas combinaciones no previstas se unían mejor que nunca); tampoco el dinero logró el cometido de separarlos (las migajas de unos a los otros siempre les eran suficientes).

Cuando al fin descubrió el elemento que mejor los dividía, la humanidad disfrutó un corto periodo de excelente clima, mientras con buen humor el Creador hacía los preparativos de su ataque final.

Recurrió de nuevo a su arsenal. Confiado y gustoso, seleccionó la plaga que mejor combinaría con el grupo provocador del divisionismo. Mandó, por fin, la más sofisticada de sus pandemias y propició que los políticos administraran su combate.

Julio Édgar Méndez



Julio Édgar Méndez. Mi amor por la lectura comenzó por el cariño a una enfermera. Yo tenía siete años y tuvieron que operarme de algo sencillo. Duré tres días en el hospital, y mis papás me compraron muchos cuentos. Pero yo no quería leer, a pesar de que ya sabía hacerlo perfectamente. Estaba en plan de rebeldía. Tampoco quería tomar las medicinas. Pero eso fue antes de que cambiaran de turno las enfermeras. La que llegó en la noche, al pabellón donde yo estaba, era una enfermera joven, muy bonita, con su uniforme blanco y una cofia que le daba un aire a la corona de las reinas de los cuentos. Ella me tomó simpatía y me dijo que, si me tomaba mi medicina, me leería un cuento de los que me regalaron mis padres. Así que, esa noche, me leyó no uno, sino todos los cuentos que alcanzó hasta que me quedé dormido. Al otro día me volvió a leer, pero al tercer día vino la resurrección del fin y salí del hospital y no la volví a ver. Fue mi primera desilusión amorosa. Para recordarla, volví a leer una y otra vez los cuentitos, hasta que me aburrí. Finalmente la olvidé y comencé a buscar otras lecturas. Esa fue mi primera experiencia con la literatura y el encierro por motivos de salud.

COMO ANIMALES EN ZOOLOGICO

Desde que dijeron que pronto tendríamos que estar guardados como animales en zoológico, me puse a darle vueltas al pueblo. Aquí las noticias llegan cuando ya son viejas, así que a la mejor ni era cierto eso de que hay una epidemia de un tal coronavirus. Por si las dudas me puse mi pañuelo vaquero para tapar mi boca y nariz, dicen que de esa manera cuando escupa no sale saliva. Lo que no sé, es qué sigue después, me trago la saliva o qué. Subí a mi fiel vocho y le eché harto raid matabichos para evitar que se contagie. Mi carrito era el más conocido entre las piedras mugrosas del pueblo, las cenicientas obreras y los tránsitos. Mi vocho no me dejaba nunca en ridículo a pesar de su motor desajustado, los frenos que a duras penas hacían su función después de bombearlos un sinnúmero de veces y el ruido infernal de un escape trozado en más partes que hoyos tiene mi rancho.

Tanpendécuar no es un pueblo feo, vaya, si ni siquiera es un pueblo, es más bien rancho. Cuatro calles hacia arriba del jardín y dos más para abajo. La parte más ancha es por donde pasa el arroyito que arrastra las inmundicias de los retretes al aire libre, además de animales muertos y toda clase de cosas inverosímiles que mal flotan en sus aguas sucias. A

la mejor por ahí nos van a llegar los bichos, o por la cola, con eso de que dicen las noticias que ya se acabó el papel de baño en todas las tiendas. Lo bueno es que yo uso recortes de periódicos viejos, estoy bien protegido por todos lados.

En el pueblo, los gallos se despiertan a pedradas en lugar de ser ellos los que despierten a la gente. Cuatro tránsitos y cinco policías se hacen cargo de la vialidad en el pueblo y de los crímenes en el municipio; es decir, ellos solitos conforman el cártel más temido en Tanpendécuaro y sus alrededores, sobre todo en fin de semana, cuando por cualquier excusa te inventan toda clase de faltas a la ley y terminas pagando mordida o durmiendo en un cuartucho asqueroso llamado barandilla, donde de todos modos tienes que pagar al otro día lo que la noche anterior no soltaste. Así es mi pueblo. Así es mi patria todavía.

Mi vocho navega las calles a fuerza de orgullo más que de gasolina, pero al volante yo soy capitán de navío, piloto de Fórmula uno, Tarzán en su elefante y de los pocos muchachos del pueblo que no tienen troca. Esas camionetas pickup que algunas hasta son de tracción de cuatro por cuatro, pero como a mí no me gustan los coches chocolates, mejor traigo mi carrito. Los chavos que usan trocas pueden internarse en los caminos de terracería, mientras que yo, con mi vocho, las veces que me había arriesgado, terminé atascado en algún lugar alejado, con la chica en

turno mentándome la madre por mi pobre vochito. En el pueblo es otra cosa, las trocas se atorán entre ellas mismas porque las calles son muy angostas, pero mi carro pasaba raudo entre ellas, pitando con ese claxon de caricatura, razón por la cual las chavas pensaban que aquello era reflejo del dueño. Las burlas venían de todas partes: que por el tamaño, el color amarillo huevo, el ruido que me anunciaba quince minutos antes de llegar a cualquier lugar y la imagen de un muchacho flaco y de lentes detrás de un volante redondo, como cuadrado es el futuro impredecible de tanto pueblo similar al mío.

Pero como dice el dicho, a toda capillita le llega su fiesta y a mí me llegó la mía. A esa chica no le importó que sólo tuviera un vochito, que su claxon sonara de caricatura y que se quedara montado columpiando en alguna roca mal puesta sobre el camino. Se llamaba Alma. ¿O era pura alma? El caso es que la conocí cuando salí a dar el rol alrededor de la placita del pueblo, un día de poca lluvia y mucha tierra. Estábamos sentados afuera de una tiendita compartiendo las caguamas familiares, sin vasos, para demostrar que somos bien cuates, y para ver quién eructaba más fuerte cuando, de pronto, que aparece ella en medio de un grupo de chicas que sólo se veían como borrones, mientras que ella llevaba un reflejo de luz a su alrededor. Tenía el cabello rubio recogido en una trenza, los ojos azules azules y sus labios de un rosa mexicano que combinaba con el brillo que despedían

sus dientes, lo que luego resultó que eran frenillos, pero en ese momento para mí eran como diamantes. Dejé de eructar y me puse todo colorado porque me estaba viendo, sin reírse, muy seriecita, mientras el resto de sus amigas nos animaba a seguir con el concurso. Yo me chivié de a tiro y mejor comencé a verla despacito, ella aguantó el examen y me devolvió el reto; me miró de arriba a abajo y de pronto me soltó: *¿Tú eres el del vochito?*

Esa noche le exigí a mi carrito todo lo que en su larga vida no había dado, nos fuimos por caminos para mulas, lo usamos de lancha por encima del arroyito, fuimos a tumbar vacas medio dormidas –el vocho forcado– y fue, por primera vez, la cama más cómoda y cirquera de toda la historia. Allí se rompió el mito del famoso claxon. De ahí en adelante la fama del vocho como hotel de primera, corrió ya no como reguero de pólvora, sino como miadero de cantina. Se volvió famoso mi carrito, el gurú de las chavas aventadas y su chofer, el profeta. Después de Alma, mi alma, le sucedieron en orden alfabético todas las chicas que quisieron comprobar si era cierto que en un vocho el amor sabe más a kamasutra que a gasolina, no como en las mugres trocas con la caja apestando a puercos, vacas y chivas.

Ni las advertencias de no juntarse con otros, ni el pañuelo vaquero, ni los buches de cloro que me aventé por las mañanas, como me los recomendaron mis tías, pudieron impedir que el coronavirus nos al-

canzara en el pueblo. Nos alcanzó el fin del mundo y eso que al rancho ni en el *gugle* lo encuentran.

El vocho ya no existe, terminó abrazado a una roca tamaño montaña, una noche en que quise comprobar que también se podía volar sobre él. De Alma y el resto de las letras del alfabeto no he vuelto a saber nada, no sé si están encerradas en su casa o en el cementerio. De los recuerdos y malabares acontecidos en el interior de mi carrito, me quedan tan sólo las huellas imaginarias de besos sobre mis labios; un recorte del periódico donde hablan del accidente y esta silla de ruedas en que, todo entiesado, recuerdo mis días de piloto de pueblo, amante sobre ruedas y esa borrachera infernal que me dio por mezclar caguama Victoria –me dijeron que esa no transmite el virus de la corona–, con gel antibacterial, y que terminó con el vochito volando a los cuatro vientos, conmigo adentro gritando: *¡A chupar y a volar, que el mundo se va a acabar!*

María Paz de León



María Paz de León. Escribe porque al contarse historias a sí misma está buscando la verdad a través de sus mentiras. No hay cosa que más le obsesione que contradecir lo que vive, que divertirse y jugar a ser otra. No hay cosa a la que le tenga más temor que al dejar de disfrutar el proceso de escribir. Ella está convencida de que la literatura transforma, salva y sensibiliza, por eso lee y promueve la lectura. No se quiere morir sin antes haber leído lo suficiente.

EL JARDINERO

Papá me llama por teléfono y me pregunta si puede quedarse unos días en casa. La Tierra, nuestra Tierra está en cuarentena por un virus que tiene en jaque a la humanidad. Covid-19 ha logrado desacelerar el ritmo desenfrenado en el que vivimos. Ha cerrado escuelas, comercios, cines, restaurantes, bares. Ha reunido a familias desunidas; ha devuelto a casa a padres que nunca estaban, que nunca convivían con sus hijos; ha logrado que los niños se aburran, que usen la imaginación y se pongan a jugar; que los abuelos olvidados tengan con quién hablar. Ha separado amantes; ha reconciliado matrimonios. Ha desdeñado el beso, el abrazo, el apretón de manos. La mejor opción, quedarse en casa. En una tranquilidad silenciosa, aislados por un virus que no se ve, que no huele, que enferma, que mata y que da miedo. La Tierra ha comenzado a vaciarse.

Le digo que sí, que siempre es bien recibido en casa. Desde hace algunos años vivo en Guanajuato y él en la Ciudad de México con mamá y mi hermana M. No justifico a papá, dejarlas solas en la ciudad mientras el número de personas enfermas y muertas es tan alto, es egoísta. Pero la vida en casa de mis padres no es cosa fácil, menos si deben entenderse 24 horas durante un confinamiento que parece no

tener fin. Vivir juntos por más de cincuenta años debe de ser desgastante. Una vida compartida y a la vez desunida ha sido la constante que ha rodeado a mi familia. ¿Por qué siguen juntos? ¿Por qué, a pesar de la indiferencia de papá, mamá sigue sirviéndole el desayuno todos los días, comprando el pan dulce y la fruta que a él le gusta, dándole de cenar sin importar la hora en la que llegue? ¿Por qué ante todo mundo lo defiende de manera encarnizada contra cualquier acusación? ¡Hasta de su familia, que nunca estuvo de acuerdo con el matrimonio de su hija consentida con un completo desconocido al que no le interesaba ni siquiera caerles bien! M deduce que mamá, a costa de no dar su brazo a torcer delante de mis abuelos y evitar el *te lo dijimos*, lo defendió y lo sigue defendiendo como un acto reflejo.

Papá toda su vida ha tenido amantes, una que otra de ocasión y una que otra de permanencia más que voluntaria. Nunca tuvimos dinero, no éramos pobres, pero todo lo que se compraba en casa era con esfuerzo y sacrificio. Sin embargo, él tenía siempre dinero para el fin de semana y para gastarlo en copas con la mujer en turno. Él y mamá jamás salían solos. No compartían gustos: a ella no le gustaba el cine, a él sí; a él le gustaba tomar, ella no necesitaba del alcohol para divertirse y platicar; a él le gustaba bailar pero no con ella. Mil veces estuve tentada a preguntarles por separado: *¿Por qué no se separan? ¿Por qué permitieron que nosotras, sus hijas, tuviéramos*

que aprender fuera de casa y en carne propia el significado del amor?

M es la tercera en discordia. La pareja de ancianos que deberían de vivir emparejados, vive en un triángulo y no precisamente amoroso. M no quiere a papá, le duelen profundamente las miradas vacías, carentes de amor y compasión que le lanza a mamá y odia más allá de lo profundo verse reflejada en sus ojos turbios. Lo odia, pero sigue dependiendo de él. Visitar la casa familiar por una temporada, resulta agotador. Cargar con un tumulto de emociones contrarias, cansa. Regresar al cuarto que antes fue mío, con las paredes que alguna vez pinté de rosa y azul; pasar los dedos por el pequeño escritorio, sentir las heridas en la madera; recordar, recordar y verme ahí sentada: escribiendo, estudiando, llorando, es como estar dentro de un sueño en el que sabes que estás soñando. Es volver a ser hija cuando ya eres madre. Es dejarse consentir porque ahí fuiste niña. Es seguir órdenes. Es ser todas las mujeres que se esconden detrás de mi nombre. Es regresar lo que alguna vez me dieron y que ya no me sirve. Es el lugar del que me fui hace mucho tiempo y al que siempre regreso.

Papá permanece siempre en el jardín desde que llegó. Adora las plantas y los árboles. No sé cuándo le nació el amor por ellos. Se levanta muy temprano pues ya no puede dormir más allá de las seis de la mañana. Empijamado y calzando los tenis de mi hijo adoles-

cente pasa horas desyerbando y plantando aquello que compramos en el vivero. Arregla el jardín con una tenacidad necia e insistente que abarca todo el día sin descanso. Lo observo a lo lejos desde la ventana de la cocina, pequeño, delgado, con los brazos y la cara rojizos, curtidos de tanto sol, concentrado en una labor interminable que apenas se nota. Empeñado en cuidar un jardín poco agradecido –cuando él regrese a su casa algunas plantas se morirán, otras crecerán de manera alocada, los cajetes poco a poco desaparecerán dejando a los árboles y a las plantas sedientos–.

Me entristezco, pienso en nosotras, sus hijas, a las que dedicó tan poco tiempo. A las que trató con un egoísmo que no merecíamos. Las tres recibimos la misma atención. De niñas éramos sus pequeñas, parecía que nos amaba, eso sentíamos. Pero a medida que fuimos creciendo nos fue apartando, nos fue desconociendo. Su abandono convirtió a M en huérfana. Cada vez que pienso en la infancia de M me viene a la mente el poeta Philip Larkin cuando dice que los padres joden a los hijos. *Y no contribuyas con más hijos, por favor.* Los padres deben de cuidar de sus hijos porque los aman, deben de protegerlos de cualquier peligro. No deben de sacrificarlos por nada ni por nadie. Pero papá no defendió a M del hermano de mamá que durante una temporada vivió en nuestra casa.

Me voy acercando, lo veo de espaldas, el machete sube y baja, baja y sube, zaz, zaz, zaz, está capando un maguey, le está quitando el corazón. Busco su mirada, quiero que sin palabras me diga lo que quiero escuchar: que se arrepiente, que esto que acaba de hacer lo debería de haber hecho con mi tío hace muchos años. Por M, por él, por mí.

Sonrío, es una planta de sábila.

–Toma, te corté un pedazo –me dice–. La savia sirve para cicatrizar.

Papá desentierra, remueve la tierra, quita yerbas malas, piedras. *¿Cómo nunca me di cuenta de lo que le sucedía a M?, ¿ella se dio cuenta de lo que me sucedía a mí? Desde el vientre de mamá fuimos hermanas. Compartimos tiempos, espacios, los mismos padres, la misma educación. Dormíamos en el mismo cuarto. Somos testigos de nuestras vidas. Me reconozco en ella y ella en mí.* Papá entierra plantas que van a florecer. Supongo que lo hace con amor. No me atrevo a preguntárselo. Como tampoco me atrevo a preguntarle si alguna vez se enteró.

Mis pies descalzos tocan, sienten el pasto. Papá me señala las hojas de la ceiba que está regando. *En el verano estas mismas hojas se caerán y el año que viene saldrán otras y así sucesivamente. Me hubiera gustado ser árbol. Espero te acuerdes de mí cuando muera.* Se me humedecen los ojos. Quiero abrazarlo, decirle que siempre fue mi consentido, que siempre lo he querido y que desde niña, siempre estuve de su lado.

Aunque este sentimiento me sabe a traición. A traición hacia M.

Mamá era la injusta, la que no lo entendía. Yo odiaba las noches en que papá no regresaba temprano a la casa. No podía dormir, daba vueltas y vueltas en la cama pensando en que algo le podía haber pasado. *Padre nuestro que estás en el cielo, que no se haga tu voluntad si es algo malo.* Escuchaba desde mi cuarto los ronquidos de mamá, *¿cómo puede dormirse y no esperarlo?* A ratos dormitaba y despertaba, no había regresado. De repente oía la llave girando en la cerradura. Ya nada podía estar mal, papá había regresado.

No lo abrazo. Hace mucho tiempo, desde que era una niña, que no está permitido tocarse. Sólo en ocasiones especiales, un beso. Un medio abrazo en una llegada, una despedida, Navidad y Año Nuevo. Tampoco le contesto. No sé escucharlo bien. Tal vez si hubiera puesto más atención le hubiera dicho lo mucho que lo quiero.

Suena el teléfono. Muevo los dedos de los pies. Los pies que son lo que unen mi cuerpo con la tierra. Es mamá. ¡Me alegra tanto hablar con ella!, sé que está desesperada, no puede salir de casa y lleva casi un mes confinada. Todos los días se repiten para ella, aislada de la calle, de las idas y las vueltas a casa de mi hermana A, de ver a sus nietos, de reunirse en una cafetería con sus amigas jubiladas, igual que ella. Viviendo una realidad ficticia que poco a poco se va

haciendo legítima. La imagino como un cuyo enjaulado, resignada a dar vueltas en un carrete, viviendo un tiempo circular, al margen del ritmo lineal de la vida de afuera; con miedo de abandonar la seguridad de la jaula porque sabe que el riesgo que corre es muy grande, por su edad, porque es diabética y tiene los pulmones débiles.

Me dice que está sacando ropa y zapatos del ropero; limpiando cajones, rompiendo papeles acumulados durante años: cuentas del supermercado, recibos de pagos, envolturas de chicles, estampas de santos, rosarios desgastados. Va limpiando cajón por cajón. Todo a la basura. Me pregunto si en alguno de esos cajones encontró secretos olvidados. La rutina ya no es la misma. Ha tenido que modernizarse y aprender a contestar las videollamadas para ver algunos rostros. Ya no sale, ya no gasta, es M quien hace las compras. Mamá depura. Decide habilitar su departamento, apropiarse de los espacios de papá. Él no está y nada de lo que le pertenece tiene ya valor. Llena bolsas negras repletas de su ropa, camisas, chamarras, pantalones. Tira medicinas, pomos de cremas, botes de pastillas azules, bolsas de papel con hojas de azar, gordolobo, árnica (tés que papá usa para prolongar la juventud, para sentirse fuerte para sus queridas). Libros, enciclopedias llenas de polvo, fotos de toda la familia, fotos en blanco y negro del día de su boda, fotos de mujeres desnudas con dedicatorias *te amo, siempre tuya*; cartas con remitentes,

con nombres y direcciones desconocidas. La vida y los recuerdos de papá se van poco a poco a la basura. M, feliz, ayuda a mamá a llenar los espacios vacíos. Mamá ha decidido que papá no regresará.

Papá y yo hemos tomado la costumbre de platicar a media tarde en la terraza. Sentados en la pequeña salita hecha de madera de teka, él toma una cerveza yo un té de lavanda, romero y cedrón que sembré yo misma en un pequeño huerto que cuido con tenacidad. Estoy empeñada en cocinar con las yerbas, los frutos y las verduras que planto con mis propias manos. Anoche llovió, la tierra y las plantas están mojadas, el aire se ha dejado perfumar por las hojas, las flores, los frutos, las raíces y la corteza de los árboles. El paraíso se sacude dejando caer sus hojas.

Por encima de papá sus pensamientos. *No conoces el placer del descanso*, me dice, tomando un largo trago de cerveza. Lo miro, ¡qué poco se conoce y me conoce! Somos iguales. Papá no para en el jardín, ¡qué pena! ¿Qué piensa durante las largas horas que hace surcos para enterrar las semillas que trajo para darles vida? ¿Será que de esta manera quiere borrar 76 años infértiles en los que sólo se dedicó a recibir amor sin darlo? Porque así funciona lo que se hace por amor, se siembra sin importar lo que florezca. Yo me mantengo todo el día ocupada para no pensar: limpio la casa, limpio vidrios, cocino, lavo platos, lavo la ropa, limpio de manera obsesiva lo que sé que se volverá a ensuciar. Tarareo y lleno de ruidos todos

mis momentos sólo para apagar la voz de mis recuerdos, cuando sé, de antemano, que la única casa que debo de limpiar es la de mi cabeza. Papá y yo, los dos abandonamos a un hijo. Los dos anulamos una vida. Cada quién con sus pecados.

Mamá vuelve a estar detrás del teléfono. Esta vez dice mi nombre con voz mormada, gangosa, tocada por el llanto. Sé que es una advertencia, algo malo pasó o está pasando. *Tu tío Tomás acaba de morir.* Escucho un llanto que viene de fuera, inconsolable. Soy yo la que llora. La muerte se siente sólo cuando se vive de cerca. Mientras nos empeñamos en pintar todo con el color de la eternidad, pensamos que el amor es un amuleto. Antes de este momento los muertos por covid eran sólo números, cifras, nombres sin rostro que formaban parte del ascenso en las gráficas de mortandad que día a día incluyen los noticieros.

Tomás no era en realidad mi tío, ese adjetivo se lo ganó como se ganan los títulos a costa de esfuerzo, de tenacidad o simplemente por voluntad. Fue el mejor amigo de papá, vivieron juntos una entrañable infancia, una desenfrenada adolescencia y una adultez estrechamente entrelazada. Nuestras familias vivieron en el mismo edificio durante quince años. Nosotros en el departamento nueve, ellos arriba, en el doce. Éramos una tribu. Lilia, su esposa, pasó a ser nuestra tía y sus hijos, nuestros primos. Pienso en él, no volveré a escucharlo decirme *Cachorra*, ni a

sentir los pellizcos que me daba en las orejas. Adiós a su presencia. Desde ahora la historia de mi tío será una sucesión de recuerdos, de anécdotas vividas en el pasado, sin presente ni futuro. Papá a mi lado trata de escuchar, me ve alterada y sabe que algo anda mal. Le paso el teléfono, prefiriendo que mamá le de la noticia. Llora y agacha la cabeza con el auricular en la oreja. Pocas veces lo he visto llorar; cuando murió su amigo Paco o cuando me casé. Papá sólo llora cuando sabe que lo que perdió ya no regresa.

Mi tío Tomás se fue sin darnos la oportunidad de decirle adiós. Lo diagnosticaron con insuficiencia pulmonar, no pudieron hacerle el examen del covid-19, pero todos sabemos de qué murió. Los pulmones se le endurecieron como rocas. En el hospital decidieron darle el respirador que necesitaba a un muchacho de veinticinco años. A mi tío lo mató el haber vivido 76 años. El ser humano se contradice. La ciencia lucha por extender la vida. La utopía de la eternidad es inevitable, pero se ha vuelto en nuestra contra. Los ancianos estorban, ya ni su experiencia ni sus consejos sirven. El valor de un ser humano se mide por lo que produce. Antes de morir lo aislaron de su familia, después lo incineraron con premura. No hubo ritos ni despedidas, ni rezos, ni rosarios que aseguraran su descanso eterno, ni abrazos, ni palabras de consuelo para mi tía y mis primos. No se respetó su duelo. *Esta pandemia mata dos veces*, me dijo mi tía. Papá y yo nos emborrachamos. El cielo es

donde estamos ahora y los muertos no sufren. Con estas dos certezas y ya de noche me voy tambaleando hacia mi cama esperando que acostada, la sangre llegue a su lugar de quietud.

El celular de papá no deja de sonar. Por la mañana tres llamadas de rigor, por la tarde otras dos y en la noche una. Sé que es Violeta. Seguramente ella, como yo, sabe qué lugar ocupamos en la vida de papá. Yo soy su hija, ella es su amante. La misma mujer joven y famélica que posaba desnuda en posición de guardia con las manos enfundadas en unos guantes de box rojos. Así la conocí en una fotografía que M le robó a papá, aunque ya sabía de su existencia. Una vez mi hermana A, antes de colgarle el teléfono, le dijo que no tenía vergüenza que cómo se atrevía a hablar a nuestra casa. Papá no tiene madre. Hace un mes me pidió hacer un depósito de 5 mil pesos. Durante la cuarentena –con gel en manos y tapaboca– voy estrictamente a donde sea necesario. Cuando me dio el nombre de la persona a la que debía de depositarle, lo miré con las pestañas quietas, con la respiración quieta y con las manos listas para ahorcarlo. Hoy después de un mes me pide el mismo favor.

Los días pasan uno tras otro, se repiten con obstinada insistencia. Las labores y los tiempos que cada quién se ha impuesto ya se han vuelto costumbre. Hemos creado un mundo que es la casa y nosotros en el centro giramos de cara al norte, al sur, al este y

al oeste y sólo el jardín reconoce el sol y la luna. Nosotros estamos reconociendo tantas verdades como mentiras se nos han contado. No quiero ver noticias. Estoy harta de oír y ver escenas donde el covid es el protagonista. Muertes, negocios cerrados, la economía mundial por el piso, la delincuencia haciendo de las suyas. Un mundo ansioso por recuperar la vida que tenía. Un simulacro del fin del mundo o el fin del mundo. La historia que quería oír desde el principio, desde siempre, dejó de interesarme. Porque ésta es la historia que siempre me conté a mí misma, la que quise sentir; porque uno se divierte con el juego de ser otra persona; porque siempre existe un mundo en el que nos hubiera gustado vivir.

Papá se fue apagando. Aquella vitalidad de los primeros días, se fue relajando. Al principio lo atribuí a que ya no tenía nada que hacer en el jardín, había hecho todo y sólo le restaba recibir los frutos de lo que había sembrado. Quise creer que también nuestra comunicación estaba floreciendo. Cada día se rendía más al sueño y se despertaba más tarde. Me acostumbré a ser yo la que se levantaba primero. Preparaba el café, picaba la fruta y sólo después de un rato oía sus pantuflas entrando a la cocina. Papá nunca regresó a su casa, vino a la mía para quedarse. No me dijo que estaba enfermo. No se lo dijo a nadie. Ocultó una enfermedad terminal que le causó mucho dolor y angustia. Si lo hubiera compartido conmigo,

si hubiera confesado la intención de morir lejos de lo que consideraba la vida que él había elegido al lado de mamá, delante de su amante, y atrás, siempre atrás de M... Contemplar su mundo lo devoró, porque no resolvió y dejó que la vida decidiera por él. *Papá estás ahí. Estás aquí.* Su final fue su único triunfo. Dejó de respirar mientras dormía. La cama fue el escenario de su muerte. No lo despertó el teléfono que sonó y sonó ante la insistencia de Violeta, ni la amargura de M que día a día se avivaba, ni la firme decisión de mamá de ponerle fin a lo que desde hacía mucho tiempo había acabado, ni el amor ciego que siempre le tuve, ni las ganas que tenía de conocer la verdad.

Después de preparar el café y picar la fruta, toco a la puerta de su cuarto. Le llamo tres veces pero no contesta. Como ya es tarde decido entrar. En medio de la oscuridad y a tientas llego a la cama y me siento a su lado. Veo sus ojos cerrados. La mandíbula desencajada. Papá ya no está ahí. Se ha ido junto con el calor de su cuerpo. Aúllo de dolor sin pudor, a mis anchas, consciente de que el tiempo está fuera de mí o yo de él. Y en ese flashazo puedo atisbar la verdad de la existencia. De mi existencia. Y comprendo que este presente es lo único que tengo y de mi boca salen a borbotones las confesiones que sólo yo había escuchado. Con palabras mojadas de lágrimas le confieso sin que me escuche lo que por tantos años callé. Le hablo de mi embarazo cuando aún estudiaba y vi-

vía en su casa, de la decisión que tomé de no tener al hijo que yo había engendrado, por miedo, por egoísmo, por razones que hasta el día de hoy me siguen convenciendo; porque es duro y duele decir en voz alta que la culpa nunca me ha acompañado. Porque el pasado que vivimos en familia tiene las claves de este presente que ahora entiendo. Porque no lo culpo, porque todos hemos sido culpables. Porque ya no me interesa desentrañar ningún futuro.

Primero fue papá, y con su muerte nos arrastró a los demás. Poco a poco todos fuimos enfermando, nos fuimos llorando unos a otros. Al fin y al cabo no éramos más que pequeñas criaturas atrapadas en el mismo tiempo de una pandemia mortal. Y morir siempre ha sido parte de la vida. Nada tiene consecuencias, los principios y los finales quedaron atrás. La casa y el jardín siguen siendo todo. Todos estamos aquí.

Martha J. Ramírez



Martha J. Ramírez. Lectora, antes que escritora. Curiosa, incluso antes de que el conocimiento llegara a mí de manera estructurada o lo buscara conscientemente. Aprendiz de muchas cosas, siempre con el entusiasmo de adentrarme en algo nuevo. Los retos son mi acicate; superarlos o no, satisfacciones o lecciones. Salto de una actividad a otra, pues lo mío no es la rutina ni los tiempos muertos. La vida pasa en un instante y nos transformamos aún más rápidamente. Las experiencias que no tendré, por falta de tiempo o por mi evolución personal, las escribo o las leo. Vivo en un relato continuo, entre fantasías y realidades, enfrentando puntos de inflexión y tensiones narrativas, llegando a resoluciones o finales abiertos. Así será, hasta el día del punto final.

OTRO MUNDO

Siempre formé parte del grupo de los introvertidos. En la escuela me decían “la rara”, porque en el recreo observaba desde un rincón, sin participar en los juegos. En ese entonces no sabía cómo explicarlo pero cuando alguna niña me dirigía la palabra, yo no sabía qué responder, me mantenía con la cabeza baja y empezaba a temblar internamente. Era una lucha entre mi cuerpo que quería alejarse y mi cerebro que no tomaba la decisión de hacerlo. ¿Por qué no entendían que no quería relacionarme, que estaba bien, que no era rara, sólo poco sociable?

En el último par de años, mis únicas salidas fueron al trabajo y a hacer las compras semanales en el supermercado. Temprano, para no encontrar mucha gente. Siempre me gustó leer. Ah, y ver películas y series en Netflix. Así me asomaba a otros mundos en los que nunca estaría. Era la única manera en que me aventuraba. Ya fueran relatos históricos o situaciones ambientadas en lugares lejanos o fantásticos: buscaba conocer las costumbres y entender la forma de razonar de los distintos personajes. Prefería observar a los demás a través de libros o de una pantalla que convivir y experimentar en persona.

Desde la muerte de mi madre, la sociable de la casa, me recliné. La extrañaba a ella, pero no al bu-

llicio que la rodeaba cuando recibía a sus amigos ni su deseo de involucrarme en sus reuniones; yo solía encerrarme en mi cuarto con los audífonos puestos para no escuchar el barullo.

Me gustaba estar sola. Vivir sola.

En el trabajo tenía fama de eficiente y responsable porque mi jefe siempre me veía sentada en mi cubículo, frente a la computadora, sin hacer pausa para tomar café o platicar, como hacían los demás en los pasillos. Si había una reunión, era la primera en abandonar la sala de juntas y regresar a mi labor, mientras los otros se quedaban unos minutos hablando de no sé qué; en realidad nunca me interesó saber. Pero observaba y conocía, o creía conocer, el carácter de cada quien.

Cuando llegó este virus que puso en alerta al mundo y en confinamiento a sus habitantes, provocó una situación que me favoreció: no tenía obligación de salir, trabajaba desde casa y pedía mi dispensa por celular. Seguía levantándome a la misma hora, me bañaba, me vestía como si fuera a la oficina. Era mi manera de ocultar a los otros mi intimidad cuando sostenía videoconferencias con mi jefe o con algún compañero.

Comía al final de la tarde frente al televisor. Los personajes de los programas internacionales me entretenían, y hacían que el tiempo se pasara más rápido. Los veía sentada en el sofá, mientras una parte de mí se metía en la historia, y ahí estaba yo,

de pie en su escenario observando los alrededores. Me acostaba a la hora de siempre, no muy tarde para tener tiempo de leer. Mi otra distracción con la que evadía la realidad, esa realidad de la contingencia, que nos hacía estar encerrados pero conectados.

No me molestaba el aislamiento, más bien lo disfrutaba. Entre mis fobias no estaba el temor a los gérmenes y, después de todo, no estaba en contacto con nadie. Bueno, sí, con quien traía la despensa, pero me la dejaba en la puerta y yo esperaba a que se fuera para abrir con mi desinfectante en aerosol en mano. Todo lo rociaba antes de meterlo.

Fue leyendo una novela histórica cuando se me ocurrió una idea que empezó a obsesionarme: el mundo descrito ahí ya no existía. ¿Qué encontraría ahí afuera al terminar mi encierro? Entonces empecé a ver mis programas vespertinos pensando en que no reflejaban las nuevas costumbres adquiridas por el temor a la pandemia ni las nuevas vidas de quienes perdieron a alguien. De nuevo esa sensación de antaño, un temblor interno, otra vez esa pelea entre mi cuerpo y mi cerebro. Saber que tendré que volver a un mundo distinto y no querer lidiar con él ni con el aprendizaje de nuevas costumbres. Ansiedad.

Comencé a trabajar distraída. En las videoconferencias me pedían un dato o una opinión y tardaba en responder; no entregaba mis reportes a tiempo o estaban incompletos y con errores. Mi jefe me interrogaba, presentía que algo estaba mal en mí, pero

no sabía qué ni yo quería decirlo. Sentía que estaba pasando la línea hacia mi vida personal, y yo no estaba dispuesta a permitirselo.

Dejé de ver televisión. No soportaba la angustia de saber que las escenas ya no correspondían a lo que antes consideraba la realidad al otro lado del mundo. En la misma mesa de la cocina donde trabajaba, ya casi no comía.

¿Desapareció la forma en que vivíamos? Me preguntaba si en este otro mundo las personas ya no se acercarían unas a otras, si se sobresaltarían al escuchar toser a alguien cerca. Quizá con el calor del verano nadie aguantaría traer puesto el tapabocas. No me imaginaba a los mexicanos tan disciplinados como los japoneses. Si no respetan semáforos ni lugares de estacionamiento, ¿cómo creer que cumplirían alguna ordenanza para usar guantes en lugares públicos? ¿Habría desinfectantes suficientes para cubrir la demanda y todos los usos?

Ya no leía al acostarme. Sólo daba vueltas en la cama, imaginando lo que encontraría afuera cuando al fin saliera de nuevo. Y la temblorina interna se convertía en sudor frío y respiraciones rápidas. Me agotaba tanto durante las noches que un día ya no quise levantarme más. Tendida, observaba el techo o me hacía ovillo y lloraba. Los primeros días nadie me molestó: era fin de semana. Sabía del transcurrir de las horas por la luz que se asomaba entre las cortinas y que las hacía parecer traslúcidas, pero no quería ha-

cer nada. Sólo me levantaba al baño trabajosamente; cada vez menos pues tampoco comía ni bebía nada.

Dormitaba a ratos, vencida por el agotamiento y el deseo de evasión. Sufría, sentía un hueco en el pecho que provocaba ondas expansivas en mi interior en los momentos de más tensión, como una piedrita arrojada a un lago de aguas mansas. ¿Qué caso tenía seguir? Estaba tan cansada.

Alguien tocó a la puerta insistentemente, lo escuché a lo lejos. No pude levantarme, estaba debilitada por la falta de alimento y entumecida por los días sin pararme de la cama. Traté de responder a lo que ya eran gritos llamándome, pero mi voz era un susurro áspero, una lija que me raspaba la garganta.

Escuché la madera cediendo y los pasos que recorrían mi casa. Vi a mi jefe asomarse a mi recámara seguido por un par de policías, todos con trajes de protección, caretas y guantes. Mientras él se acercaba a mí, los agentes llamaron a la ambulancia. Son tiempos de pandemia; respondieron que tardarían.

Mi jefe trató de levantarme en brazos. No tuve fuerza para resistirme, pero sí para murmurar que no quería salir de casa, que no debía. Mientras esperábamos la ambulancia, trató de convencerme. La enfermedad ya estaba controlada, hubo muchas víctimas, pero al fin la gente entendió que era importante quedarse en casa. Cierto que, para frenarla, todos habían tenido que cambiar sus hábitos...

Por primera vez, tuve la confirmación de que me esperaba otro mundo, uno al que no quería volver. Entonces mi cuerpo se aflojó por completo y quedé ahí, como otro montón de ropa por lavar.

Soco Uribe



Soco Uribe. Comencé a escribir, a izar las velas de la imaginación, a causa de la necesidad de expresar mis sentimientos más nobles, como la alegría, el amor y la belleza de la naturaleza que percibía con los cinco sentidos. Después, debido a la dualidad inherente a la condición humana, quise gritarle al mundo mis frustraciones e inconformidades sin tener que utilizar el sonido de mi voz. Pretendí, desde un principio, que los lectores tomaran el timón de mis historias y, de esta forma, navegáramos juntos en el mar de las letras hasta convertirlos en la tripulación de mis viajes para gozar juntos el recorrido.

MENTE OBTUSA

Sentado sobre la alfombra circular, Gunther jugaba con los cubos de madera, bajo la constante mirada de doña Susi, su nana desde el momento de su nacimiento, cuando se escuchó el ruido de la puerta principal y apareció Cristina con una charola de panecillos de su pastelería favorita. El niño y su nana sabían que era muy temprano para que llegara a casa. A pesar de no distinguir los horarios, Gunther se guiaba por la luz del sol que se escabullía por el ventanal haciendo innecesario encender las lámparas de mesa. La omisión de su tan característico saludo alegre y cariñoso hizo pensar a doña Susi que había llegado de mal humor. Además, su extraño arribo a tan temprana hora era preocupante, ya que la presencia de esa enfermedad infecciosa causada por un virus apenas descubierto había cambiado drásticamente el curso de sus vidas.

Sin decir palabra alguna, Cristina tomó a su hijo del brazo para levantarlo del suelo, le puso su suéter de rombos favorito y lo llevó hacia el parque de la colonia, al que acudían con regularidad los sábados y domingos por las mañanas, antes de someterse al confinamiento en el que el mundo entero se vio inmerso. Ese día sería un día especial, quería que su hijo disfrutara del aire y del sol.

El chico sentía que había algo raro, cualquier cambio brusco en sus actividades y horarios era motivo de inquietud, estaba acostumbrado a una rutina exagerada. No obstante, caminar de la mano de su madre le daba tranquilidad y esa sensación de bienestar que le transmitía era como un bálsamo curativo para su constante ansiedad.

Las nubes errantes se desplazaban sobre un cielo azul, el color favorito de Gunther, y cubrían por instantes la luz solar provocando que las sombras de sus cuerpos aparecieran y desaparecieran sobre el piso oscuro de los andadores del parque. Esto generaba sorpresa en el muchachito, quien se ponía de rodillas y tocaba cada una de esas sombras con relativa timidez, como si le angustiara la posibilidad de que la silueta de su madre desapareciera y quedara atrapado en su propia sombra, sin poder asirse de nuevo a sus manos protectoras y perderla para siempre. Todo volvió a la normalidad cuando ella le acarició la mano y, con sus virtuosos y suaves dedos largos de pianista, dibujó sobre su palma un corazón.

La momentánea magia de ese amor terminó cuando Gunther corrió para abrazar a un árbol como si fuese un viejo conocido. En seguida se sentó a sus pies, sobre las raíces que se asomaban entre el pasto, como serpientes escapando del interior de la tierra. Ella se unió al ritual acomodándose a su lado y disfrutaron del olor a eucalipto que despedían las hojas de color verde blanquecino.

Sentado en la misma posición, contó sus ojos: uno, dos; uno, dos; sin parar, mientras se balanceaba de atrás hacia adelante, emitiendo sonidos como de un cántico tribal –tal vez, aprendidos de vidas pasadas, incomprensibles en el presente y sin consciencia de su origen–, como almacenados en el cerebro para proporcionarle tranquilidad y alivio.

Después de unos momentos, Cristina se levantó del pasto y lo llamó para que brincara junto con ella. Sabía de antemano que él gozaba brincando por los caminos de adoquín del parque. Gunther hizo el esfuerzo de brincar los cuadros de dos en dos, para que su mamá lo vitoreara como siempre. Agotados de tanto movimiento, se sentaron en una de las bancas de hierro. Sin más ni más, las lágrimas de Cristina rodaron por sus mejillas morenas: le preocupaba el futuro. Gunther tomó las manos de su madre entre las suyas y contó sus dedos. Siempre eran diez. Le gustaba hacerlo, porque eso se repetía constantemente y jamás cambiaba, no había margen de error. Lo mismo sucedía con los dedos de sus pies. Cuando ella llegaba cansada a casa, se quitaba los zapatos, él le contaba los dedos y esos también eran diez. Ese número le encantaba, porque en la escuela, su maestra le había dicho que el diez era la mejor calificación y él asumió que su mamá era la mejor... una mamá de diez.

De vez en vez, el chico lograba discernir ciertos aspectos de su vida diaria, era más inteligente de lo

que sus padres y su nana creían, pero la torpeza de su lenguaje y motricidad no le permitía expresarlo como él lo hubiera deseado. El disgusto y la desesperación que le producía su balbuceo y su incapacidad para caminar totalmente erguido eran mayúsculos. No obstante, su madre, al ver el esfuerzo que hacía con todas esas carencias, lo abrazaba y besaba para calmar su enojo y frustración.

Las horas corrieron vertiginosamente, debían volver a casa, pero el chico se negó sentándose de nuevo en la banca. Para alentarlo, Cristina le comentó que su papá llegaría para cenar juntos, pero eso tampoco lo animó, a pesar de que éste se había ausentado de casa por más de una semana. Quería permanecer más tiempo en el parque. Tenía más de un mes recluido en el departamento sin salir ni a la escuela. Su madre le insistió y él se tiró al suelo y pataleó hasta lastimarla y lastimarse él mismo. Cristina supo calmarlo, lo abrazó y le cantó *Going home*, con su hermosa voz de soprano que tanto lo tranquilizaba desde que era un bebé. A sus doce años aún funcionaba, amaba la canción porque al marcar sus compases, su madre lo balanceaba entre sus brazos.

A pesar de la delgadez de su hijo, Cristina ya no lo podía sostener en brazos y él añoraba aquellos años en que su madre lo arrullaba viéndolo a los ojos y diciéndole que su mirada la transportaba al mar de Holbox y lo besaba con ternura. Su amor era mutuo, el mundo de Gunther se pintaba de colores al estar

junto a ella, que en sus días libres cambiaba su ropa oscura de trabajo por atuendos coloridos y, bajo los rayos del sol, era como el alegre pestañear de la primavera en el campo. Se acercaba lo más posible a la cara de su hijo hasta hacerle cosquillas en el rostro y el cuello con sus largas y espesas pestañas negras. El niño la miraba sin expresión alguna. Ella, sin recriminarle la parquedad de sus emociones, lo veía esbozando una sonrisa. Se le escuchaba cantar por doquier, sin alguna razón en especial, como lo hacen las aves canoras. Su esbelta figura y su negra cabellera ondulada, seguían el ritmo de la melodía que interpretaba. Si Gunther tenía un mal día o le daba un ataque epiléptico, ella emitía sus trinos sanadores y todo cambiaba.

El padre del muchacho, en cambio, era muy serio y hosco. Según doña Susi –que lo conocía desde hacía más de un par de décadas, mucho antes de que se casara con Cristina– el señor Fritz era de carácter tranquilo, pero plano y sin altibajos. Comentaba con su familia que si ella lo tuviese que definir mediante un color, escogería el gris, por ser un color indefinido y triste; es decir, ni blanco ni negro, un color tan neutro como la mayoría de los féretros. Su silueta espigada y siempre erguida como la de los nardos –también presentes en los velatorios de las funerarias– le daba un cierto aire de prestancia. Aunque, su cabellera blanca, como la nieve de las montañas del país de sus ancestros, lo hacía verse más viejo de

lo que en realidad era. A fin de cuentas, doña Susi lo catalogaba como un buen hombre. Aseguraba que amaba a su familia, a su modo, los proveía de lo necesario pero los horrores de la guerra, sufridos por sus padres en Alemania, le heredaron una profunda tristeza y una gran melancolía. No todo era negativo, también le habían heredado el don de la música y en eso su genialidad era superior a la de su esposa.

A primera vista, pocos entendían por qué Cristina se enamoró de ese hombre de semblante tan triste, siendo ella tan alegre. Los que los conocían bien sabían que uno era el complemento perfecto del otro. Nacer en México fue para ella tanto su fortuna como su desventura, ya que jamás pudo desarrollar su carrera plenamente como Fritz y eso era frustrante. Su inteligencia, talento y carisma eran avasalladores, pero había muchos pianistas esperando turno para triunfar en el extranjero. La competencia era desgastante y, en ocasiones, despiadada y desleal. Cada día, su carrera demandaba más de su tiempo y en realidad, estar cerca de Gunther cuando entraba en una crisis de salud, era una de sus prioridades.

Después de calmar al chico, Cristina lo convenció de regresar a casa y tras una larga caminata, entraron cansados a su departamento. Se lavaron las manos y saludaron a Fritz que se encontraba en su sillón de lectura. Un poco disgustado, preguntó por qué habían salido a la calle, si en los medios de comunicación ha-

bían sugerido al mundo entero que permaneciera en casa. Mientras él abrazaba a su hijo y revolvía con sus grandes manos su oscura cabellera, Cristina le dijo que Gunther necesitaba caminar por el parque y respirar aire fresco. Entonces, él asintió con la cabeza, cerró su libro y se levantó del sillón para abrazarla. Ella estalló en llanto. Explicó que habían cerrado el Palacio de Bellas Artes y desconocía cuándo podría volver a tocar o acudir a los ensayos. En pocas palabras, la habían despedido temporalmente y sin goce de sueldo debido a la cancelación de todas las presentaciones en la ciudad y en el país entero. Él volvió a acercarla a su pecho y, por vez primera, rodaron por su rostro las lágrimas de la desesperanza. A él también le habían cancelado las giras de la sinfónica de Chicago con la que había estado trabajando durante los últimos seis meses. Desde la ventana de la sala, junto a doña Susi, Gunther los miró con la mirada vaga. Él sentía que algo andaba mal, pero sus padres vislumbraban un futuro incierto y un tanto aterrador. Sin embargo, aquella noche retomaron fuerzas y volvieron a una “normalidad” enmascarada, para no afectar el entorno del pequeño.

A la mañana siguiente, Cristina tuvo una conversación con su hermana acerca del virus detectado en los últimos análisis periódicos de Gunther. Los constantes viajes de Fritz al extranjero indicaban que él podía ser portador de ese virus del que se hablaba en todo el mundo. Sin embargo, ninguno de los dos

tenía síntomas que lo revelara como cierto. De todas formas, la doctora señaló que era recomendable vigilar las señales que pudieran aparecer en alguno de los miembros de la familia, incluyendo a la nana, a quien desde hacía varios años se le consideraba como de la familia.

Estarían confinados en su departamento con pocos recursos, sin provisiones suficientes; sin el abasto de medicamentos para el padecimiento de Gunther; con la incógnita de saber si el virus había irrumpido en el cuerpo de su hijo o de alguno de ellos; y con la certidumbre de un futuro desalentador.

Pasaron semanas, ninguno presentaba síntomas, pero los ánimos comenzaban a menguar. Las noticias en la radio y la televisión eran devastadoras. El miedo carcomía las fuerzas de la familia dejando a merced del desaliento la energía de sus cuerpos. Sin embargo, la fuerza interna de Cristina era de una resiliencia enorme. De vez en vez, volvía a renovar ánimos y contagiaba a los demás, hasta que una tarde vio a Gunther muy decaído. El chico presentaba los síntomas tan sonados en los medios de comunicación. A esas alturas, sus padres estaban imposibilitados para atenderlo adecuadamente. El alimento conveniente para Gunther escaseaba al igual que el medicamento para sus ataques epilépticos.

El panorama se convirtió en angustia y desesperación. Ellos pensaban que su hijo no se daba cuenta de lo que estaba pasando, pero él captaba sus expre-

siones. A cada momento, Gunther perdía batalla tras batalla, sin tregua que le diera un espacio para recuperar fuerzas. Cristina estuvo a su lado día y noche arrullándolo y cantándole al oído: *Going home, going home. I am going home ...*, su canción favorita.

Una noche lluviosa de mayo, mientras escurrían lágrimas en las ventanas de la habitación de Gunther, el canto de su madre se fue esfumando, poco a poco, dentro de su mente obtusa, entre ruidos ensordecedores y luces cegadoras, hasta caer al fondo de un abismo agudo y convertirse en silencio total.

Dramaturgia

MIS PRIMERAS LÍNEAS

Ariadna Aragón



Ariana Aragón. Habitante de distintos laberintos, vencedora de distintos minotauros. Ex noctámbula. Madrugadora, meditativa y minimalista. Enamorada del Universo y de las estrellas, del color gris y de la lluvia. De las auroras boreales. Intolerante a la oscuridad total y a la Vía Láctea. Obsesionada de los espejos y sus misterios, de la vida a través de ellos. Su playlist favorita se encuentra compuesta por música ligera, sinfonías agridulces y rapsodias bohemias. Viajera del tiempo durante varios años, ha decidido establecerse en el presente, en la imparable búsqueda del yin y el yang. En la creación de universos infinitos y sus posibilidades a través de las letras.

Personajes

ROMÁN ROMERO

ALDO BRECO

ROSY (*Voz en off*)

CONDUCTORA (*Voz en off*)

Escena 1

Sala de la casa de Román y Aldo. Román sentado en el suelo con su computadora sobre la mesa de centro. Lleva ropa cómoda y lentes puestos. Aldo sentado en el sillón con camisa y pantalón de oficina. Su saco colocado a un lado. Se abre el primer botón de la camisa y se desamarrara los zapatos mientras escucha a Román leyendo en la pantalla de la laptop.

ROMÁN: “La oscuridad de aquella noche no la igualaba ninguna otra. Tenía la seguridad de que si se hubiera asomado por la ventana una vez más habría visto de nuevo su silueta, pero se quedó adentro, en silencio. A la mañana siguiente no sonó el despertador, como acostumbraba. Se levantó por inercia. Caminó por el departamento evitando la tentación de deslizar la cortina y asomarse, pero no fue necesario. La llave ya había sido devuelta, había sido empujada desde el exterior por debajo de la puerta...” ¿Qué te parece?

ALDO: Bien, ¿eh?... Está interesante. Aunque igual lo de la mujer parada en mitad del estacionamiento se me hace un poco exagerado.

ROMÁN: No te gusta.

ALDO: Sí. Tiene tu estilo.

ROMÁN: Pero...

ALDO: Pues mira, en general está bien, pero... lo siento un poco lento.

ROMÁN: Te parece aburrido.

ALDO: Digamos que... no se entiende del todo bien.

ROMÁN: Pues es la idea, que el lector saque sus propias conclusiones.

ALDO: Estoy de acuerdo en eso, pero quizá no todo el tiempo. Si entendemos el setenta por ciento de la historia puedes dejar el final abierto, y entonces sí podemos sacar conclusiones.

ROMÁN: Pues qué flojos. Por eso la gente está acostumbrada a no pensar nada. Si yo escribo así es porque a mí me gusta leer ese tipo de historias.

ALDO: Sí, ya sé, pero... ¿a ti y a cuántos más? Si quieres vender acostúmbrate a hacerle las cosas fáciles al lector. Nadie quiere llegar después de trabajar de nueve a cinco a descifrar acertijos. La gente quiere lecturas comprensibles, que los saquen un momento de su realidad y los entretengan.

ROMÁN: Pues este ya se va a ir así al concurso. Ya tendré toda la cuarentena para probar cosas nuevas.

ALDO: Lo dices bien fácil porque la vida de los escritores es como una cuarentena eterna. Tú ni sales,

te encierras. ¿Pero yo?, no sé cómo voy a aguantar tantos días aquí metido.

ROMÁN: (*Mientras corrige su texto en la laptop.*) Gracias, ¿eh?, me siento halagadísimo con lo que acabas de decir.

ALDO: Ay amor, tú sabes a lo que me refiero.

ROMÁN: ¿Qué no habías comprado el montón de latas de pintura para eso? No que ibas a pintar toda la casa.

ALDO: Bueno, sí, pero entiende que no estoy acostumbrado al encierro. Por lo pronto está bien porque tenemos más tiempo para nosotros. (*Se acerca a Román y le da un beso.*)

Román: Nada más te advierto que yo sí voy a estar trabajando, para que no me vayas a andar distrayendo. Están abriendo muchísimas convocatorias para premios. Algo bueno había de tener todo esto.

ALDO: ¿No hay convocatorias de emprendimiento?

ROMÁN: (*Distraído.*) No sé... Oye, ¿y por qué tú, que crees que es tan fácil escribir y que te duermes escuchando mis cuentos, no escribes uno y lo mandas al concurso? El premio es bueno.

ALDO: (*Rie.*) No pongas palabras en mi boca, Román, yo no dije eso de tus cuentos. Además, yo nunca he escrito una línea en mi vida, a duras penas las leo. Me encanta lo que tú haces y todo lo que me platicas, y acompañarte a eventos y presentaciones de libros y todo eso. El ambiente es muy agradable,

no te lo voy a negar, pero no tiene nada que ver conmigo. Tú eres lo único en común entre mi vida y ese medio.

ROMÁN: Ay ándale, es un cuento. Sólo inténtalo, ¿qué tal que eres bueno? Debe tener entre diez y quince cuartillas y si participas tenemos doble oportunidad de ganar el premio. ¿Qué dices?

ALDO: Bueno, eso ya no sonó tan mal.

ROMÁN: ¿Verdad que no? Ándale, inténtalo.

ALDO: Pues no es mala idea. ¿Hasta cuándo tengo para enviarlo?

ROMÁN: Hoy se cierra la convocatoria.

ALDO: (*Rie.*) Imposible.

ROMÁN:: Ay, no seas exagerado, son bien poquitas cuartillas.

ALDO: Para ti, amor. Tú escribes a diario. A mí eso me llevaría los cuarenta días... o más. Pero... se me está ocurriendo algo...

ROMÁN: Dime.

ALDO: ¿Por qué no participas tú con dos cuentos?

ROMÁN: Porque sólo se permite uno por autor.

ALDO: Sí, ya sé. Pero el segundo lo enviamos como si fuera mío. Como tú dices, tenemos doble oportunidad de ganar el premio.

ROMÁN: Ay, Aldo, tú sólo piensas en el dinero.

ALDO: Y tú no. Es más, si te lo ganas tú, obviamente el premio es tuyo, pero si me lo gano "yo", nos vamos de viaje a algún lugar bonito cuando pase todo esto.

ROMÁN: Pues... no estaría mal, ¿eh?

ALDO: ¿Verdad que no?

ROMÁN: El problema es que supón que mi cuento quedara en primer lugar y el tuyo en tercero, se darían cuenta de que el estilo es parecido y luego se les haría raro que seamos conocidos y tal vez anularían los dos premios.

ALDO: (*Rie.*) Román, ¿es en serio? ¿Qué posibilidades crees que haya de que pase eso? Prácticamente ninguna. Pero de lo que sí hay más posibilidades es de que, si metes a concursar dos cuentos, ganes con alguno.

ROMÁN: Pues sí, tienes razón. ¿Entonces sí lo hacemos?

ALDO: Pues sí, ¿no? Tienes muchísimos cuentos. Elige algún otro que te guste y los mandamos en este momento.

ROMÁN: Bueno. Yo voy a mandar el aburrido del que te burlaste.

ALDO: (*Riendo.*) Que yo no me burlé.

ROMÁN: (*Buscando entre los archivos de su computadora.*) Y como tuyo vamos a mandar uno que escribí hace mucho, que tiene un estilo diferente. El que se llama *Inesperado*, ¿te acuerdas de él? Te lo leí hace unos años.

ALDO: Ah ya, el de la banda de ladrones que parecen una familia decente.

ROMÁN: Ese.

ALDO: Ah, ese me gusta. Escribo bien, ¿no?

ROMÁN:: Que chistosito.

ALDO: (*Rie.*) No, ya en serio, ese cuento es muy bueno. Deberías retomar ese estilo.

ROMÁN: Ya veremos... ¡Listo! Uno enviado desde tu correo y el otro desde el mío.

ALDO: Perfecto, amor. Ven.

Román se sienta junto a Aldo, quien lo abraza.

ALDO: ¿Cuándo dan los resultados?

ROMÁN: La próxima semana.

ALDO: Entonces ya hay que ir pensando si queremos ciudad o playa.

ROMÁN: (*Rie.*) Playa. Siempre playa.

ALDO: Playa entonces.

Se besan. Oscuro.

Escena 2

Sala de la casa de Román y Aldo. Al fondo una puerta cerrada y Aldo parado junto a ella.

ALDO: ¿Es en serio que te vas a enojar por eso?

ROMÁN: (*Desde adentro.*) Ya vete. No quiero hablar contigo.

ALDO: (*Riendo nerviosamente.*) Román, por favor. Los dos sabíamos que podía suceder eso. De hecho, yo ni siquiera pensé que fuera a pasar, la verdad.

ROMÁN: (*Desde adentro.*) Pues no, porque no te gustan mis cuentos. Porque dices que te dan sueño. Por eso no creías que fueran a ganar el premio.

ALDO: (*Rie.*) ¿Yo cuándo dije eso? Claro que creo que tus cuentos pueden ganar. Ese premio y muchos más. Por eso te lo propuse, porque tienes mucho talento. Por eso ganaste.

ROMÁN: No. Tú ganaste.

ALDO: (*Rie.*) Ganaste tú, amor. Bueno... digamos que ganamos los dos. Tú ganaste el reconocimiento a tu trabajo y yo gané un viaje a la playa con la persona que amo.

ROMÁN: Sí, gané un reconocimiento a mi trabajo que no lleva mi nombre.

ALDO: Bueno... si quieres verlo así, está bien. Sólo te digo que hace una semana los dos parecíamos estar de acuerdo. Los dos sabíamos que existía la posibilidad de que ocurriera esto. Pero, hasta donde yo recuerdo, era algo bueno. Se suponía que estaríamos felices por el premio y ahora te la vas a pasar molesto todo el tiempo que nos queda de aislamiento, ya me imagino. No sé por qué nunca puedes ver el lado bueno. Aparte tú estuviste de acuerdo.

Román abre la puerta.

ALDO: ¿Ya estás mejor?

ROMÁN: Sí.

ALDO: Es que, en serio, yo no sé qué ganas con ponerte así.

ROMÁN: Pues es que ¿qué quieres que piense? Sabes cuánto tiempo llevo escribiendo, levantándome a las seis todas las mañanas, desvelándome para

entregar todos los trabajos a tiempo. Y a eso súmale los años de universidad y todo lo que he invertido en talleres y cursos de escritura para que al final me pase esto.

ALDO: ¿Qué te pasó? ¿Que ganaste un concurso? Deberías sentirte feliz. No cualquiera gana un premio de esos.

ROMÁN: No, no cualquiera. Tú sí.

ALDO: (*Rie.*) No tiene sentido nada de lo que estás diciendo. El premio es tuyo, esto fue sólo una estrategia nuestra para tener más posibilidades de ganarlo y, por alguna razón ganó éste y no el que estaba a tu nombre. De acuerdo, hubiera sido mejor que ganara el otro, pero en unos días nos enviarán el dinero y planearemos el viaje que tanto queremos.

ROMÁN: Sí. Está bien.

ALDO: Y siéntete orgulloso de tu talento. Vas a llegar muy lejos.

ROMÁN: Lo peor es que ese cuento ya estaba prácticamente desechado. Lo escribí cuando tenía dieciocho años. Nunca pensé que podría ganar algo.

ALDO: La historia es muy buena. Soy buen escritor, ¿no?

ROMÁN: Sigue con eso, ¿eh?

ALDO: (*Riendo lo abraza.*) No es cierto.

ROMÁN: (*Se dirige de nuevo a la recámara.*) Voy a recostarme un rato.

ALDO: Ah no, ¿eh? Tú tienes otros concursos a los

que me dijiste que ibas a mandar tus textos. Te quiero ver trabajando y entusiasmado como siempre, ¿de acuerdo? A lo mejor hasta alcanzas a escribir más y mandamos otra vez dos cuentos (*Ríe.*)

ROMÁN: Y sigues.

ALDO: No amor, no es cierto.

Román entra a la recámara y cierra la puerta. Aldo se queda riendo en la sala. Oscuro.

Escena 3

Recámara de Román y Aldo. Los dos acostados bajo las sábanas riendo.

ROMÁN: Pero esa vez sí me asustaste muchísimo.

ALDO: Y tú a mí no, ¿eh? ¿Cómo iba yo a saber que te ibas a asomar por debajo de la puerta al mismo tiempo?

ROMÁN: Pues estaba en mi casa.

ALDO: ¿Y a poco es muy normal asomarte por abajo cuando toca alguien?

ROMÁN: Pues no. Pero es más normal que lo haga el que está adentro.

ALDO: Ay sí, muy normal.

ROMÁN: Hasta me acuerdo que le dije a mi mamá “no creo que sea él, quedamos hasta las once y todavía es muy temprano”.

ALDO: ¡Eran once en punto!

ROMÁN: Ya sé, pero en ese tiempo todavía no se

ajustaban solos los aparatos con el horario de verano.

ALDO: Ay qué mentiroso eres, ni que hubiera sido hace tanto. Más bien todavía no te habías arreglado, pero sentí que estabas atrás de la puerta; escuché tu respiración.

ROMÁN: Y por eso te asomaste. Ah mira, qué normal.
Se ríen y Aldo besa apasionadamente a Román.

ALDO: ¡Cómo te quiero!

Continúan besándose. Los interrumpe el celular de Aldo sonando. Lo toma del buró y observa la pantalla.

ROMÁN: ¿Quién es?

ALDO: No sé.

ROMÁN: No contestes, si no lo conoces es fraude.

ALDO: *(Contesta la llamada.)* ¿Bueno?... Sí, él habla.
Román le hace señas con las manos para que no de información y termine la llamada.

ALDO: Ah... no, pero... mucho gusto. Ok... Así es.
Ah... Sí, ¿por qué no?... Ok... Mañana a las ocho de la noche. ¿Va a ser en vivo o se graba? Ok... Sí, claro que sí... Pues muchas gracias por la oportunidad... No, gracias a ti... Hasta mañana. *(Cuelga.)*

ROMÁN: ¿Quién era? ¿Qué vas a hacer mañana? Te recuerdo que no podemos salir.

ALDO: *(Nervioso.)* A ver, calma. Está medio raro. ¿Tú conoces un canal de YouTube que se llama “Viajando entre páginas”?

Román se lleva las manos a la boca.

ALDO: ¿Lo conoces?

Román toma su celular y le muestra su suscripción al canal.

ROMÁN: Estoy suscrito desde hace años. Me encanta.

Pero, ¿qué tiene que ver eso con la llamada?

ALDO: Pues la que me llamó era una tal Rosy.

Román se vuelve a poner las manos en la boca.

ROMÁN: ¡Rosy! Pero, ¿qué te dijo?

Aldo toma a Román de las manos y lo sienta en la cama.

ALDO: Mira, quiero que me escuches y tomes esto con calma. Esta chica me habló porque, al parecer, un conocido suyo fue jurado en el concurso que gané. Digo... el concurso que ganaste... ganamos.

Román se muestra molesto.

ALDO: Al parecer le dijo que el cuento ganador era muy bueno y que sería interesante contactar al autor para hacerle una entrevista.

ROMÁN: ¿Es en serio?

ALDO: Sí, amor. Pero...

ROMÁN: (*Poniéndose de pie.*) ¿Es en serio?

ALDO: Te estoy diciendo que sí.

ROMÁN: ¿Me estás diciendo que mi canal favorito de literatura de YouTube quiere hacerte una entrevista por ganar un concurso con un cuento que no es tuyo?

ALDO: Pues sí, pero no te pongas así. Si no quieres la cancelo.

ROMÁN: No quiero que canceles nada. Vas a hacer esa entrevista.

ALDO: Yo también digo que es mejor.

ROMÁN: Pero les vas a decir la verdad.

ALDO: Amor, ¿cómo crees?

ROMÁN: ¿Amor, cómo crees? ¿Amor, cómo crees? Lo único que creo es que esto es una injusticia. Vas a hacer mañana la entrevista y vas a contarles lo que hicimos.

ALDO: Mi amor, ¿cómo se te ocurre? Es hasta ilegal hacer eso. ¿Quieres ir a la cárcel?

ROMÁN: Ah, ¿yo voy a ir a la cárcel? Sólo eso faltaba.

ALDO: No, bueno. Yo voy a la cárcel, yo voy. Pero amor, entiende, no podemos hacer eso.

ROMÁN: Tú ocasionaste todo esto. Arréglalo.

ALDO: Amor, si quieres cancelo. Eso es mejor, en serio.

ROMÁN: No quiero que canceles. Quiero que lo arregles. Que digas la verdad. Que yo escribí ese cuento.

ALDO: Amor, por Dios, no puedo hacer eso. ¿Cómo crees?

ROMÁN: Pero sí puedes ir a lucirte en redes sociales con el trabajo de alguien más, ¿verdad? Eso sí es legal.

Los dos se quedan callados un momento. Román sentado en la cama exaltado. Aldo pensando mientras camina por el cuarto.

ALDO: Mira Román, vamos a hacer algo. Los dos estuvimos de acuerdo en esto y los dos vamos a resolverlo.

ROMÁN: Ya te dije lo que quiero que hagas.

ALDO: Román, por favor. Entiende que sería muy grave hacer eso que quieres. Razona, por Dios, y escúchame, vamos a hacer lo siguiente. Mañana

a las ocho yo me presento a la entrevista, platico con ella y en cuanto haya oportunidad le digo que participé en el concurso porque mi pareja me motivó a hacerlo, pero que quien realmente se dedica a la escritura eres tú y te presento. Entonces te sientas junto a mí, te conocen y tú hablas acerca de tu trabajo. ¿Qué te parece?

ROMÁN: ¿Harías eso?

ALDO: Claro. Yo ni siquiera voy a saber qué responder, mi amor. Yo no escribí ese cuento y seguro me van a preguntar mil cosas relacionadas con eso.

ROMÁN: Pero el cuento va a seguir quedando como tuyo.

ALDO: Pues sí, ya no podemos hacer nada para solucionar eso.

ROMÁN: Bueno.

ALDO: Y ya no te enojas conmigo. Acepta que los dos tenemos parte de culpa. Yo te lo propuse, pero tú diste el consentimiento.

ROMÁN: Sí, ya, ya. Está bien. Pero esto no puede pasar de mañana, ¿de acuerdo?

ALDO: Te lo prometo. Y en cuanto termine este encierro nos iremos de viaje y todo esto será un recuerdo gracioso como el que estábamos platicando hace un rato.

ROMÁN: Sí, está bien. Abrázame y ya no me digas nada.

Aldo lo abraza. Permanecen así un momento sentados en la cama. Oscuro.

Escena 4

Sala de la casa de Román y Aldo. La laptop sobre la mesa de centro. Ambos vestidos informalmente, pero muy arreglados. Román le acomoda el saco a Aldo.

ALDO: ¿Seguro no me pongo corbata?

ROMÁN: Los escritores no usamos eso. Se trata de que te veas elegante, pero al mismo tiempo relajado.

ALDO: Y ¿cómo consigo el aspecto intelectual?

ROMÁN: Fuiste un escritor de cinco minutos, tú no necesitas eso. Te ves muy guapo, por cierto.

ALDO: Tú mucho más.

Aldo y Román se dan un beso. Se escucha una notificación en la laptop.

ALDO: Creo que ya me están hablando.

ROMÁN: Recuerda, Román Romero. No vayas a decir sólo Román ¿de acuerdo?

Aldo responde el mensaje y acomoda la computadora. Se coloca frente a ella para comenzar con la entrevista. Román se sienta en el sillón de al lado.

ROSY: *(Voz en off.)* ¡Hola a todos! Bienvenidos a un en vivo más de “Viajando entre páginas”. Como ya saben, esta sección es muy especial para nuestro canal porque nos da la oportunidad de platicar más de cerca con los autores de esos libros que nos gustan tanto y que se roban nuestras noches a diario. En esta ocasión nuestro invitado no está aquí conmigo debido al periodo de aislamiento por el que estamos atravesando pero, gracias a la

maravillosa tecnología con la que contamos hoy en día, nos acompaña desde su casa. Quizás para la mayoría de ustedes aún sea un nombre desconocido, pero después de leer su trabajo, estoy segura de que no dejarán de hablar de él en todos lados. Con nosotros, Aldo Breco, ganador del XVI Premio Nacional de Cuento. ¿Cómo estás, Aldo?

ALDO: Hola, Rosy. Muy bien. Encantado.

ROSY: (*Voz en off.*) ¿Qué tal llevas la cuarentena? Escribiendo mucho, supongo.

ALDO: Pues... un poco de todo, la verdad. (*Voltea a ver a Román que lo observa.*)

ROSY: (*Voz en off.*) Aldo, eres un autor nuevo, nuestro público no sabe mucho de ti todavía. Cuéntanos un poco acerca de tu trabajo como escritor y de tu participación en el concurso.

ALDO: Pues verás... en realidad yo no soy un escritor de tiempo completo. Mi pareja es quien se dedica realmente a esto y pues... él me comentó de este concurso y me motivó para escribir y enviar el cuento.

ROSY: (*Voz en off.*) Bueno, pero supongo que tienes una vida literaria detrás de una historia tan bien escrita y tan completa. Cuéntanos un poco sobre quién te inspira, qué autores te gustan, quiénes son tus influencias, si tienes un estilo particular de escritura.

ALDO: Mira Rosy, la verdad nunca antes había escrito nada aparte de esto. Yo trabajo en una empresa

de diseño automotriz y en realidad, de no ser porque Román, mi pareja...

ROMÁN: (*Susurrando.*) Román Romero.

ALDO: ...se dedica a la escritura desde hace mucho tiempo, yo no tendría realmente contacto con este medio.

ROSY: (*Voz en off.*) Qué interesante esto que nos comentas, Aldo, porque eso solo puede significar que estamos ante el descubrimiento de un autor nato con muchísimo talento. Porque déjame decirte que un cuento así no se escribe de la nada, ¿eh? Los personajes perfectamente definidos, manejas impecablemente los cambios de tiempo y, aunque es una historia aparentemente sencilla, es redonda y tiene la dosis de complejidad justa para atrapar al lector desde el principio hasta el final.

ALDO: (*Riendo nervioso.*) Muchas gracias, Rosy. Creo que yo llamaría a todo esto más bien un golpe de suerte, la verdad.

Aldo voltea a ver a Román, quien le hace señas para que lo presente ya.

ROSY: (*Voz en off.*) Nada de eso. La suerte es el punto de encuentro entre la preparación y la oportunidad, o, en tu caso, entre la oportunidad y tu innegable talento.

ALDO: Gracias de nuevo, Rosy. Aunque la verdad, lo que sí considero necesario mencionar es que mi pareja, Román...

ROMÁN: (*Susurrando.*) Román Romero.

ROSY: (*Voz en off.*) Nada, nada. Fuera modestia, este éxito es sólo tuyo. Y cuéntenos, ¿qué planes tiene Aldo Breco después del aislamiento?

ALDO: Pues regresar a la empresa donde trabajo desde hace ya varios años, irme unos días de viaje con mi pareja...

ROSY: (*Voz en off.*) Sí bueno, pero, aparte de eso, en el terreno literario. ¿Qué nos tiene preparado Aldo Breco? Porque además he de decirte que tienes un nombre que se aprende fácil, ¿eh? Cuando acabe este en vivo vas a tener a todos googleándote y agregándote en redes sociales para seguir de cerca tu trabajo.

ALDO: (*Riendo.*) Gracias, Rosy. Pues fíjate que no hay ningún proyecto nuevo de momento, pero quizá salga algo nuevo con el tiempo.

ROSY: (*Voz en off.*) Pues, en realidad, Aldo, yo te pregunto esto porque supongo que sabes que yo trabajo en Editorial Noveles desde hace ya un tiempo.

ALDO: No... no lo sabía.

Román comienza a mostrarse impaciente y molesto.

ROSY: (*Voz en off.*) Cuando llegó tu cuento a nuestras manos nos gustó tanto que estuvimos platicando, y acordamos que hoy, aquí, frente a toda la audiencia de “Viajando entre páginas”, queremos invitarte a publicar con nosotros un libro completo de cuentos.

Aldo se muestra sorprendido. Román le hace señas indicándole que diga que no.

ALDO: Rosy, en verdad te agradezco muchísimo la oportunidad, pero... tendría que pensarlo.

ROSY: (*Voz en off.*) Nada de eso, Aldo. Lee los comentarios de los seguidores del canal, todos quieren un cuentario. Desde el día que se publicó tu cuento en la página del concurso ha tenido miles de visitas. Tienes a todos los booktubers hablando de una historia de doce cuartillas, y queremos más. ¿Qué dices? ¿Aceptas?

Román se levanta y sale hacia la recámara. Cierra de un golpe la puerta.

ALDO: (*Nervioso.*) Pues... sí. Está bien.

ROSY: (*Voz en off.*) Eso es lo que quería escuchar. Viajeros, tenemos libro de Aldo Breco. Más pronto de lo que se imaginan. Y bueno, con esta gran noticia damos por terminada la primera de muchas entrevistas que seguramente tendremos en el futuro con Aldo. Ya platicaremos en estos días sobre este nuevo proyecto y aquí lo tendremos más adelante cuando ya tengamos en nuestras manos el libro completo. ¿Algo que quieras agregar, Aldo?

ALDO: No, pues... sólo agradecer la confianza en mi trabajo, en mí como escritor y un saludo al público que me ha recibido con tanto cariño a pesar de que apenas han leído uno de mis cuentos, pero pronto leerán muchos más.

ROSY: (*Voz en off.*) Muchas gracias a ti, Aldo, por

hacernos este tiempo en casa más placentero. Con esto cerramos este en vivo y me despido, no sin antes decirles que no seamos flojos, viajeros, seamos como Aldo Breco, que hasta en estos difíciles momentos nos ha dado un gran ejemplo. A todo hay que encontrarle el lado bueno. ¿No es así, Aldo?

ALDO: Por supuesto, Rosy.

ROSY: Nos despedimos y nos vemos muy pronto en un nuevo video. Hasta la próxima viajeros.

Aldo cierra la computadora, voltea a ver la puerta de la recámara cerrada. Permanece sentado en la sala.

Oscuro.

Escena 5

Llamada telefónica entre Román y Aldo. Román desde la recámara de su casa. Aldo desde un cuarto de hotel.

ROMÁN: *(Al teléfono.)* ¿Qué quieres?

ALDO: *(Al teléfono.)* Por fin contestas.

ROMÁN: ¿Me vas a decir para qué llamaste o te cuelgo?

ALDO: ¿Cómo has estado?

ROMÁN: Bien.

ALDO: ¿No me vas a preguntar si yo estoy bien, después de correrme de la casa en medio de una pandemia y mandarme a un cuarto de hotel?

ROMÁN: Pues te escuchas normal. Y te ves.

ALDO: ¿Cómo sabes?

ROMÁN: Te vi ayer en “El librero de Raquel”.

ALDO: Y ¿qué te pareció?

ROMÁN: Ya tienes tu cuentario, ¿no? No pidas que aparte te haga comentarios.

ALDO: Le está yendo bien al libro, lleva miles de descargas en internet. La editorial dice que cuando la situación vuelva a la normalidad y esté en librerías se va a vender muy bien.

ROMÁN: Pues qué bueno.

ALDO: Ha sido un buen negocio todo esto, no puedes negarme eso. Velo así, en realidad no has perdido nada porque los cuentos que me cediste para el cuentario, son los que habías escrito hace años que yo te dije que eran buenos, pero que tú ya habías desechado. Y acéptalo, tú mismo no pudiste negarte a la oferta de la editorial. Era un buen contrato, y era una tontería rechazarlo. Además, mientras se venda, seguiremos teniendo regalías. No sé por qué te empeñas en ver todo esto como algo malo.

ROMÁN: Es que además me sorprende la rapidez con que ocurre todo. Enviamos el cuento al concurso y a la semana ganas el premio. A los pocos días te invitan a la entrevista y te proponen un contrato por un libro completo. El siguiente fin de semana lo envías y, además de quedar como un escritor talentosísimo que escribe doscientas páginas en menos de dos semanas, les encanta y hacen una edición digital rápida que se vende como pan caliente. ¿Cómo pudo pasar tanto en mes y medio

que llevamos encerrados? ¿De dónde salieron tantos lectores?

ALDO: No lo sé, creo que el tiempo y las personas en circunstancias poco habituales se comportan de un modo extraño. Pero bueno, no te llamé para eso.

ROMÁN: Ya se me hacía raro.

ALDO: No pienses eso, por supuesto mi razón principal para hablarte es siempre saber cómo estás. Sabes que te he marcado cada día desde que me echaste de la casa con todo y cuentario.

ROMÁN: Bueno ya, dime qué pasa.

ALDO: Me hablaron de la editorial esta mañana. El libro, como te digo, se está leyendo mucho y al parecer le agrado al público. Los booktubers se refieren al libro como la puerta que se abrió en medio del encierro y a mí como el autor que surgió de la cuarentena. Incluso en el blog de “Anabela entre libros” dice que, si gracias a toda esta situación pudo llegar a conocer mis letras, agradece formar parte de la época de la pandemia.

ROMÁN: Ay por Dios, que exagerada se vuelve la gente cuando no tiene nada que hacer.

ALDO: No digas eso Román, al final siguen siendo tus cuentos.

ROMÁN: Sí, sí, ya. ¿Y luego?

ALDO: Esta mañana me hablaron de la editorial, quieren que el fenómeno Breco abarque más.

ROMÁN: (*Irónico.*) El “fenómeno Breco”. A ver,

cuéntame ya. No puedo esperar.

ALDO: Quieren que escriba una novela.

ROMÁN: Y obviamente les dijiste que no.

ALDO: Pues...

ROMÁN: No aceptaste, ¿verdad?

ALDO: No pude hacer nada, de nuevo me ofrecieron el proyecto mientras se grababa un video. Sale el martes en el canal “Lectores y locos”, por cierto.

ROMÁN: No puedo creerlo. En serio que no puedo. ¿Cómo se te ocurrió hacer eso?

ALDO: Te digo que no me dejaron opción.

ROMÁN: Que vergüenza. ¿Y cómo le vas a hacer?

ALDO: Pues... eso es lo que quería preguntarte. ¿Cómo le vamos a hacer?

ROMÁN: No te creo. ¿Es en serio que me estás preguntando eso? Qué cínico eres, Aldo. Y además desconsiderado.

ALDO: Román, no lo veas así, por Dios. Esto está siendo un buen negocio, nunca pensaría en excluírte. Hemos sido un equipo desde el principio.

ROMÁN: En primer lugar, Aldo, esto ya es una falta de respeto a mi carrera profesional. Y en segundo, suponiendo que pensara ayudarte con esta locura, yo no soy escritor de novelas, soy cuentista, ¿entiendes? Cuen-tis-ta, grábatelo bien. Nunca he podido escribir historias de más de quince cuartillas.

ALDO: ¿No me dijiste una vez que quince cuartillas eran bien poquitas?

ROMÁN: Sí, pero eso no quiere decir que pueda escribir sagas completas.

ALDO: No es una saga, Román, es una novela, una.

ROMÁN: Pues si tan sencillo te parece, ¿por qué no la escribes tú?

ALDO: Román, por favor. En mi vida he escrito una línea.

ROMÁN: Pues deberías empezar, al parecer te auguran una carrera larga.

ALDO: Además estoy seguro de que el contrato va a ser bueno. Seguiremos manejando los mismos porcentajes que hasta ahora.

ROMÁN: Ya no voy a seguir con esto, Aldo.

ALDO: Román, a pesar de todo lo que ha pasado, yo no he dejado de buscarte ni de ser amable contigo. He respetado los tratos que hemos hecho y hemos sabido ponernos de acuerdo. Sólo te pido una más. Sólo esta y ya. Te juro que cuando firmemos el contrato y entreguemos la novela paramos esto. Yo anuncio que voy a retirarme, que descubrí que esto no es lo mío y que he decidido regresar a mis actividades de antes, pero, por favor, Román. Sólo esta y ya.

ROMÁN: No sé cómo puedes pensar de esa manera, en verdad.

ALDO: ¿Entonces?

ROMÁN: Adiós, Aldo. Espero que salga bien eso.
(*Cuelga.*)

ALDO: Román. No me cuelgues. Román.

Aldo intenta volver a marcar, pero el celular de Román se encuentra apagado. Aldo avienta el celular y se deja caer en la cama. Oscuro.

Escena 6

Sala de la casa de Román. La televisión está encendida. Se escucha la voz de la conductora del noticiero cultural nocturno.

CONDUCTORA: (*Voz en off.*) Un día como hoy, de hace exactamente un año, por fin salimos del confinamiento. Tras varios meses de un prolongado periodo de encierro, hace exactamente un año terminó esa etapa que llenó al mundo de incertidumbre y miedo. Sin embargo, este acontecimiento mundial nos dejó una de las contribuciones más importantes al terreno del arte, la creación de un nuevo estilo literario...

ROMÁN: (*Entrando. Viene de la cocina.*) Amor, ven a escuchar esto.

Aldo sale de la recámara con dos maletas que coloca junto a la puerta de entrada a la casa.

ROMÁN: Escucha.

CONDUCTORA: (*Voz en off.*) ... la creación de un nuevo estilo literario iniciado por el autor Aldo Breco, quien, tras ganar el XVI Premio Nacional de Cuento y haber publicado su exitoso cuentario “Historias que ya había olvidado”, dio un completo giro

a su estilo creativo con su novela “Mis primeras líneas”, dando a conocer una nueva propuesta literaria que ya se ha traducido a siete idiomas y ha logrado hacer leer hasta a aquellos que aseguraban que no leerían un sólo libro en su vida bajo ninguna circunstancia.

Aldo se sienta junto a Román.

CONDUCTORA: (*Voz en off.*) Breco aseguró en conferencia de prensa que para escribir su novela tuvo que desaprender, dejar a un lado su gran talento nato y su impecable destreza narrativa, tan elogiados en sus obras previas, para reconstruirse a sí mismo desde la simpleza, desde una nueva forma de escribir, con un estilo casi amateur, que unos pocos se atreven a criticar, mientras que el resto del mundo lo venera. Su estilo ya ha sido seguido por grandes autores legendarios y contemporáneos, quienes aseguran que escribir nunca había sido tan divertido y relajado. Así mismo, su pareja, el escritor Román Romero, ha dado a conocer también su trabajo con un cuentario escrito bajo este mismo estilo literario.

Román apaga la televisión.

ALDO: Y tú que pensabas que no iba a escribir nada.

ROMÁN: Era una locura.

ALDO: Pero por alguna razón tenía la seguridad de que iba a funcionar.

ROMÁN: Y vaya que funcionó. ¿Ya están listas las maletas?

ALDO: Listas y en la puerta.

ROMÁN: Qué ganas tengo de este viaje, juraba que no se iba a dar. Aunque el que hicimos con el dinero del premio también me encantó, la verdad. Por cierto, ya me dieron fecha de entrega para mi nuevo libro. Iba a decírtelo durante el viaje, pero mejor te aviso de una vez para que te vayas poniendo a trabajar. *(Se levanta y se dirige hacia la cocina.)* Al cabo escribir nunca ha sido tan divertido y relajado, ¿verdad?

ALDO: *(Segue a Román hacia la cocina.)* Anda, ríete. Además, esto ya es una falta de respeto a mi carrera profesional.

ROMÁN: Ya deja de burlarte de eso y mejor vamos a cenar que mañana hay que madrugar.

Entran a la cocina riendo.

Oscuro final.

EL AÑO DE LA RATA

Javier Sánchez Urbina



Javier Sánchez Urbina. Soy fanático de las películas de terror ochenteras. Me encanta el cine de Fellini y Bergman. He pasado al menos la mitad de mi vida dentro de una alberca, nadando y enseñando a nadar. Mi gran pasión por los libros comienza con las ferias que se instalaban en el Parque Hidalgo y que visitaba todas las tardes al volver de nadar. Recuerdo con gran cariño un local de mi calle donde alquilaban, vendían y cambiaban comics. En la secundaria uno de mis compañeros llevaba escondido un ejemplar de *El Satiricón* de Petronio, que leíamos en la clandestinidad como si fuera revista porno y nos turnábamos por días para llevarlo a casa. Trabajando por las tardes en un taller de zapato, uno de los compañeros me prestó *Cujo* de S. King, había que leerlo sin que el encargado nos viera. Luego creció mi afición al misterio con *La Zona Muerta* y *Suyo afectísimo Jack el Destripador*, que me robé de casa de un tío pero por error, devolví al terminar. No sabía que los libros no se regresan, perdón. A los 18 años apareció el teatro y cambió absolutamente todo en mi vida. Quisiera vivir un tiempo en la playa, escribir mucho teatro y nadar todos los días.

Escena única

Un hombre y una mujer en la cocina de una casa pequeña. Al iniciar la escena, él está dejando algunas cosas en la mesa, acaba de llegar de la calle. Ella está cocinando y poniendo la mesa.

MUJER: ¿Cómo te fue?

El hombre comienza a sacarse los pantalones. Ella no lo advierte.

HOMBRE: *(Algo nervioso.)* Bien.

MUJER: ¿Bien? ¿Ya llegó la medicina?

HOMBRE: Ya.

MUJER: ¿Y te la dieron?

HOMBRE: Sí, me la dieron.

MUJER: ¡Por fin! ¿Cuántas vueltas diste?

HOMBRE: Tres.

MUJER: Siéntate. Ahora te sirvo.

El hombre lanza los pantalones fuera de la escena.

MUJER: ¿Tienes mucho calor?

HOMBRE: No. Estaban mojados.

MUJER: ¿Dónde te mojaste?

HOMBRE: Pasó algo.

MUJER: ¿En el hospital?

HOMBRE: No. En el camión.

MUJER: ¿Te fuiste en camión?

HOMBRE: Claro.

MUJER: *(Sirve agua y pone dos vasos.)* Siéntate de una vez.

HOMBRE: (*Lo hace.*) ¿Qué tal tu mañana?
MUJER: Ahora te cuento. No fui a trabajar.
HOMBRE: ¿Por qué? ¿Te sientes mal?
MUJER: No.
HOMBRE: ¿Qué pasó?
MUJER: Nada. (*Pausa.*) Algo... raro.
HOMBRE: ¿Raro?
MUJER: Muy raro. Pero cuéntame qué te pasó en el camión.
HOMBRE: No lo vas a creer. (*Pausa.*) Una rata.
MUJER: ¿En el camión?
HOMBRE: Sí.
MUJER: ¡Qué asco! ¿Cómo se metió?
HOMBRE: No se metió. La aventaron por la ventana.
MUJER: ¿Viva?
HOMBRE: No, muerta.
MUJER: ¿Quién la aventó?
HOMBRE: No vimos. Nadie. Era enorme. Parece que había muerto desde hace días. Estaba inflada y llenó de pestilencia todo el autobús, la gente no paraba de gritar. Primero pensamos que estaba viva y había caído del techo, pero no.
MUJER: ¿Y qué hicieron?
HOMBRE: Pues, todo el mundo gritaba. Se tapaba la boca y la nariz porque el olor era verdaderamente insoportable. Lo peor es que me golpeó en una pierna antes de caer al piso. Entonces todo el mundo me miraba, de hecho yo no sabía qué era lo que me había golpeado. Yo fui el último en darme

cuenta de que era una rata muerta. Pensé que sólo me había golpeado a mí. Pero de pronto observé y varias personas estaban aterradas porque la rata las golpeó también, al menos a cinco conmigo, no sé, tal vez seis. A una chica en el cabello, un señor en la cara, otro en el brazo. La gente empezó a gritar. Y yo por un momento pensaba...

MUJER: ¿En qué?

HOMBRE: En la peste.

MUJER: ¿En la peste?

HOMBRE: En la novela de *La Peste*.

MUJER: Estás loco.

HOMBRE: Por un momento tuve la necesidad de preguntarles a todos si habían leído esa novela.

MUJER: Por supuesto que nadie la ha leído.

HOMBRE: Es que es muy raro.

MUJER: A ver, unos cabrones sin cerebro encontraron esa rata muerta y la aventaron al camión.

HOMBRE: Exacto. ¡Y me cae a mí! En las patas.

MUJER: ¿Y qué hicieron?

HOMBRE: Pues nadie se atrevía a tocarla. Hasta que un par de estaciones más adelante, unos niños la patearon fuera del camión. Pero el olor no se iba. Y casi todos se bajaron. Perdón. Debí contarte después, no ahora en la comida. Mejor dime qué pasó. ¿Por qué no fuiste a trabajar?

MUJER: No. Está bien. Termina.

HOMBRE: Bueno, luego me bajé. Entré al hospital y fui corriendo como loco al baño para lavarme,

porque apestaba horrible. Y en ese momento justo recordé que faltan cinco días para que empiece el año de la Rata. Y yo pensaba: ¡No puede ser! ¡Este año de la Rata tiene que ser bueno! No como el otro.

MUJER: ¡No empieces!

HOMBRE: (*Muy alterado.*) Yo no quiero empezar, pero ya sabes. Tengo todavía la esperanza de que este año no sea como el otro. Ya son doce años. Pensé que no sobreviviría. Y pensaba que este año la maldita Rata tendría que recompensarme por lo que me había hecho el anterior.

MUJER: ¡Basta!

HOMBRE: ¡No! No podré resistir otro igual. De verdad. Este tiene que ser bueno. (*Pausa.*) Corro por el pasillo rumbo al baño y toda la gente que esperaba en rayos equis y en laboratorio se me queda viendo, empujo a uno o dos, porque no quería que notaran el olor en mi pantalón. Llego al baño y me echo agua a chorros encima y me lavo con jabón. Salgo y por supuesto voy empapado, así que deben haber pensado que no alcancé a llegar. Pero no me importaba nada. Y voy más tranquilo a la farmacia. Me formo. Recojo mi medicina y me digo *¿por qué a mí?*

MUJER: Estás loco. ¡Esa fijación con los chinos es absurda!

HOMBRE: ¡Esos cabrones mueven al mundo!

MUJER: Pues, porque tienen dinero. No porque

sean adivinos, ni nada.

HOMBRE: Ah, ¿y por qué tienen dinero?

MUJER: Porque fabrican mierda y a la gente le encanta y la compran.

HOMBRE: Yo soy rata. En unos días empieza el año nuevo chino. La otra vez hasta me regalaste una ratita dorada, ¿te acuerdas? Y dije, *la voy a buscar o compro una*. Y de pronto en la tercera visita a buscar mi medicina me cae una puta rata muerta. ¿Qué significa? Claro que también pensé *no tiene por qué significar nada*. Pero pienso en *La Peste* y la historia empieza así. ¡Ratas muertas! Saliendo por todos lados. Muriendo a los pies de los ciudadanos de una puta ciudad aburrida como el carajo, igual a la nuestra.

MUJER: Fue una casualidad.

HOMBRE: ¡Eso quiero pensar! ¿Me entiendes? No quiero perder nada. No quiero que nadie muera. No quiero que me vaya mal, ni a mí, ni a nadie. A ninguno de mis amigos ratas. Voy a cumplir cuarenta y ocho, y pienso, me encanta el número. La otra vez pensé que no llegaría a los cuarenta por culpa de la rata. Pero lo logré. Mis amigos van a cumplir sesenta y todos hemos estado bromeando que ahí viene la rata, que si esta vez será buena, que la otra vez nos partió el hocico pero lo logramos. Somos cuatro ratas, y los cuatro lo perdimos todo. ¡Todo!

MUJER: ¡Fue una puta casualidad! No seas infantil.

HOMBRE: ¡Soy infantil! Por eso voy por pastillas.

¿Está claro?

MUJER: Disculpa.

HOMBRE: Y por eso me las tomo. Y me siento más infantil, porque con las pastillas me río como idiota todo el día y el puto mundo me parece bien, aunque se esté cayendo a pedazos. Y aunque llevaba tres semanas sin tomarlas, porque no llegaban. Me sentía bien y pensaba, *a lo mejor ya no me las tomo*. ¡Ah! ¡No, pendejo! ¡Toma esta puta rata y rómpete en pedazos otra vez!

MUJER: Una puta rata no te va romper nada. ¿Ya te tomaste la pastilla?

HOMBRE: Estoy consiguiendo mucho trabajo. Trabajo que me gusta, hago ejercicio, camino todos los días... Me estaba sintiendo bien.

MUJER: (*Le sirve agua.*) Tómate la pastilla. Voy a servir la comida.

HOMBRE: También pensé que, sé que es absurdo, pero pensé *¿y si viene la peste?* Ya sé que es una locura. Es el siglo XXI. Pero no podía dejar de pensar si eso es en verdad una señal para mí. ¿Me entiendes? Una señal de algo.

HOMBRE: (*Saca de una bolsa de papel una pequeña caja de pastillas, se toma una.*) ¿Qué hay de comer?

MUJER: Pescado.

HOMBRE: (*Repentinamente tranquilo.*) ¡Qué rico!

MUJER: (*Trae dos platos, comen muy tranquilos.*) ¿Qué tal?

HOMBRE: Como siempre, me encanta la ensalada.

(Pausa.) Te invito al cine en la noche. ¿Qué te parece?

MUJER: Otro día. Debo sacar el trabajo. Recuerda que no fui.

HOMBRE: Pero, ¿todavía quieres hacer lo que dijimos?

MUJER: ¿Lo que...? Ah.

HOMBRE: ¿Se te olvidó?

MUJER: No, estaba distraída.

HOMBRE: ¿Por qué no fuiste al trabajo?

MUJER: Nada. Me dio flojera.

HOMBRE: ¿No habías dicho que pasó algo raro?

MUJER: No.

HOMBRE: ¿No lo dijiste ?

MUJER: ¿Yo?

HOMBRE: Sí, eso dijiste.

MUJER: Bueno, no sé si fue raro.

HOMBRE: ¿Me vas a decir?

MUJER: ¿Te sientes mejor?

HOMBRE: Sí. ¿Me vas a contar?

MUJER: No quiero que parezca que estoy compitiendo contigo.

HOMBRE: ¡Qué graciosa!

MUJER: Creo que yo sí estoy loca.

HOMBRE: ¿Por?

MUJER: En la mañana tocaron a la puerta. Yo ya estaba lista para irme a la fábrica.

HOMBRE: ¿Y quién era?

MUJER: Una señora.

HOMBRE: ¿Y?

MUJER: Me asomé por la ventana. Primero pensé que pedía dinero, o no sé, que era de esas personas que recogen lo que uno ya no quiere. Y dije *no voy a abrir*. Seguí con mis cosas. Y ella volvió a tocar.

HOMBRE: Y abriste.

MUJER: Sí. No sé por qué.

HOMBRE: ¿Y qué quería?

MUJER: Pues, ella... lee la mano.

HOMBRE: ¿A las nueve de la mañana?

MUJER: Eso es parte de lo raro, ¿no?

HOMBRE: ¿Y te leyó la mano?

MUJER: Pues...

HOMBRE: Increíble.

MUJER: Ya sé.

HOMBRE: Eso sí es raro.

MUJER: Le dije que no al principio. Pero, lo que pasa es que, ella es lo más raro de todo. No parecía tener la urgencia como algunas de esas gitanas o lo que sea. Quiero decir, la urgencia de sacarte dinero. Parecía que iba tocando de puerta en puerta porque no tenía otra cosa que hacer. Era muy bonita. A pesar de que parecía ya muy vieja, era muy guapa. Y, pues, en eso se me fue la mañana.

HOMBRE: ¿Toda?

MUJER: ¿Es un reproche?

HOMBRE: Nunca pensé que harías eso.

MUJER: ¡Lo hice!

HOMBRE: ¿Toda la mañana parada en la puerta platicando con una loca que lee la mano?

MUJER: Estuvimos sentadas aquí.

HOMBRE: ¿Entró a la casa?

MUJER: Y almorzamos juntas.

HOMBRE: ¿Almorzaron?

MUJER: ¡A ver! No estoy confesando ninguna infidelidad. La mujer estaba hambrienta, era muy amigable. Se ofreció a leerme la mano. Necesitaba dinero.

HOMBRE: ¿Y si es una ladrona? Tal vez quería husmear en la casa para mandar a sus cómplices después a robar. ¡Yo qué sé! ¿O si venían detrás de ella y te hacen algo? La ciudad ya no está para estas cosas, no me jodas.

MUJER: Ya sé. Pero, cálmate. Estamos peor que nunca. Tú, yo y todos en esta ciudad estamos asustados. Era una anciana y almorzamos. Se fue y ya.

HOMBRE: No, pues si quieres dile que vaya al cine con nosotros, pregúntale a dónde pasamos por ella.

MUJER: Ok, no digo más.

HOMBRE: A ver. ¡Por favor! Cuenta el resto.

MUJER: No, ¿para qué? Tú sigue llorando por un ratón muerto.

HOMBRE: ¡Rata! ¡Muerta! ¡Inflada! ¡Asquerosa! ¡Con algo verde saliéndole por el hocico! (*Se levanta. De pronto retoma el control y se sienta.*) Hemos estado muy bien los últimos tiempos. De verdad, quiero seguir así.

MUJER: Eso pensaba yo.

HOMBRE: ¿Qué?

MUJER: Que estábamos bien, pero esta mañana...

HOMBRE: Tienes razón. Lo de la rata fue suficiente. ¿Por qué no vamos al cine y luego te pones al corriente?

MUJER: ¿No quieres oír?

HOMBRE: ¿La lectura de mano?

MUJER: Sí.

HOMBRE: ¿Qué te dijo?

MUJER: Muchas cosas.

HOMBRE: ¿El futuro?

MUJER: Supongo. Y cosas del pasado, también.

HOMBRE: ¿Ah, sí?

MUJER: De mi infancia.

HOMBRE: ¿Y de mí?

MUJER: Fue confuso. Comenzó en la calle. Me pidió la mano y dijo *¿No sería mejor, querida, que continuáramos dentro de tu casa, tomando un té? Muy pronto las calles ya no serán seguras.*

HOMBRE: Hace mucho que no son seguras.

MUJER: Creo que no se refería a eso.

HOMBRE: *(Riendo.)* ¡Faltaba más! *(Pausa.)* ¡Y entró!

MUJER: ¡Ya sé! Nunca hago eso.

HOMBRE: Prefieres cargar el botellón de agua con tal de que el tipo que la trae no invada tus terrenos. ¿Qué te pasó?

MUJER: *(Pensativa.)* No lo sé.

HOMBRE: ¿Y concretamente qué te dijo?

MUJER: Concretamente... nada.

HOMBRE: ¿Lo más concreto fue el té que se tomaron?

¿Qué almorzaron? ¿Acertijos?

MUJER: Dijo que no estábamos bien. Tú y yo.

HOMBRE: ¿Le preguntaste por mí?

MUJER: Ella lo adivinó.

HOMBRE: ¿De qué era el té que se tomaron?

MUJER: ¡De calmantes, cabrón!

Él no contesta. Pausa larga.

HOMBRE: Lo siento.

MUJER: Yo también. *(Pausa.)* ¿Quieres saber o no?

HOMBRE: ¿Te cobró? *(Pausa.)* ¡Perdón!

MUJER: Dijo que mi futuro era bueno. Que mi pasado había sido feliz, pero que mis padres se habían separado y eso me había dolido. Luego se quedaba viendo la casa... pero no para robar, era como si viera cosas en el aire. Bueno. Luego me preguntó si mi marido estaba enamorado de mí. Yo dije que sí, pero de inmediato me tomó la mano *(Ella toma la de él)* y dijo *viene una etapa difícil para él. Va a necesitarte mucho, pero debes pensar bien qué es lo que quieres. Eres joven, todavía. Muy guapa, todavía.* Hablaba muy raro, como cantando muy suave.

HOMBRE: ¿Te aconsejó que me dejaras?

MUJER: No.

HOMBRE: Es lo que estás diciendo.

MUJER: Es lo que estás interpretando. Luego dijo que mi futuro es brillante y otras cosas como más comunes y corrientes.

HOMBRE: ¿Y ya fue todo?

MUJER: No. Enseguida y muy misteriosa, se fue a lavar las manos.

HOMBRE: ¿Las tenía sucias?

MUJER: ¡No! Estábamos almorzando.

HOMBRE: ¿Qué más?

MUJER: Dijo que te estoy... protegiendo, sosteniendo. Y que no está bien. Pero que no te puedo dejar ahora, porque si lo hago... tú...

HOMBRE: ¿Qué?

MUJER: Pues dijo que si te dejo, no sobrevivirías.

HOMBRE: O sea que si me dejas, ¿me muero?

MUJER: No.

HOMBRE: ¿No?

MUJER: ¡No! Yo también le pregunté eso. Y dijo que hablaba metafóricamente. Que si te dejo, te perderías para siempre.

HOMBRE: Pero tú no crees en eso.

MUJER: No.

HOMBRE: ¿Pero piensas que tiene razón?

MUJER: ¡No!

HOMBRE: ¿Piensas que sin ti me perdería para siempre? Eso quiere decir que soy una carga.

MUJER: Tal vez quiere decir que yo te necesito y tú a mí.

HOMBRE: ¿Pero no le preguntaste?

MUJER: ¿Para qué?

HOMBRE: Eso digo yo. ¿Para qué querías lectura de mano?

MUJER: Yo no quería. Era una viejecita hambrienta,

¿cómo quieres que te lo explique?

HOMBRE: ¿Le contaste que estoy enfermo?

MUJER: ¿Cómo crees? Además, no estás enfermo.
Es... es una condición. Perfectamente controlable,
además.

HOMBRE: Entonces, ¿todo bien?

MUJER: No lo sé.

HOMBRE: ¿Por qué la dejaste entrar?

MUJER: Me daba pena, ahí en la calle, sola...

HOMBRE: Tenemos planes para este año.

MUJER: Sí. Y para esta noche.

HOMBRE: Queremos un niño.

MUJER: No quiero forzarte.

HOMBRE: Yo también quiero... pero...

MUJER: ¿Pero?

HOMBRE: Hoy estoy asustado. Es todo. Mañana me voy a sentir bien.

MUJER: Podemos esperar.

HOMBRE: Ya sé. Pero ya voy a cumplir cuarenta y ocho. Si no es ahora... *(Pausa.)* Ya sé que tú puedes, eres joven. Si no es conmigo, puedes buscar a otro, ¿no?

MUJER: ¡No empieces!

HOMBRE: Si queremos que nazca en octubre, tenemos que hacerlo ahora.

MUJER: Dijo otra cosa. *(Pausa.)* Me preguntó ¿*No podrían esperar otro año?*

HOMBRE: ¿Qué le contaste?

MUJER: Te juro que nada.

HOMBRE: ¿Por qué dijo eso? ¿A qué se refería?

MUJER: ¿Pues cómo voy a saber?

HOMBRE: Por si no lo sabías, una lectura de mano, que pagaste con un almuerzo, ¡te da derecho a hacer preguntas! No soy idiota. ¿Por qué no le preguntaste qué chingados quería decir?

MUJER: Pues eso pensaba yo al momento de dejarla entrar. Pero luego ya no supe bien qué hacer, ella hablaba y hablaba.

HOMBRE: Suficiente. Voy a hacer todo lo posible por olvidar toda esta locura de meter viejas estafadoras a mi casa. Voy a tomar una siesta y en la noche vamos a ir al cine. Y cuando lleguemos a casa...

MUJER: ¿Qué?

HOMBRE: Haremos lo que queremos hacer.

MUJER: ¿Qué?

HOMBRE: Un bebé.

MUJER: *(Se levanta, camina lentamente hasta colocarse detrás de él. Lo abraza por la espalda.)* ¿De verdad quieres?

HOMBRE: Claro que quiero.

MUJER: ¿Debe ser normal tener miedo, no?

HOMBRE: Totalmente normal. *(Pausa.)* ¿Es todo?

MUJER: ¿Todo qué?

HOMBRE: Lo que te dijo la adivina.

MUJER: Pues... lo más extraño es que no recuerdo en qué momento se fue y me quedé sola.

HOMBRE: ¿No te pondría algo en el té? ¿Ya revisaste si no te falta nada? ¿Algo de tus cosas en la habitación?

MUJER: Todo está como siempre, estoy segura. (*Retira sus brazos de él.*)

HOMBRE: No me sueltes. (*Ella lo abraza de nuevo.*)
¿Será un buen año, verdad?

MUJER: ¡El mejor!

HOMBRE: Dime por favor que lo de la rata no significa nada. Por favor, dímelo.

MUJER: Nada.

HOMBRE: Fue una travesura de unos pinches niños malditos hijos de su puta madre, que se encontraron la rata muerta y se les hizo fácil lanzarla contra el camión, y de pura pinche suerte le atinaron a la ventana. Y bueno...

MUJER: Eso fue. Será un buen año.

HOMBRE: El mejor.

MUJER: Y tendremos un bebé.

Pausa.

HOMBRE: Oye, el bebé será rata. (*Sonríe.*)

MUJER: Sí, una ratita preciosa.

HOMBRE: No está tan mal ser rata, ¿verdad?

MUJER: (*Sonríe*) Tú dime.

HOMBRE: Pues... Es que si hubieras visto cómo todos la pateaban de un lado a otro hasta que lograron echarla fuera...

MUJER: ¡Basta!

HOMBRE: Perdón.

MUJER: No. No está tan mal.

Oscuro final.

CON FIN LAMENTO

Sandra Carrazco



Sandra Carrasco. Norteña de nacimiento, pero guanajuatense por decisión. Amante del teatro y de las artes escénicas. La docencia se ha convertido en su pasión por ser un vehículo de transformación. Disfruta la naturaleza y las excursiones en compañía de sus mascotas. Es una persona soñadora que busca vivir en una sociedad mejor. Le frustra la falta de compromiso de las personas que no aceptan sus responsabilidades, la negligencia, la carencia de ética y las injusticias que se viven día a día en todos los ámbitos: académicos, culturales, políticos, sociales, entre otros. El presente texto está inspirado en Christian Alejandro García, un amante del teatro que, desde su encierro en el centro penitenciario, logra liberarse cada vez que habita un escenario.

Personajes

CRISTHIAN

Es un hombre de más de cuarenta años. Al inicio viste con una playera y un pantalón; su cabello completamente recortado, sin barba ni bigote. Tiene pequeñas manchas de vitiligo en la cara y manos.

LULÚ

Es una mujer diez años menor que Crithian. Viste de manera casual, sin accesorios; pantalón, blusa sin escote, zapato de piso sin agujetas.

Escena 1

En el escenario sólo es posible observar una cama tipo catre, una mesita con revistas, un pequeño espejo y un lavabo.

CRISTHIAN: Crithian Hernández, ese soy yo... el hombre que se dedica a no hacer nada, así como se oye, a na-da. Terminé siendo un “nini”, es así como les dicen ¿qué no?, a esos chavos que ni estudian ni trabajan, pero que reciben su pensión si dejan de serlo. Más bien, parecido a un bebé... comer, dormir y cagar. (*Mutis.*) Cuando era pequeño, pensé en ser policía, ya saben... perseguir a los delincuentes, defender a una bella mujer de un malhechor, mantener la seguridad y usar un

arma, de esas M82, que perforan hasta chalecos de bala. Y terminé con una pistola tipo escuadra de 9 milímetros de calibre, que consigues en el mercado negro. Lo que quiere decir, que hasta los ladrones están mejor armados que yo. Porque fui policía. Entrar a la academia, donde sólo hablan de ingresar a las fuerzas élites, (*Pone cara de desconocimiento*) o a instituciones internacionales como la Interpol, que van desde temas como las brigadas de explosivos... esto nunca me llamó la atención, eso de morir en un estallido no es lo mío. El crimen organizado, como armar un secuestro... (*Se queda pensativo*), y bueno hasta nos hablaban de los derechos humanos, que para proteger a los delincuentes y no los vayamos a maltratar a la hora del arresto, velar por su dignidad... ¡pero si son unos criminales! (*Ríe.*) Cuando supe lo que era ser policía, me convencí de que eso no era para mí. Poco a poco fui descubriendo mi vocación. Empecé con la carpintería, pero... no, tampoco: las máquinas me ensordecen y durante tres noches seguidas, soñé que perdía un dedo (*Muestra la mano*) de ésta, el índice. Así que volví a pensar y repensar. Me dije a mí mismo: Cristhian tienes dos hijos, ¿por qué no haces piñatas? Sólo necesito tijeras, globos, pintura, pinceles, pegamento y periódico (*Frunce el seño.*) No compraré periódico, recordé a mi tío Ovidio, quien desde que era niño, compraba el Alarma para enterarse de todos los

descuartizados, degollados, ultrajados. Me llevé la sorpresa que mi tío Ovidio prefiriera ver a toda esa gente morir ensangrentada por youtube. Más tarde decidí poner un negocio, ya saben, vender fayuca, accesorios para carros, qué se yo. Tampoco funcionó... todos mis ahorros se fueron al caño junto con la mercancía que había comprado en abonos, después de que un hijo de la... (*Pensativo*) un hombre, seguramente desesperado como yo, terminó robando todo lo que tenía. Adiós vida de comerciante. (*Se dirige al espejo frente a él.*) Doce años buscando mi vocación. Una que otra cana y la aparición de alguna arruga (*Busca entre su cabello y mira su rostro*) me va indicando cada año, (*Se dobla la playera mostrando sus brazos, se faja bien y se mira de costado con mirada de galán.*) ¡Puf! Más bien ya parezco un chavorrucu, ¿a quién quiero engañar?

Escena 2

Aparece Lulú en el costado opuesto donde se encuentra Cristhian. Lulú lleva en su mano un celular, al inicio sólo es posible ver la luz del aparato.

LULÚ: Soy yo, Lulú.

CRISTHIAN: Sabía que serías tú. ¿Estás bien? ¿Si has estado tomando todas las medidas de seguridad? Recuerda no salir más que lo indispensable, ¡po-

nerte el tapabocas!, comer bien, no nos podemos dar el lujo de enfermar, será más largo el tiempo para vernos.

LULÚ: Sí, sí, ya sé. Todo lo que nos piden lo he realizado. Cuéntame tú, ¿has comido bien?

CRISTHIAN: Ya sabes, no con muy buen sazón, pero cuando menos la comida llega.

LULÚ: ¿Cómo has dormido?, ¿sueñas conmigo?

CRISTHIAN: Todos los días, y de dormir, pues han sido noches buenas y otras no. Con los ruidos que hace el de al lado, pues hay días en que me encantaría hablarle a la policía para que le baje a su escándalo.

LULÚ: ¿Has visto el hermoso cielo que hemos tenido? Supongo que así como es acá en el norte, allá en el bajío también se ve.

CRISTHIAN: Poco he salido, un día por semana, que no haya tantas personas en un mismo lugar, así que es estar cuidando y pues permanecer adentro. Y del cielo... sólo el día que salgo lo he podido ver, he tenido la mala suerte al salir, ha llovido, así que vuelvo a entrar a los pocos minutos.

LULÚ: ¿Y... sigues ensayando la obra de teatro?

CRISTHIAN: Del teatro... (*Pensativo y nostálgico, se dirige al público.*) Ese es un tema del que no he querido hablar... Mejor les presentaré a esta mujer que se encuentra detrás del teléfono. (*Toma de los hombros a Lulú y la coloca frente al público, mientras ella continúa escuchando desde el auricular.*) Ella

es Lulú, mi mujer, bueno ahora mi esposa, quien se empecinó en buscarme más de una vez, hasta que me decidí a pedirle matrimonio. Uno de mis compañeros me la presentó un día en que coincidimos. La ví y pensé: esa mujer me agrada. Sin embargo, nunca pensé en que terminaríamos casados a distancia. Ah, porque desde que nos casamos no ha sido posible estar juntos, así que me mantiene lúcido cada vez que pienso y hablo con ella. Claro que cuando nos vemos, nos desbordamos de alegría, sólo que ahora ya tenemos más de seis meses sin vernos. Los dos encerrados, esperando que pase este aislamiento. (*Sale Lulú.*) Tomar las medidas de seguridad indicadas por nuestras autoridades, como mantener la distancia, controlar mis emociones, ocuparme para que este aislamiento no sea tan complicado, limpiar completamente todo donde estoy (*Limpia la mesa y su cama*), lavar mis manos, (*Se restriega las manos cada vez con más fuerza*) una, dos, tres..., y aún la mugre se ve. Diez, catorce, veintiuno..., y todo sigue sucio. Treinta, cuarenta... Y sigo en esta pocilga. (*Gritando.*) ¡No soporto estar más tiempo encerrado! (*Comienza a llorar.*)

Oscuro.

Escena 3

Luz azul de televisión sobre el rostro de Cristhian.

CRISTHIAN: Muevo la cama, (*Voltea hacia el televisor frente al público*) cambiarla de dirección (*Mueve la cama*), ¿para qué?, ¿tener mejor energía?, bueno, si eso cambiará mi suerte, lo haré. (*Pausa, vuelve al televisor.*) ¡Encender una vela!, la cual no tengo, mantengo mi mente en blanco, sereno. (*Respira profundo, cierra los ojos en posición de meditación. Abre un ojo, mira alrededor.*) A quién hago pendejo, nada de esto funciona. Mi madre siempre me decía: tú forjas tu propio destino, no hay poder en los espíritus, magia o hechizos que cambien tu porvenir. Bien dicho madre. (*Acomoda la cama como estaba originalmente.*)

VOZ EN OFF DEL TELEVISOR: En el paso del tiempo, los espejos han sido dotados de múltiples significados, son muchas las civilizaciones que han envuelto a los espejos en un aura de misterio e intriga. (*Cristhian vuelve la mirada al televisor.*) ¿Quieres saber cuáles son los espejos que debes usar según el lugar de tu casa para que tu pareja no te sea infiel? Entonces estás en el camino correcto, porque en los próximos minutos en el castillo de las mentes te diremos cómo hacerlo. (*Música de fondo, mientras Cristhian se dirige al espejo.*) El peor lugar para tener un espejo es a un costado de tu cama. (*Cristhian mira asustado la ubicación que es la*

misma que indican como peor lugar.) De hecho, los espejos no son recomendables en los dormitorios. (Cristhian intenta quitar el espejo, el cual está pegado a la pared.) Se recomienda que no se vea reflejado uno al dormir. (Cristhian se acuesta en la cama y se da cuenta que sí se refleja en el espejo.) Esto provocará que al reflejarte, tu pareja pierda el interés en ti, y poco a poco termine buscando a alguien más. (Cristhian desesperado intenta quitar el espejo.) El espejo sería causa de infidelidades, problemas con la relación, pleitos, sufrimiento, soledad, llanto y todo porque la gente no se da cuenta que reflejas la energía de tu cuerpo cuando estás durmiendo. Por ejemplo: contar con un espejo en el tocador, ocasiona que todos los problemas se estén reflejando a través de tu energía durante las ocho horas que duermes...

CRISTHIAN: *(Se agita.) ¡Ya basta! (Se apaga el televisor.)*

Oscuro.

Escena 4

Cristhian está acostado en la cama. Cambia de posición varias veces, se le nota incómodo. Se sienta de golpe y mira fijamente a un punto, se escucha el zumbido de una mosca.

CRISTHIAN: Dios, es una mosca en la pared...

Continúa el zumbido de la mosca. Intenta matarla con

las manos, toma la revista para golpearla, vuelve a la cama cubriéndose con la sábana, vuelve a levantarse de manera abrupta.

CRISTHIAN: ¡Maldita mosca, te he de atrapar! (*Golpea con las revistas, tumba la mesa, sube a la cama, se desespera.*) ¡Que alguien me traiga el matamoscas! (*Con ira y descontrol busca matar a la mosca, tumba un libro de la mesa.*) ¡Ya no soporto más! (*Se tranquiliza.*) Quisiera salir de este encierro. Los días han sido eternos, apenas puedo sentir el sol en contados instantes. La lucha es vivir hoy, para no morir mañana... gente haciendo maldades, aquí todos nada más andan buscando a quién chingar. (*Se topa con el libro que había caído, lo levanta.*) Si hubo algo que me ayudó desde hace doce años fue encontrar mi vocación... en el teatro. Con él pude dejar de sentirme sepultado, atrapado en una camisa de fuerza. Te sientes tan impotente que no puedes hacer nada. ¡El teatro me salvó la vida! Claro, después de varios filtros para ingresar al grupo logré no sólo convertirme en actor, donde podría imaginar ser otra persona, ser un caballero andante que lucha por sus sueños como Don Quijote de la Mancha (*Toma la mesa como si fuera un escudo*) o un ladrón que intenta fugarse en varias ocasiones de prisión como Jean Valjean, y después..., me senté por horas con hoja y pluma para ser quien escribía las historias, poder decirle a todos los integrantes del grupo que sería yo

quien los dirigiría. “El actor calvo” (*Se toma la cabeza sin cabello.*) Digo, si ya existe la cantante calva, también puede existir el actor. Me imaginaba a mi madre, después de todo, un poco orgullosa de mí, pero nunca le fue posible verme, ni tampoco pude despedirme. Recuerdo lo contenta que estaba ella cuando decidí ingresar a la policía, su hijo “el vigilante de la seguridad de la ciudad”. Trabajaba diez horas al día, dedicaba tres horas más para mis estudios en Piratería Informática Ética, dos horas para ayudar a cuidar a mis hermanos y el resto para descansar. Mi viejita siempre nos enseñó a trabajar, a cuidar de la familia y hasta de uno que otro perro callejero (*Ríe.*) Hoy sólo quiero llevar a mis hijos a la escuela, pasear con mi mujer en algún parque, poder ir a la tienda, comprarme unas papas y disfrutar de ellas, manejar en cualquier sitio sin que nadie me lo prohíba, no sentirme incómodo en el barrio donde me crie, quedarme todo el día durmiendo y despertar cuando me dé la gana, sólo quiero vivir mi vida. ¡Quiero ser libre! ¡Ya no quiero seguir en el cementerio de los vivos!

Oscuro.

Escena 5

*En el escenario, una silla y una mesa larga de madera.
Cristhian viste con una camisa y un pantalón de vestir.*

VOZ EN OFF DE HOMBRE: Estamos aquí por el caso 052043, año 2008, frente al juez Antonio Covarrubias, en donde al acusado se le encontró culpable. En ese punto el señor Hernández fue sentenciado a treinta años en la cárcel federal, apelando en varias ocasiones contra la sentencia del Estado por el secuestro del señor Álvarez, cuando usted se encontraba en servicio del Estado como policía municipal de Rosarito, Baja California. Pero tuvimos una audiencia hace dos días, en la que se concedió este nuevo juicio, debido a la buena conducta y conforme a los sucesos y pruebas que se presentaron. Señor Cristhian Hernández es libre, puede irse. La vida está llena de pequeñas victorias, y ésta es una de ellas. Le sugiero que al salir permanezca en su casa en confinamiento por la pandemia en la que nos encontramos. Pido a todos los presentes en este juicio, mantengamos la distancia.

Oscuro final.

Conversaciones

Victor Sahuatoba



Víctor Sahuatoba. Miras tu semblante frente al espejo de la palabra y el estado actual de ánimo te detiene y desanima a escribir la auto semblanza breve para las conversaciones de *Esta cárcel donde vivo*; acaso debas buscar la distancia protectora de la tercera persona y escribir: Estaba triste por la muerte cercana de su padre, de quien aprendió la pasión por la palabra, la pasión por la vida, la pasión por lectura, la pasión por la escritura, la pasión por la editura. Acaso por eso él es un ser apasionado por el verbo y lo escribe. O quizá, frente a frente, escribirle a él: Gracias padre por enriquecer mi vida y mi ser con tu amor a la imaginación, a la poesía, a la dramaturgia, a la literatura toda, y al arte de la conversación.

ESTA CÁRCEL DONDE VIVO

Me gusta conversar, hacerlo cara a cara, ver el rostro del otro y sentir su presencia cercana, escuchar el mudo asentimiento y las réplicas, ajustar las propias en un coloquio cálido donde se entretejen el tono de nuestras voces y la gestualidad de las manos dirigiendo una música invisible.

Inicio este texto, escrito desde el encierro, como una conversación unilateral, como un soliloquio forzado por la circunstancia del confinamiento. Al inicio de la segunda fase del covid-19 en México, escuché en conferencia televisiva al subsecretario de salud, doctor Hugo López-Gatell, afirmar de manera precisa, que la inmensa mayoría de la población desconocería el rostro letal del virus hasta que no le sucediera el fallecimiento de un conocido o familiar, hasta decir adiós a un rostro que había visto con vida o experimentar de golpe un adiós sin despedida. La temida experiencia sucedía en mí casi de inmediato: Luis Sepúlveda, el autor chileno de la novela *El viejo que leía novelas de amor*, fallecía en España víctima del virus. Al instante, volví a ver su rostro y a escuchar su voz cordial cuando nos reunimos en 2010, en Santiago de Compostela, España, en la IV Conferencia de la Fundación Iberoamericana y el festival

¡Libera la Palabra!, invitados por PEN Internacional.

Como todos, participo de esta realidad increíble de la pandemia global sabiéndome indefenso y, en lo personal, adulto mayor en situación de vulnerabilidad –doble o triple, si además se cuenta con un historial clínico con factores de riesgo–. Sigo el contrato social de “Quédate en casa” para evitar el contagio. Leo, a veces siento como Roland Barthes el *scripturire*, querer-escribir para entrarle a la preparación de la novela. Acaso escriba *El viejo que leía novelas de libertad*.

§

William Shakepeare, en *Hamlet, Príncipe de Dinamarca*, hace exclamar a su personaje: *El tiempo está desquiciado*, cuando el fantasma del rey Hamlet afirma haber sido asesinado para robarle la corona. En la vida real del siglo XXI no hay regicida alguno, pero a causa del coronavirus y la crisis global que ha provocado, *el tiempo está desquiciado*. El efecto del confinamiento interrumpe la linealidad del tiempo, y nos enfrenta con el abismo que somos, según el filósofo contemporáneo Darío Sztajnszrajber: ya estábamos confinados en una sociedad capitalista que convierte sólo en productiva la experiencia del tiempo; la vivencia de la cuarentena es como un domingo interminable cargado de angustia por el lunes que no acaba de llegar para regresarnos a la deseada normalidad establecida.

¿El tiempo está desquiciado? ¡Más de cuarenta días y cuarenta noches! ¿Qué sentir? La experiencia inédita de la cuarentena nos enfrenta con una nueva manera de relacionarnos con el tiempo y con nosotros mismos. El confín del confinamiento se abre en la puerta de nuestra casa y nos enfrenta con la desconocida otredad. El tiempo ordena y normaliza todo. ¿Cómo sobrellevar el “Quédate en casa”?, ¿qué pensar?, ¿qué hacer? Una crisis que pone en duda el papel del individualismo que sólo concibe al ser humano como un ente productivo, desconocido de sí y de la experiencia del tiempo como posibilidad creadora de sí mismo. Nos parecería que esto guarda semejanza con una libertad condicional o en plano dramático, con una prisión domiciliaria.

De septiembre a diciembre de 2019 dirigí en la cárcel de mi ciudad un taller para escribir un libro: *Diario de un preso*, con PPL (personas privadas de la libertad), e inicié el año 2020 con los trabajos de transcripción de los manuscritos, la selección de los diarios, la preparación de la edición. Su presentación en la próxima Feria Nacional del Libro de León fue cancelada, como la feria misma y la serie de todas las cancelaciones que debimos lamentar, en espera de que regrese la normalidad.

Mi experiencia para generar el libro *Diario de un preso* pese a conocer la manera de trabajar con PPL fue ardua y compleja, no obstante mi práctica amplia en talleres de creación literaria, porque ahora no se

trataba de escribir poesía o ficción sino de ser tutor en la nueva experiencia de escribir el diario propio, el día a día en la prisión, motivados con la propuesta: *el preso que se expresa, se libera*, nos enfrentó con la necesidad de escribir cotidianamente, desde el amanecer al anochecer, e ir a través de ello en busca de una experiencia distinta del ser y el tiempo.

§

El 21 de marzo cancelamos el convivio para celebrar el Día Mundial de la Poesía.

El 10 de abril cancelamos la fiesta del V aniversario de la librería La Musa Hosca.

El 23 de abril cancelamos celebrar el Día Mundial del Libro y el Derecho de autor.

El 8 de mayo cancelamos la presentación del libro *Diario de un preso* y la FENAL.

Pero no cancelamos recitar y escribir poemas, no cancelamos el servicio esencial de la librería, no cancelamos la difusión de la lectura y el amor a los libros, por vía digital. No cancelamos la pasión por la vida, la solidaridad necesaria y el amor por la palabra.

Recibí una llamada telefónica de la subdirectora de la cárcel solicitándome unos libros en inglés, pues un interno que conoce la lengua se ofreció a dar clases a sus compañeros durante la cuarentena. Atravesando la ciudad vacía, les llevé un manual de gramática del inglés *The defense of the Aztecs in the Sad Night*, un

libro hermosamente ilustrado a color, así como un libro mío: *San Miguel notebook*, edición bilingüe con 14 textos de narratura breve para sus ejercicios de traducción. El tercer libro, extraordinario: *This Prison Where I Live Foreword* de Joseph Brodsky y editado por International PEN en 1996, para conmemorar su 75 aniversario.

The PEN Anthology of Imprisoned Writers es una colección maravillosa de 70 textos escritos en el encierro. El título es un fragmento de la tragedia de Shakespeare *Ricardo II*, acto 5, escena V: *Esta prisión donde vivo*. Seguí leyendo, y le seguí la pista al verso shakesperiano, oigan porque los versos se dicen y se escuchan mejor en voz alta:

*I have been studying how I may compare
this prison where I live unto the world.*

*He estado estudiando cómo comparar
esta prisión en que vivo con el mundo.*

Joseph Brodsky, poeta, ensayista y dramaturgo ruso-estadounidense, Premio Nobel de Literatura 1987, inicia el prólogo con la frase contundente: *La prisión es esencialmente una escasez de espacio compuesta por el exceso de tiempo; para un recluso ambas son palpables*, evocando la situación del hombre en el universo. Y prosigue: *En el siglo xx, el encarcelamiento de escritores viene prácticamente con el territorio. Difícilmente se puede nombrar un idioma, sin mencionar un país cuyos escritores estaban exentos de esta tendencia.*

De este libro tomé algunas notas:

En general, un escritor se encuentra detrás de las rejas por tomar partido en el argumento político que es un signo seguro de la historia.

Un escritor ciertamente no es una vaca sagrada: no puede estar por encima de la ley o para el caso, los sin-ley de su sociedad.

A los poetas les va mejor el confinamiento solitario que a los escritores de ficción.

El grueso de estas páginas favorece claramente a la prosa. Esto no se debe a que los escritores de ficción sean encarcelados con más frecuencia que los poetas.

No es que el arte de la poesía se niegue a honrar la realidad básica de la opresión con la elocuencia de las flores, aunque uno podría decirlo de esta manera.

Este libro se trata de sufrimiento y resistencia. Como tal, es de gran interés; para el público en general, que todavía está felizmente en la posición de percibir el encarcelamiento como una anomalía. Con el fin de hacer que esta percepción sobreviva en el mundo venidero, este libro debe de leerse.

Un escritor es él mismo una excelente metáfora de la condición humana. Por lo tanto, lo que tiene que decir sobre el encarcelamiento debería ser de gran interés para aquellos que se creen libres.

En última instancia, este libro puede ayudar a disipar parte de la mística de la prisión.

*He estado estudiando cómo comparar
Esta prisión en que vivo con el mundo
[...] Y estos mismos pensamientos pueblan
[este pequeño mundo
en humores como la gente del orbe
...] Así represento en una sola persona a muchas
Y ninguna satisfecha [...]*

WILLIAM SHAKESPEARE

Al cerrar los ámbitos laboral, escolar, recreativo y religioso, para evitar la propagación del virus, la Jornada Nacional de la Sana Distancia promovió la lectura en casa. En la oportunidad de revisar los pendientes, elegí la relectura de la filosofía –desde sus inicios hasta la contemporánea– y autores entrañables como la filósofa española María Zambrano (1904-1991) por vincular la poesía y la filosofía. María vino a México en 1939 con el grupo de republicanos enfrentando el exilio franquista; llegó a dar clases en la Universidad de San Nicolás de Hidalgo, en Morelia.

En 1940, Brodsky nació en Leningrado, U.R.S.S. En 1963 fue arrestado, acusado de “parasitismo social” y condenado a cinco años de trabajos forzados; condena reducida por la intervención del filósofo Jean Paul Sartre. En 1972 fue forzado al exilio; tras peregrinar por Viena e Inglaterra se trasladó a Estados Unidos y en 1977 obtendría su nueva ciudadanía. A pocas semanas de redactar el prólogo para

Esta prisión donde vivo, falleció en Nueva York el 28 de enero de 1996; no alcanzó a ver el libro publicado.

La libertad, la poesía, la filosofía y la palabra nos unen a María y a Joseph.

§

El estado de sueño es el estado inicial de nuestra vida, del sueño despertamos; la vigilia adviene no el sueño. Abandonamos el sueño por la vigilia, no a la inversa.

MARÍA ZAMBRANO

Como afuera es adentro, tener sueños, soñar, es de humano. Los últimos días había notado al despertarme, un aumento en mi “productividad” onírica. Como si adentro ahora fuese más rico –menos contagioso– que afuera. Pero no sólo el número también el contenido de los sueños y el modo en que sucedían se perfeccionó. Ya en la tercera fase del confinamiento, soñé que volvía a ir al reclusorio –con un cubreboca tricolor– y que me impedían la entrada. Me daba por enterado de la prohibición. La prisión parecía otra, pero yo sabía que era la misma, quizá porque todas son iguales. Soñé que todos habíamos acordado trabajar y escribir sobre la experiencia en otro nivel, liberar la palabra, incluyendo los sueños y la filosofía. Entonces solicitaba que les entregaran unas libretas nuevas color de luna para sus diarios y que, en pren-

da, como promesa de que volvería, les dejaba mi libro querido *Filosofía y poesía* de María Zambrano.

§

Como se habrán percatado hay otros grandes temas para conversar: el sueño y la vigilia –en relación con los sueños que hemos tenido durante el confinamiento–; la memoria, los recuerdos –o de cómo la memoria ha venido siendo otra– y del acto de recordar, como un psicoanálisis revivido: la irrupción de imágenes y experiencias de un pasado inesperado que retorna, como los avistamientos en las ciudades vacías de animales silvestres que se creían extintos y que están recuperando el hábitat que alguna vez fue suyo.

El conocido libro del orbe nos demanda una relectura, acaso también ser reescrito.

ÍNDICE

Poesía

Alejandro Ramírez	9
Aleqs Garrigóz	17
Alicia Salum	27
Guadalupe Rivera	35
Iván Mata	43
Pedro Mena Bermúdez	51
Raúl Bravo	55

Cuento

Alí Rendón	65
Bernardo Govea	81
David Eudave	95
Diana Alejandra Aboytes	109
Enrique R. Soriano	115
Julio Édgar Méndez	121
María Paz de León	129
Martha J. Ramírez	145
Soco Uribe	153

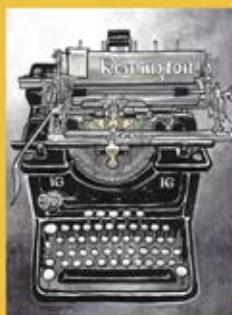
Dramaturgia

Ariadna Aragón	167
Javier Sánchez Urbina	195
Sandra Carrasco	213

Conversaciones

Víctor Sahuatoba	227
------------------	-----

Escritura desde el encierro
se imprimió en julio de 2020
en los talleres gráficos de
Custom Printing, S.A. de C.V.
Azafrán # 564, Granjas México,
Iztacalco. Ciudad de México.
El tiraje fue de 200 ejemplares.



En la primavera de 2020 comenzamos el confinamiento en México. Una enfermedad más propia de la Edad Media que del siglo XXI se extendía por el mundo recordándonos las imágenes de los libros de historia; el remedio, igualmente anacrónico: el encierro a piedra y lodo. El virus nos era ajeno todavía. Muchos de nosotros teníamos amigos atrapados en el viejo mundo, familiares que buscaban regresar cuando entendían que su viaje se había frustrado. Desde Guanajuato vimos a los italianos cantar en los balcones; a los niños españoles salir al parque por primera vez, después de meses de encierro; compartimos documentales que mostraban a los habitantes de Wuhan retomando la vida. Estábamos encerrados, pero lo cierto es que todo parecía una historia apocalíptica de ficción.

En dicho contexto Los Otros Libros lanzó la convocatoria para conformar una antología que reflejara el espíritu del escritor en ese momento histórico tan determinado. Los textos aquí reunidos –poesía, cuento, dramaturgia, conversaciones– están escritos desde la imaginación del encierro, un encierro que pudo ser ansioso, temeroso, cargado de dudas; pero lo cierto es que, durante la primavera de 2020, en México, la muerte aún no tenía rostro, aún era parte de una posibilidad remota y bajo esta premisa, nace este libro.

Lo que sucedió en el verano, ya es otra historia.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

GTO Instituto
Estatad de
la Cultura
Grandezad de México



EDICIONES LA RANA